



Descubriendo a
SEYTTON

Anne Garber

ANNE GARBER

Descubriendo a Seyton

Kindle Edition

Sinopsis

¿Qué ocurre cuando te enamoras de un hombre irresistible, encantador, misterioso, seductor y al mismo tiempo, atrapado en un pasado que le tortura y le atormenta? cuyo pensamiento más fiel es... 'El odio te engrandece y el amor te destruye'. Y... ¿Qué sucederá cuando descubra que el mayor de sus deseos tiene algo que ver en todo ello?

Llegué a odiarlo pero no pude conseguir dejar de amarlo. Yo anhelaba un imposible, él simplemente lo era. Descubrirás si es posible ganar la batalla contra tu propio corazón.

Una historia que te cautivará desde el comienzo, una historia que conmoverá tus sentimientos. ¿Te atreves a descubrir a Seytton? Yo lo hice... mi nombre es Chloe Eleanore Breyll y esta es nuestra historia.

Autor: Garber, Anne

©2014, Kindle Edition

ISBN: 5705547533428

Generado con: QualityEbook v0.72

Prólogo

CONDADO de Dénver, Colorado.

“Los ciudadanos de Dénver conmocionados ante el trágico y espeluznante accidente ocurrido en la granja del señor Gerald Seytton, que acabó con la vida de dos familias durante la celebración del décimo cumpleaños de uno de sus nietos”.

De esta forma lo relató la prensa. Pero... yo sé que así no sucedió.

En memoria de las familias: Seytton y Gardner. Mis padres: Matthew Gerald y Kara. Mis abuelos: Gerald y Catherine, Zachary y Eva. Mis tíos: Nicholas y Jodie, Adam y Leona, Walter y Regina, Michael y Sophie, Graham y Nicole, Christopher y Claire, Andrew, Patrick y Grace. Mis primos: Kevin, Eugene, Bryan, Brandon, David, Sarah, Judith y Amanda.

Mi nombre es Alec Gerald Seytton y esta es mi historia. ¿Quieres descubrirla?

Capítulo 1

NUEVA YORK

Dieciocho años después...

—¡Dios Santo! —me despierto sobresaltada—. Cualquiera día acabarás en la trituradora. ¡Maldito móvil! —me digo mientras alargó el brazo para cogerlo—. Dime mamá —contesto ahogando un bostezo.

—¿Cómo estás cariño? ¿Has dormido bien? ¿Te duele?

—La verdad es que no he dormido mucho. Por cierto, mamá, ¿qué hora es?

—Las diez y media.

—¿De la noche? —pregunto aún somnolienta.

—¡Santo cielos, Chloe! Me estás preocupando más de lo que ya lo estoy. Son diez y media de la mañana. ¿Te estás tomando todo lo que la doctora Hegear te recetó?

—Por supuesto, mamá. No tienes de que preocuparte —le digo suavemente.

Mi madre es la preocupación hecha persona. En lo que se refiere a mí, mis padres son súper protectores y lo de que viva lejos de ellos no lo llevan muy bien. No puedo culparles por ello, pues con todo lo que me ocurrió en mi infancia es algo que no pueden evitar. Siempre les digo que lo tengo superado, excepto cuando aparece alguna horrible pesadilla, hecho que omito intencionadamente para evitarles que se angustien ellos también.

—De acuerdo cielo. Tienes que estar fantástica para esta noche.

—¿Esta noche? —pregunto intentando acordarme.

—¡Querida! ¿Cómo has podido olvidar lo de la inauguración de Joss? —me dice muy alterada.

—Tranquila mami, estoy bromeando. ¡Cómo lo iba a olvidar, si es mi chef favorito! —Efectivamente, lo había olvidado por completo. Pero por supuesto no pienso decírselo—. ¡Joder! Acabo de recordar que había quedado con Aby para almorzar.

—¡Chloe Eleanore Breyll, esa lengua! —me reprende—. ¿Y quieres que no me inquiete? Estás muy olvidadiza.

—Lo que ocurre es que aún no he acabado de despertarme —le digo entre risas intentando aliviarla—. Mami, eres la mejor madre del mundo y te quiero muchísimo, pero a veces me vuelves loca con tu exagerada preocupación.

—Tesoro, es algo inevitable. Los padres se preocupan de sus hijos y, antes de que me sueltes que ya no eres una niña, te diré que me da exactamente igual la edad que tengas: para tu padre y

para mí siempre serás nuestra pequeña —me dice con toda la ternura del mundo.

—¿Sabes, mamá? Te adoro, pero por favor no generalices, no todos los padres se preocupan de sus hijos y sabes perfectamente a qué me refiero —contesto antes de pegarme el teléfono a los labios y mandarle un sonoro beso.

—Lo sé mi vida. Y por suerte esos tipos de padres son una pequeña minoría.

—Mamá, tengo que dejarte. Aby me matará si llego tarde —le recuerdo y me despido de ella.

Pego un salto de la cama y me voy directa al cuarto de baño. Al pasar por delante del espejo me miro y compruebo —¡menos mal!— que se me ha bajado la hinchazón de la cara. Esta maldita muela me está matando, me digo a mí misma en voz alta mientras me voy desnudando. Tomo una ducha rápida, pues ya voy tarde y mi prima odia que le hagan esperar. Al terminar, me enrolló una toalla a la cabeza y otra al cuerpo y me dirijo al armario con celeridad, hoy no tengo tiempo de andar probándome modelitos. Cojo lo primero que veo: unos vaqueros azules que se ajustan a mi cuerpo como una segunda piel; una blusa de gasa con estampado *animal print* que deja un hombro al descubierto; y unas sandalias color arena. Me voy peinando mientras pienso lo que voy a tardar en secarme el pelo, pues ya me llega hasta la cintura. No voy a perder tiempo en maquillarme, así que opto simplemente por un poco de *gloss* en los labios y me marchó con urgencia.

Vivo con mi prima y con mi mejor amiga Tawny, en un precioso apartamento en el Soho neoyorkino. Fue una oportunidad excelente, ya que nos lo dejaron a un precio muy asequible, es amplio, diáfano y muy luminoso, con techos altos y el suelo revestido de madera. Dedicamos mucha ilusión a decorarlo. Aby y Tawny son unas enamoradas del estilo retro y a mí, en cambio, me gusta más todo lo *vintage*, así que decidimos fusionar varios ambientes con cada estilo. Se nota que tiene un toque muy personal por detalles como el de las puertas de los dormitorios, forradas con una enorme fotografía que nos hizo a cada una nuestro amigo Hermes Santini.

Hace un día espléndido. El cielo despejado, un sol radiante y una brisa cálida: un auténtico regalo ante la inminente entrada del otoño. Estos son los días que me ponen de buen humor. Intento acelerar un poco el paso, pues es una hora muy concurrida. Quedé con Aby en el Seytton Building. Trabaja allí como publicista en el departamento de marketing.

—¡Por Dios! ¿Qué es esto? —suelto espantada.

—Capricho, deja a la señorita —grita una señora acercándose nerviosa.

—¿Capricho? —pregunto en voz alta mientras bajo la cabeza para comprobar qué es lo que tengo enganchado a mi pierna. ¿Me está haciendo lo que creo que me está haciendo?

—Lo siento, está un poco alterado —se disculpa la señora intentando separar de mi tobillo a esa cosita diminuta que se lo está pasando genial.

—¿Alterado? Más bien diría ansioso. ¡Vaya con el chihuahua! ¡Necesita una novia! —contesto entre risas.

La situación es tan embarazosa como cómica y la mujer vuelve a disculparse tras lograr liberarme del pequeño acosador. En ese momento suena mi móvil.

—Dime Aby —respondo a mi prima.

—¿Dónde demonios estás? —me dice enfadada.

—Tranquila. Ya estoy llegando —aseguro disimulando estar más cerca de lo que estoy—. ¡Oh, joder!

—¿Chloe, qué ocurre?

—Nada, Aby. Un taxi que casi me salpica. Estoy bien. Ahora te veo. Un beso.

Aprieto el paso y respiro aliviada al comprobar que el taxi no me ha puesto hecha un asco — ¡mierda!— era el único charco que había en toda la calle y tenía que estar justo a mi lado. Entre el perrito y esto no sé cuántas sorpresas más me va a deparar el día. Menudo comienzo. Sigo el camino deseando no tener otro atropello. Cruzo varias calles abarrotadas de gente hasta que por fin llego. Y ahí está, alzándose entre la multitud, como un autentico coloso de cristal y acero. Me quedo absorta admirando ese grandioso edificio.

—¡Oh! —Noto una sacudida y siento que unos brazos fuertes me sujetan para que no me caiga.

—Lo siento, no la había visto —me dice una voz increíblemente varonil.

Levanto la mirada para ver quién me ha arrollado de esta manera y me quedo paralizada mirando unos impresionantes ojos azules en un rostro que casi roza la perfección: unos rasgos marcadamente masculinos, una boca suavemente delineada... No puedo apartar mis ojos de él, como si me hubiera hipnotizado, y él no aparta su mirada de mí. Noto cómo surge un intenso magnetismo entre nosotros, mi corazón late tan deprisa como si quisiera salir de mi pecho. Me encuentro totalmente fascinada. Es el hombre más guapo que he visto en mi vida.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja.

Parpadeo mientras intento que llegue algo de aire a mis pulmones. El efecto de este hombre me ha dejado sin respiración. Me suelta de sus brazos mientras recorre todo mi cuerpo lentamente con su mirada. Intento serenarme; no quiero que se percate del estado nervioso que me ha invadido.

—¿Bien? —repito tragando saliva—. He sido acosada por un chihuahua, casi me pone hecha un asco un taxi al pasar por el único charco que había en toda la calle y me está saliendo la muela del juicio. Ser arrollada por un completo desconocido es lo más gratificante de mi día —respondo irónicamente.

Él se pone a reír y se le marcan unos hoyuelos en las mejillas. ¡Dios, aún es más guapo cuando sonrío! Debe dejar de hacerlo o me derretiré aquí mismo. Es muy alto y está elegantemente vestido con un traje sastre de tres piezas de color gris grafito. Tiene un pelo impecable con un corte muy actual, espeso y oscuro, que contrasta a la perfección con el color azul cielo de sus ojos. Sería el modelo masculino perfecto para cualquier diseñador. Se aparta para agacharse y recoger mi bolso y mi paquete de chokolatinas, que había salido disparado.

—Ya sé algo de usted. —Afirma dedicándome una sonrisa que fundiría hasta el polo norte— ¿Dulce o golosa? —pregunta mientras me lo entrega todo.

—Depende: dulce según para quién; golosa según para qué.

Se muerde el labio inferior mirándome de arriba a abajo y me quedo absorta mirándole la boca, esa boca de labios carnosos y sensuales que me está volviendo loca. ¿Cómo besaré? ¡Joder, Chloe, estás peor que el chihuahua! me digo.

—Y, ¿a quién tengo el placer de haber arrollado? —me mira a los ojos tendiéndome su mano.

—Chloe. Y el placer ha sido mutuo —le digo dándole la mía. Sus dedos rozan los míos y todo mi cuerpo se estremece. ¿Cómo puede provocarme esta sensación con ese gesto tan simple?

—¿Chloe? —repite con una leve sonrisa.

—Sí: C-H-L-O-E —le deletreo mi nombre. No pienso decirle mi apellido.

—A-L-E-C —deletreándolo el también—. Soy Alec, encantado.

No puedo evitar ponerme a reír. Guapo y con sentido del humor, ¿podría ser más perfecto? Tampoco tengo idea de por qué no le he dicho mi apellido. Creo que estoy delirando y que no pienso con claridad.

—¿Trabaja aquí? —pregunta señalando el edificio.

—Eso lo tendrá que descubrir. Y si me disculpa, tengo que marcharme —le digo mirándole fijamente a esos preciosos ojos.

Tira de mi mano acercándose más a él.

—Lo averiguaré —susurra mientras me atraviesa con su poderosa mirada.

—Me encantará que lo haga —sonríe nerviosa.

—Solo espero que esto no haya sido un hermoso sueño y que seas real. Hasta pronto, Chloe —se despide llevándose mi mano hacia sus labios y dándome un dulce beso.

—Hasta pronto —consigo decir en un murmullo. No sé como aún sigo en pie y no he caído rendida ante él. Doy media vuelta y me dirijo al edificio. ¿Acaba de preguntar si soy real? ¡Por favor, si es él quien parece sacado de la mejor fantasía femenina!

Mi cuerpo experimenta una revolución de sensaciones, estoy impresionada, maravillada, exultante. De repente se me encoge el estómago. ¿Cómo he podido ser tan idiota? ¿Hará lo que ha dicho que haría? ¿Cómo lo va a descubrir? No creo que contrate a nadie para averiguar dónde trabaja una chica a la que acaba de conocer, y todo eso significa que... ¿no volveré a verlo? Esto era demasiado bonito para ser cierto. Hoy no es mi día. Sin embargo, ahora que lo pienso, me a preguntado si trabajaba en el Seytton Building, y eso puede significar que él trabaje ahí. Tengo que decírselo a Aby, quizá conozca a alguien de esas características. La cabeza me va a estallar de tanto atar cabos sueltos ahora mismo. ¿Qué ocurriría si ella lo conociera? ¿Me lo presentaría y le diría: hola, soy la imbécil que tropezó contigo y te dijo esa sarta de estupideces? Bah... Dudo mucho que lo conozca. Sabiendo cómo es Aby nos hubiera puesto la cabeza como un bombo hablándonos de él.

—¡Chloe! ¡Por fin! —Grita mi prima, que está justo frente a mí con el ceño fruncido y golpeteando el suelo con la punta del zapato, algo que hace siempre que está enfadada—. Por tu culpa ya tengo la ración de cafeína de tres días.

Respiro profundamente intentando serenarme un poco.

—Lo siento, Aby. Mira el lado positivo, así comerás menos y esta noche podrás meterte en ese vestido que tanto te gusta —le digo en tono burlón. Me golpea con el bolso y, acto seguido, se ríe, y es que lo mejor de Aby es que los enfados le duran poco.

—Eres imposible —me replica—. Desde luego, pese a haber estado en Inglaterra, la puntualidad británica no es lo tuyo. Y, por cierto, ¿quién era el tipo con el que hablabas? —pregunta mirándome con curiosidad.

Me giro para ver si aún sigue ahí, pero se ha marchado.

—Bueno, cuando dejes de reñirme te contaré lo que me ha ocurrido —sonríe y le guiño un ojo —sobre todo la última parte, que ha sido la más fascinante. —Suelto canturreando.

Aby me propone que vayamos a un restaurante hindú que se encuentra cerca, ya que por mi culpa, le queda menos tiempo para almorzar. Mientras nos dirigimos hacia allí le hago un breve resumen de todo.

—Pero, ahora viene lo mejor: he conocido al hombre más increíblemente guapo, elegante, sexy, encantador, irresistible, simpático y perfecto que he conocido en mi vida —concluyo soltando un enorme suspiro.

—¡Joder, chica! ¿Seguro que no te olvidas de ningún adjetivo? ¡Sí que te ha dejado impactada! —exclama soltando un silbido—. ¿Y se puede saber quién es ese dios que ha salido del Olimpo?

—Alec —respondo suspirando—. ¿No te parece un nombre precioso, Aby? —La cojo de la mano y la hago girar sobre sí misma riéndonos como dos tontas—. ¿Te he dicho que mi príncipe azul tiene los ojos azules? ¡Los ojos más bonitos que jamás he visto!

—¿Alec? Bueno, no está mal. Pero, ¿a qué se dedica? ¿Te ha pedido el número de teléfono? ¿Una cita quizás? Tendrá apellidos ¿no? —interroga casi sin coger aire.

—Supongo... Yo no le dije el mío, y espero que cumpla con lo que me ha dicho. No sé nada más de él. No hemos hablado tanto tiempo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que lo descubriría.

Aby se para en seco, frenando el paso de las dos.

—¿Chloe, eres increíble! Conoces a un tío en mitad de la calle, te pones a coquetear con él, ¿y no se te ocurre otra cosa que decirle que averigüe tu apellido? —espetea alzando la voz y rompiendo a reír en carcajadas.

—¡No idiota! —respondo sacándole la lengua a modo de burla—. Lo que tiene que averiguar es dónde trabaja.

—Yo no sé por qué me gasto dinero en ir al cine a ver una comedia si contigo tengo la diversión asegurada —consigue terminar sin poder parar de reírse.

Entramos al restaurante y aún sigue con esa risita tonta que me pone de los nervios. Al menos ya se le ha pasado el enfado de mi retraso. Tenemos suerte y encontramos una mesa rápidamente. Pedimos un menú degustación porque nos encanta probar un poco de todo y cambio de conversación preguntándole cómo le ha ido el día. Comienza a contarme un pequeño incidente que ha ocurrido en su oficina y también algo sobre su amiga Charlotte, que se muda a nuestro edificio, y alguna otra cosa más que ya oigo como un eco, como un relato lejano. Y me asalta de nuevo su rostro, los labios de ese hombre.

—¿Chloe? ¿Sigues aquí o estás en Marte?

—Lo siento, Aby. Tengo tantas cosas en la cabeza que estoy un poco distraída —intento justificar mi falta de atención.

—Sí, claro. Yo sé perfectamente el motivo de tu distracción: el señor impresionante —me dice guiñándome un ojo—. Venga, suéltalo ya. ¿Qué te preocupa?

—¿Qué te hace pensar que estoy preocupada? —disimulo mientras tomo un sorbo de vino—. Está realmente bueno, ¿eh?

—Lo sé y ya está —responde con el ceño fruncido mientras se lleva un trozo de tortita a la boca.

—¿Ahora eres adivina? —pregunto con una sonrisa forzada.

—Pues verás, he olvidado en casa mi bola mágica, pero no hace falta ser adivina, Chloe Eleanore Breyll. Te conozco perfectamente. Incluso me atrevería a decir que más que tú a ti misma y sé que te ocurre algo, así que dispáralo ya.

—Está bien, pero te lo advierto: una risita más y no te contare nada —la amenazo—. Se trata de él. Me siento ridícula porque no sé cómo he podido decirle la tontería que le dije y tampoco sé por qué lo hice. La verdad es que me encantaría volver a verlo y me temo que eso no va a suceder. No es preocupación, Aby, sino decepción conmigo misma.

En ese momento suena mi móvil. Miro la pantalla y compruebo que me llaman desde mi oficina.

—Dime, Marydol.

—Perdona, Chloe. Verás, no es nada urgente y sé que es tu día libre, pero te han enviado flores y pensé que quizá querías que te las enviara a casa.

—¿Flores? —repito sorprendida—. Bien, no te preocupes, yo las recogeré porque tengo que pasar a dejar unos informes. Enseguida llego —cuelgo y noto como mi corazón se acelera de nuevo a este paso acabaré con taquicardias.

—¿Ocurre algo? —pregunta Aby.

—Por lo visto me han enviado flores a la oficina, así que pasaré a por ellas ya que de todos modos tenía que ir para dejarle a mi jefe unos informes que terminé —le digo intentando disimular mi nerviosismo.

En ese momento, Aby también recibe una llamada de su oficina y tiene que irse aprisa, algo que en el fondo agradezco porque si no comenzaría con sus preguntitas. Se despide tirándome un beso con la mano.

Tengo suerte y consigo un taxi rápidamente. Acomodada en el asiento trasero intento averiguar quién me ha podido mandar las flores. ¿Será él? —niego con la cabeza—. Es imposible que haya podido averiguarlo tan rápido. Que estupidez estoy pensando. No creo que tan siquiera se moleste en hacerlo. Sin embargo, no puedo evitar sonreír mientras pienso que me encantaría que me las hubiera enviado él.

Llego al edificio donde trabajo para la agencia Larson&Miller Translation Inc. como traductora e intérprete. Ocupamos la decimonovena y vigésima planta. El ascensor se abre en mi planta, la diecinueve.

—¡Hola Marydol! —saludo a la recepcionista.

—¡Caramba! ¿Has viajado a la velocidad de la luz? —pregunta dando un bote para ponerse en pie.

—Estaba cerca —le sonrío mientras voy hacia mi mesa y ella viene tras de mí.

Marydol Sorian me cayó bien enseguida. Es de origen español, de ahí su vitalidad, su carácter alegre y divertido. De tez morena, al igual que su cabello de suaves rizos que lo lleva en un elegante corte estilo *bob* y unos preciosos ojos castaños que hablan por sí solos. Muy profesional, organizada e incansable. Esto último no me extraña en absoluto, ya que camina cinco kilómetros cada día para venir a trabajar, debe de tener una preparación física digna de una atleta olímpica. De hecho, jamás se pierde el maratón que se organiza cada año en la ciudad.

—¿Es guapo? —pregunta y en su rostro aparece una sonrisa pícaro.

—Aún no sé quién me las envía —contesto encogiéndome de hombros e intentando aparentar indiferencia, nada más lejos de cómo me siento. La realidad es que tengo un nudo en el estómago porque lo único que quiero es que sean de él y me lo repito una y otra vez en mi cabeza.

—Lo pregunto porque alguien que manda ese tipo de flores sabe con claridad lo que está buscando. —Afirma.

Me acaba de dejar de piedra. ¿Pero qué tipo de flores habré recibido?

—¡Por el amor de Dios, Dol! No serán carnívoras ¿no? —le digo intentando contener una risa más motivada por los nervios que por el comentario de la recepcionista.

—Carnívoras no, pero alguien quiere comerte sin duda alguna —me lanza guiñándome un ojo.

—¿Por qué dices eso? A ver, dime, experta en mensajes subliminales.

—Querida, las flores tienen su propio lenguaje, aunque la mayoría de las personas no conocen

el significado de las mismas y las envían por pura estética, para agradar y sorprender a alguien. Yo te digo, con toda seguridad, que con éstas te están enviando un buen mensaje. Las orquídeas rojas significan que quieren hacer el amor contigo, significan deseo y sé perfectamente de lo que hablo, pues mi madre es propietaria de una floristería y sabe todo acerca de las flores: desde consejos para su cuidado hasta su significado —me explica con una expresión de orgullo al hablar de su madre.

—Entonces, ¿piensas que las han enviado intencionadamente o las han escogido por pura estética? —la interrogo expectante. Quiero estar segura de lo que me está contando—. Dol, las orquídeas son bonitas y elegantes, son flores con las que, sin conocer el gusto personal del destinatario, puedes acertar —la miro a los ojos buscando no encontrar su aprobación.

—¡Ah, por supuesto! Por ese motivo te las envía rojas, ¿no? Precisamente rojas, las más difíciles de encontrar. No blancas, ni rosas, ni lilas, que son las más comunes. Créeme, querida. Éste sabe bien lo que manda —afirma rotundamente.

Me quedo observando desconcertada esa preciosa caja de cristal con las hermosas orquídeas. Ahora que conozco el significado de esas flores, deseo más que nunca que sean de él.

—Por cierto, son siete. ¿Eso se traduce en siete polvos, uno por cada día de la semana? ¿O son siete en una noche? —pregunto burlesco.

MaryDol se sienta en la esquina de la mesa y cruza sus largas y tonificadas piernas en una pose sexy.

—Cariño —musita mientras se toma la confianza de desdoblar la carta que adjuntan a mis flores—, si es capaz de echarle siete polvos en una noche, lo que deberías encerrar en una preciosa cajita de cristal para adorarlo y conservarlo como la joya más preciada de la corona es lo que esconde dentro de su bragueta —me dice muy seriamente mirándome a los ojos antes de que nos deshagamos en carcajadas. Mientras se recupera de las risotadas, se concentra en ese papel—. ¿Serías tan amable de leer esa maldita nota, por favor? Me muero por saber a quién se le ha ocurrido semejante regalito.

Le arranco la nota de sus manos, temblando.

—¡No me lo puedo creer! —El corazón me da un vuelvo y abro los ojos como platos llevándome la tarjeta al pecho.

—¿Pero quién es?

—El tipo que conocí esta mañana —le digo en un susurro que apenas puede salir de mis labios.

—¿Y bien? —dice cruzándose de brazos impaciente—, ¿es demasiado íntima la nota o puedes leérmela?

—“Ahora es tu turno, Chloe. Averigua el significado de estas flores y utiliza tu imaginación para inspirarte y lograr lo inimaginable. Posdata: he tardado exactamente treinta y siete minutos en encontrarte. Firmado: Alec Gerald Seytton. Presidente de Seytton Enterprises Corporation” —leo literalmente mientras observo de reojo como Marydol se tapa la boca con una mano absolutamente perpleja.

—¡Chloe! ¡Es uno de los hombres más ricos y deseados del país, un auténtico soltero de oro! —me dice casi gritando—. ¿Te está pidiendo una cita? Bueno, es obvio lo que quiere, ¿no? Esto es seducción directa en estado puro. El señor no se anda por las ramas —concluye con una sonrisa burlesca mientras se marcha.

Me quedo sumida en mis pensamientos. Estoy un poco desconcertada, pero no por las flores, que creo que han sido todo un gesto de galantería, sino por la nota y el mensaje en sí. ¿He comenzado yo todo esto? ¡Pero si ni siquiera he coqueteado, me he quedado pasmada como una tonta! Quizá me ha leído la mente y ha visto las ganas que tenía de darme un revolcón con él. Imagino a Aby cuando se entere de que he conocido al mismísimo presidente de su compañía. ¡Es tan joven! Yo pensaba que las personas que ostentan esos puestos eran mucho mayores. Miro fijamente esas preciosas orquídeas y mi mente me devuelve solo una palabra: deseo.

Capítulo 2

ME devuelve a la realidad la melodía del móvil. Miro la pantalla y no es ninguno de mis contactos.

—¿Diga?

—Chloe, soy Alec Seytton.

Se me acaba de cortar la respiración. Ha conseguido también mi número de teléfono. Ahora mismo no sé si alegrarme por su interés o empezar a preocuparme por la facilidad con la que este hombre puede investigarme. Si no hubiera leído quién es pensaría que es un agente de la CIA.

—¿Qué deseas, Alec? —me llevo la mano a la boca mordiéndome un dedo. ¡Dios, no me acabo de creer lo que le estoy diciendo! ¡Joder con el deseo! Lo que tenía que haber hecho era morderme la lengua. Ya solo falta que le pregunte cuándo nos vamos a la cama. Creo que esta llamada y el mensajito de las orquídeas me están empezando a afectar.

—A ti —contesta con una voz increíblemente seductora—. Cena conmigo esta noche.

—Sí —susurro extasiada con esa voz. Pero... ¿qué estoy diciendo? ¡No puedo cenar con él!— Lo siento, no puedo —le digo con la voz temblorosa. He de calmarme. Por nada del mundo quiero que note el efecto que me causa—. Esta noche he quedado, tengo un compromiso. Quizá en otra ocasión —apostillo intentando poner desinterés en esas palabras. No quiero parecer una desesperada que se muere por volver a verle.

—De acuerdo. Quizá en otra ocasión vuelva a pedírtelo —me dice arrastrando las palabras que yo antes le he dicho—. Hasta la próxima, Chloe.

—Hasta la próxima, Alec —cuelgo y no sé por qué me siento rara.

Creo que no le ha gustado mi negativa. Su despedida ha sido un poco seca. No es la primera vez que rehúso una cita pero sí es la primera vez en mi vida que me ha costado renunciar. Había quedado con mis padres para ir la inauguración y cenar con ellos. Mañana regresan a Boston. Además, también van mis amigos. Seguro que lo pasaré genial. ¿Qué habrá querido decir? ¿Que no volverá a pedírmelo? Le dejo a Marydol los informes para mi jefe ya que está en una reunión y no se los puedo entregar personalmente. Cojo las flores y me marcho a casa.

* * *

Tawny está tumbada en el sofá, leyendo. Es mi mejor amiga. Y todo un carácter, le encanta ir de dura por la vida pero quienes la conocemos bien sabemos que debajo de esa fachada hay un enorme corazón más grande que ella. Trabaja como profesora de baile en una de las mejores

escuelas de Nueva York y lo compagina con su faceta como cantante, es vocalista en un grupo con el que trabaja algunas noches. Es afroamericana y sin lugar a dudas, su punto fuerte es su pelo corto y rizado que cuida y mimas como si fuera un tesoro y que hace honor a su maravillosa raza. Son pocas las personas a las que les permite que toquen su preciosa cabellera.

—Hola Tawny —la saludo mientras dejo el bolso encima de uno de los sillones.

—¡Hola! ¿Y esas flores? —dice sorprendida.

—Son preciosas ¿verdad? —pregunto con una sonrisa de idiota en la cara. Lo mejor va a venir cuando le diga lo que significan.

—¿Quién te las ha enviado? No será el tipo impresionante que has conocido esta mañana ¿no? —se levanta de un bote a coger las flores y le va dando vueltas buscando la nota.

—¿Ya te has enterado? —refunfuño mientras saco la nota del bolso y se la muestro—. ¿Es esto lo que buscas? —presumo sonriendo mientras se la enseño antes de esconderla detrás de mi espalda.

Alarga la mano para cogerla y se lo impido, así que comenzamos a corretear por el apartamento. No sé por qué me extraño de que a Aby le haya faltado tiempo para contarle a Tawny con todo detalle lo que me ha sucedido.

—Sois dos cotillas —grito mientras ella corre tras de mí. Al final tropiezo y caigo en el sofá, momento que Tawny aprovecha para arrebatarme la nota de Alec.

—¿Qué significan esas flores? —comienza el interrogatorio.

—Que me desea y que quiere hacer el amor conmigo. ¿No crees que sea romántico? —le digo embobada con las preciosas orquídeas.

—¡Joder! ¿Ahora mandan flores para echar un polvo? ¿No las enviaban después para decir: “nena has estado maravillosa y ya te llamaré”? —se cuestiona engolando la voz para imitar una voz masculina—. ¿Romántico? Más bien diría que no pierde el tiempo, que va directo al grano. La reina del romanticismo, cariño, eres tú: Chloe, la chica de los finales felices y de las perdicés. Manhattan está llenito de príncipes azules sensibleros cabalgando con sus preciosos corceles esperando rescatar a una hermosa princesa. Venga, Chloe, despierta. Esos caballeros solo existen en los cuentos —concluye poniendo los ojos en blanco—. Pero bueno, ¿quién es?

—¿Has leído la nota entera?

—No. Me ha hecho mucha gracia eso de “averiguar” y de que utilices “tu imaginación”.

En ese preciso momento escuchamos unas llaves abriendo la puerta.

—¡Hola chicas! —Aby nos saluda quitándose los zapatos nada más atravesar la puerta para tirarse con nosotras en el sofá.

—Bien, ¿estáis preparadas? —las dos asienten con la cabeza—. Es Alec Gerald Seyton. Después me llamó por teléfono para invitarme a cenar esta noche pero he tenido que decirle que no porque tenemos la inauguración de Josh —lo suelto todo casi sin coger aire y las dos me miran fijamente con la boca abierta. ¿Se han quedado mudas de repente?

—¿Has conocido al todopoderoso presidente de mi compañía, a quien yo, que trabajo allí, jamás he visto en persona? —pregunta Aby levantado la voz y llevándose las manos a la cabeza—. ¿Y no has aceptado su invitación? —me mira clavando su mirada en mí, como si me hubiera salido un tercer ojo.

—No —contesto soltando un suspiro.

—¿Y sabes lo que esto significa? —cuestiona tras leer detenidamente la tarjeta—. Quiere irse

a la cama contigo, te lo dice muy claro —se responde ella misma con el ceño fruncido.

—¿En serio? ¿Y eso lo has deducido tu solita? Pero qué lista es mi chica —le dice Tawny pellizcándole las mejillas, burlándose de ella.

—Lo único que sé de ese tío es que, además de inmensamente rico, es muy reservado para su vida privada. De hecho jamás ha dado una entrevista y se cuida mucho de salir en la prensa, a no ser que se trate de algún acto benéfico o de negocios, ocasiones en las que suele ir acompañado de mujeres muy guapas. Sin embargo, nunca ha reconocido tener ningún tipo de relación sentimental, ¿entiendes lo que te quiero decir? Se encapricha de alguien y cuando se cansa... ¡siguiente! —explica Aby teatralizando la escena con gestos divertidos—. Créeme: éste es de los que no convienen, es de esos a los que yo llamo encantadores de serpientes. Estos te sumergen en un mundo de lujo y *glamour* para, después, darte la patada —ya hay un punto de preocupación en su voz.

—Esto es lo que tienen estos tíos guapos y forrados. ¿Para qué quedarse con una teniendo un millón disponibles para él? —apostilla Tawny.

—Un chico malo... ¡Me encanta! —les digo divertida—. Y para no conocerlo os habéis hecho una idea impresionantemente prejuiciosa de él. De acuerdo chicas, os prometo que no me colgaré de su cuello suplicándole que se case conmigo. ¿Os quedáis así más tranquilas? —pregunto con todo el sarcasmo del que soy capaz—. Solo me ha enviado unas flores que han desatado un montón de comentarios y yo simplemente lo tomo como una forma de galantería por su parte. Eso sí, directo ha sido. Pero bueno, no me va a prometer amor eterno por solo haber tropezado conmigo ¿no? Me desea y eso me halaga, la verdad. Y no hay que darle más vueltas. Lo que tengo muy claro es que si vuelve a pedírmelo pienso quedar con él —afirmo rotundamente.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Tawny—. ¿Acaso sospechas que no te volverá a llamar?

—No tengo ni idea —contesto encogiéndome de hombros como si no me importara.

Me levanto del sofá y me voy a mi habitación. Ya sobre la cama cierro los ojos pensando que sí me importa, ¡claro que me importa! Quiero comprobar por mí misma todo lo que dice Aby de él. No consigo apartarlo de mi cabeza. Su físico me ha deslumbrado, sí, pero... hay algo más que no consigo entender al igual que la forma en que he reaccionado. Ahora me viene a la mente mi primer amor, al que jamás olvidaré. Era solo una cría pero le adoraba con toda mi alma. Todos decían que él era un chico malo y para mí siempre fue un ángel. Por eso, una de las cosas que siempre hago es no dejarme influenciar por la opinión de otro, sino basarme solo en la mía cuando se trata de juzgar a una persona, analizando el modo en que se comporta conmigo. Él me lo enseñó. Después vino Gabriel, hacía tiempo que no me acordaba de él: rubio, alto, atlético, ojos azules... Muy guapo. Fue una pena que acabáramos tan mal, no aceptó bien la ruptura, salimos juntos durante dos años cuando estábamos en la universidad. Más tarde se mudó a San Francisco y ya nunca le he vuelto a ver. Nuestra relación, sencillamente no funcionó, y sexualmente tampoco, aunque fuera con él con quien perdí la virginidad, acontecimiento del que, por cierto, no tengo demasiado buen recuerdo. Después conocí a Ethan: agente financiero, romántico, sensible... Salimos durante un año, pero tampoco resultó. Estas han sido mis dos únicas relaciones sentimentales y algún que otro rollo de varios días que al final fue un auténtico desastre. Lo cierto es, que ahí se resume mi vida sentimental y sexual. Hoy he descubierto lo que es sentir un deseo irrefrenable por alguien. Este hombre ha conseguido dejarme sin habla, derretirme con su mirada y desear con toda mi alma perderme en su precioso cuerpo.

Es hora de arreglarse para el acto de esta noche. Elijo un vestido corto, color morado y que se anuda al cuello y lo combino con unas sandalias de tacón doradas. Me cepillo el pelo y lo dejo suelto. Un poco de maquillaje y lista. En el salón Aby nos espera refunfuñando un poco y metiéndole prisa a Tawny. Mi prima está impresionante con un vestido muy ajustado en gris claro que resalta sus preciosos ojos, también grises, y que realza sus magníficas curvas. Es rubia con una melena ondulada por debajo de los hombros y unas simpáticas pecas alrededor de la nariz que le dan un aspecto travieso. Tawny, en cambio, ha optado por llevar una sexy minifalda de piel negra con una blusa de seda dorada.

Llegamos al restaurante y enseguida veo a mi padre junto a varias personas charlando animadamente. Va muy elegante, tiene ese aire intelectual que, como dice mi madre, las vuelve locas.

—¡Cariño! Estás preciosa —me abraza dándome un beso en la mejilla—. Pero, ¿qué es lo que veo? ¿Ya han desaparecido esos mofletes de ardilla? —bromea refiriéndose a la hinchazón de mi cara.

—¿Dónde está mamá? —pregunto buscándola con la mirada entre tantísimas personas.

—¡Aquí, cielo! —contesta ella justo detrás de mí mientras me abraza.

Mamá está exultante con un vestido color champán y su pelo recogido en un moño italiano que le favorece enormemente.

—¿Has visto a Hermes, nena?

—No mamá. Acabo de llegar.

—Te está buscando. Me ha dicho que tiene que hablar contigo.

—Bien. Voy a dar una vuelta a ver si le veo.

Se acerca un camarero y le acepto una copa de champán mientras sigo buscando a Hermes y también a Josh para felicitarle por su inauguración. El restaurante ha quedado magnífico gracias a la decoración, que ha conseguido plasmar su esencia; una mezcla de arte moderno y antigüedades del viejo continente, un auténtico reflejo de su propio estilo y personalidad.

El local está abarrotado de gente. Veo muchas caras conocidas a las que voy saludando.

—¡Eh! A ti te buscaba yo, mi chica favorita —exclama Hermes dándome un abrazo.

—Hola, chico de mundo. ¿Ya estás por aquí? ¿Cuándo has vuelto?

—Esta mañana, mi amor. Y te necesito —suelta con una sonrisa perversa en sus labios.

—Ya sabes lo que siempre te digo: no puedo ser la madre de tus hijos —le devuelvo riéndome.

—Vale, tonta. Eso ya me quedó claro hace mucho tiempo —me pellizca la nariz—. Necesito un metro setenta y tres de altura; pelo muy largo, castaño; ojos verdes esmeralda —se pone a caminar alrededor de mí—, pechos ni grandes ni tampoco pequeños, veamos... así como los tuyos —acerca la mano como si fuera a tocarme y le sacudo un tortazo que le provoca la risa—; un culito firme y respingón —ahí sí me pilla desprevenida y me da un azote en todo el trasero. Se arrodilla ante mí y une sus manos en señal de plegaria—. Te necesito a ti, *amore*.

—¡Eres un idiota, Hermes! —me quejo forzando un gesto serio que no sale porque no puedo evitar sonreírle—. Ni lo sueñes. Ya te he dicho un millón de veces que no quiero ser modelo. No sirvo para ello, no sé por qué te empeñas en insistir. Hay un montón de chicas preciosas deseando serlo así que búscate una de ellas que, seguro, será mejor que yo.

—Venga, no seas tonta. Pagan una pasta, no quieren a nadie famoso ni tampoco una cara

conocida y el reportaje se hace en Venecia, y tú te mueres de ganas de ir allí. Podrías pedir unos días en tu trabajo. Míralo así: tú, yo y una góndola bajo la luz de las estrellas. ¡Guau! ¡Sería inolvidable, Chloe!

Le miro fijamente con el ceño fruncido y él levanta las manos en señal de rendición.

—Vale, no hace falta que me lo digas. Sé perfectamente que te encantaría ir allí con un hombre del que estuvieras locamente enamorada, pero yo solo quería ofrecerte la oportunidad de que visitaras esa romántica ciudad —responde poniéndome ojitos, con tono de resignación.

Hermes nació en un pequeño pueblecito al norte de Italia pero sus padres emigraron aquí cuando él tenía tan solo tres años. Es guapísimo: rubio, con ojos azules, alto y con un cuerpo fibroso, más parece un surfista californiano que un latino. Trabaja como fotógrafo para una prestigiosa revista de moda.

—Hermes, eres el idiota más grande que he conocido, pero también al que más adoro. Y no es que tenga que ir enamorada ni tampoco creo que encuentre un candidato mejor que tú para ir, mi queridísimo amigo, pero realmente no puedo. He vuelto hace tres días de vacaciones y estamos desbordados de trabajo —le contesto dándole un abrazo—. Ven conmigo —le cojo de la mano para que me acompañe.

Enseguida veo a Josh y a su esposa, Viviana Micheli, rodeados de gente felicitándoles.

—Enhorabuena. Ha quedado impresionante —les digo efusivamente saludándoles con un beso en la mejilla.

—Gracias, preciosa. Esa era la idea, dejar a todo el mundo deslumbrado pero con hambre para probar los deliciosos platos que hemos preparado —contesta Josh señalando las mesas elegantemente decoradas y repletas de exquisitas obras de arte culinarias.

—¡Enseguida! Me muero de ganas de probarlo todo.

Como es de esperar, inmediatamente se acerca otro grupo de personas a saludarles y un camarero nos ofrece unos canapés que aceptamos de buen grado. Tanta comida a mi alrededor me ha abierto el apetito. Mis padres descubrieron el restaurante de Joseph Bernard cuando vivieron en París y pronto se convirtió en su lugar favorito porque a mi madre le fascinó el ambiente bohemio que desprendía el local y a mi padre, como no podía ser de otra forma, su comida. Así comenzó una bonita amistad con este chef francés, uno de los mejores de Europa a quien le avala su intensa carrera como cocinero. Es un hombre muy atractivo y con un maravilloso sentido del humor. Viviana es la mujer que le acompaña en la vida, una bella italiana con una preciosa sonrisa y una dulzura desbordante.

Aby se acerca despacio por detrás de Hermes y le tapa los ojos con las manos.

—¿Quién soy? —pregunta con tono grave, intentando disimular su voz.

—Si me dejas palparte seguro que lo acierto —contesta Hermes llevando las manos, lentas y amenazantes, hacia el culo de Aby.

—¡Hermes Santini, eres un pulpo! —dice Aby mientras se retira riéndose y dándole un empujón. En ese momento, él la coge de la mano y le da un enorme beso en la frente.

—Mi dulce y encantadora Aby, ¿me has echado de menos? Por supuesto que sí. Pero no os preocupéis, pues el guapo y espectacular Hermes ya está aquí, pequeñas —anuncia grandilocuente.

—¡Vaya! El mismo Hermes de siempre, el que no necesita abuela, un presumido arrogante. Eso es lo que eres —dice Aby sacándole la lengua.

Tawny nos ve y se acerca.

—Os estaba buscando. No quiero comer más, pero la tentación es más fuerte que yo. Por favor, atádmeme a algún sitio —implora lloriqueando.

—¡Oh, mi preciosa Tawny! Si tu pelo fuera comestible sería el algodón de azúcar más dulce del mundo. ¡Déjame tocarlo! —Hermes acerca su mano a la cabeza de mi amiga desafiándola, pues todos sabemos perfectamente lo que le fastidia que le toquen el pelo.

—¡Quieto ahí si aprecias lo que tienes entre las piernas! —la advertencia suena muy real—. Estás ante la novena maravilla del mundo y solo se te permite admirarme. Prohibido tocar —dice mientras contonea sus caderas.

—Claro Tawny, pero si sigues atiborrándote serás la novena maravilla más grande de la historia —bromeo justo antes de arrebatarle un plato con varias porciones de pastelitos.

—Cuéntanos, ¿dónde está tu Katuska? ¿O era Kaliuska? Bueno, como se llame esa rusa con la que andabas —dispara Tawny.

—Anouska —le corrige Hermes—. Y se acabó, se esfumó, *c'est fini*.

—Pero, ¿qué les haces? —pregunta Aby llevándose a la boca un trozo de pastel que le ha quitado a Tawny.

—Enamorarme. Ese es mi pecado —suspira—. La muy puta me abandonó por una cuenta corriente que tenía más ceros que la mía; me dijo que aspiraba a algo más que a un fotógrafo.

Nos abrazamos las tres a él demostrándole nuestro incondicional apoyo.

—Cariño, si se ha atrevido a cambiarte por unos cuantos ceros no merece la pena perder ni un segundo en nombrarla —Tawny no puede replegar ese carácter suyo—. Qué se vaya a la mierda con su ricachón.

—Hablando de ricos, ¿no te ha dicho Chloe a quién ha conocido? —lanza Aby a Hermes con retintín.

—¿A quién? —nuestro fotógrafo pone toda su atención en mí mientras yo apunto con una mirada asesina hacia mi prima.

—Nada más y nada menos que al señor Alec Gerald Seytton —pregona como si estuviera entregando un Óscar.

—¡Joder! ¿Tercero? —Hermes pregunta soltando una carcajada.

—No sé si es tercero o cuarto. Ese es su nombre —intento aguantar la risa pero lo cierto es que me ha hecho mucha gracia. Ya le arrancaré la lengua más tarde a Aby.

—Yo he oído ese nombre en alguna parte —Hermes se frota la barbilla pensativo.

—Por supuesto que lo has oído —afirma Aby—. ¿Dónde trabajo yo?

—¡Joder! ¿Tu jefe?

—No cielo, es más que eso. Él está muy por encima de muchos de mis jefes. Es el puñetero presidente de la compañía, es decir, el propietario, el dueño y señor de todo lo que me rodea desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde de lunes a viernes —dice exasperada.

En ese mismo instante mis padres se unen a nosotros. ¡Uf, qué alivio! ¡Salvada! Picoteamos un poco de lo que nos van sirviendo mientras mis padres empiezan a contar detalles graciosos de su viaje a París con Josh. Al menos me libraré de las típicas preguntitas de Hermes, aunque acabará haciéndolas tarde o temprano. Y, eso sí, Aby dejará el tema de momento, sin embargo dudo mucho que no aproveche la mínima oportunidad para sacarlo de nuevo a relucir. No entiendo por qué le preocupa tanto el hecho de que haya conocido a este tío, aunque tampoco sé de qué me extraño,

pues es igual de protectora que mi madre, siempre ejerciendo de hermana mayor conmigo.

Capítulo 3

VUELVO a mirar por quinta vez el móvil y nada. No hay nada. Ningún mensaje, ninguna llamada perdida. Ayer no llamó y hoy va por el mismo camino, así es que no creo que vuelva a pedirme otra cita. Lo mejor será que me olvide de él, sin embargo no puedo evitar sentirme desilusionada al pensarlo. He de concentrarme; me queda muchísimo trabajo por hacer.

Tengo un almuerzo con mi jefe y unos clientes. Por el revuelo que hay deben de ser muy importantes. Es la primera vez que asisto a una reunión como ésta, pues normalmente es otra compañera la que se ocupa de estas citas, pero hoy está enferma, así que mi jefe decidió que yo les acompañara. Estoy un poco nerviosa, solo quiero estar a la altura de lo que se espera de mí para demostrarle a mi jefe que ha hecho lo correcto dándome esta oportunidad. Quiero que todo salga perfecto. Marydol ya me había soltado algo, detalles como que estos señores son representantes de una empresa rusa dedicada a la producción de diamantes. En el informe que me pasó decía que el propietario es un americano, el señor Dante Farrow. Si consiguiéramos trabajar para ellos la agencia subiría unos cuantos peldaños y nos vendría muy bien. Me sumerjo de nuevo en el texto que tengo que traducir. Mientras mi mente esté ocupada con otra cosa no pensaré en él. Si no vuelve a llamar que se vaya al cuerno; no voy a estar esperando como una idiota. Ya se me pasará el efecto Seytton.

Me llaman por la línea interna para comunicarme que el coche que viene a recogernos ha llegado. Al final he conseguido concentrarme en mi trabajo y la mañana ha pasado volando. Apago el ordenador, cojo mi bolso y me apresuro al despacho de mi jefe, a quien me encuentro justo en la puerta. ¿Se está ajustando la corbata o peleándose con ella?

—¿Problemas con el vestuario, Arthur?

—Hola Chloe —se ríe—. Llevo una eternidad usándolas y sigo con la misma incomodidad que la primera vez que me puse una. No sé a quién se le ocurrió la brillante idea de inventarlas. Las odio con toda mi alma. ¿Qué tal tus vacaciones?

—Cortas, muy cortas —le digo sonriendo—. Y no te quejes que te quedan muy bien. Es un complemento muy masculino y elegante.

En ese instante se une a nosotros Roxy Smith saludándonos con una sonrisa. Es la abogada de la agencia que nos acompaña. Una mujer muy estilosa, con una cabellera pelirroja oscura cortada con perfección a lo *garçon*. Va impecable con un traje de chaqueta en tono morado, su color favorito, conjuntado con un impresionante bolso de Prada con un estampado de leopardo que también hace juego con los zapatos. No me cabe la menor duda de que es una enamorada del

animal print. Yo, en cambio, he optado por ponerme una falda lápiz de talle alto en color gris acero con una blusa de seda negra sin mangas y lo complemento dándole un toque de color con unos fabulosos zapatos rojos de salón.

—¿Te han comunicado que también asistirá Dante Farrow? —le comenta Roxy a Arthur.

—Sí, me lo han confirmado hace una hora. ¿Tienes la información que te pedí? —añade Arthur mientras nos dirigimos hacia el ascensor.

Roxy afirma con la cabeza mostrándole unos documentos. Él mismo Farrow va a estar presente. Ahora entiendo los nervios de mi jefe. Si conseguimos este contrato sería como ascender a primera división, jugar junto a los grandes. Como bien dice Arthur, esta cuenta daría mucho prestigio a la agencia; de hecho, sería nuestro cliente más importante.

Nos dirigimos al coche que nos espera en la puerta principal. Durante el trayecto vamos repasando los informes que nos entrega Roxy.

—Chloe, necesito que estés muy atenta, sobre todo no dejes que nada se te escape cuando hablen entre ellos. Es la segunda vez que nos reunimos y ésta será la decisiva. No quiero ponerte nerviosa, pero nos jugamos mucho y sé que lo harás genial —me indica Arthur—. Míralo de esta forma: tu primera reunión y en primera división; es algo fascinante. Somos un equipo y tenemos que ganar este partido ¿de acuerdo chicas? —Arthur nos coge las manos a las dos.

—¡De acuerdo, entrenador! —gritamos las dos a la vez riéndonos y chocando las manos con aire deportivo.

Gracias a la motivación que me ha transmitido mi jefe, ahora mismo podría salir a una cancha de baloncesto y comerme hasta el aro.

Llegamos al restaurante y confirmamos nuestra reserva. Aún falta un rato hasta que lleguen así que nos dirigimos al bar, pedimos unas copas de vino y Arthur comienza a darnos indicaciones de cómo quiere afrontar el tema. Me maravilla, una vez más, su profesionalidad porque no deja un cabo suelto.

Aprovecho la espera para ir un momento al baño, cuando regreso mi jefe está acompañado por otro hombre que está de espaldas. Me acerco a ellos. En ese momento, el individuo se gira hacia mí. ¡Qué hombre más guapo! Estoy de suerte, parece que esta semana toca conocer a tíos impresionantes. Es alto, con el cabello oscuro, igual que sus ojos, penetrantes. Sus facciones son muy marcadas, tremendamente masculinas y tiene una perfecta perilla alrededor de la boca que le aporta un toque misterioso a su rostro. No sabría decir exactamente su edad. ¿Treinta y muchos? ¿Quizá cuarenta y pocos? A decir verdad, nunca he sido muy buena acertando los años de alguien.

—¡Bien, ya estás aquí! Ella es la señorita Chloe Breyll, una de nuestras traductoras de ruso —dice mi jefe con un tono de orgullo en su voz—. Él es el señor Dante Farrow.

—Encantada, señor Farrow —le extiendo la mano.

Se queda mirándome fijamente con semblante inexpresivo, como si estuviera estudiando mi rostro. Me siento un poco ridícula con la mano extendida y con este hombre frente a mí observándome como si fuera un fantasma.

—Un placer, señorita Breyll —esboza una sonrisa y, por fin, estrecha mi mano.

Roxy me presenta a tres personas más que vienen con él. Nos dirigimos al comedor y Dante Farrow se sitúa a mi lado, algo que me pone nerviosa. De hecho, no sé cómo pero doy un traspié al caminar y él, enseguida, me sujeta por el brazo. Siento que las miradas de todos se posan en mí.

—Vaya, qué torpe —de repente me invade la timidez y creo que mis mejillas se encienden

como por arte de magia. ¡Qué vergüenza!

—No diga eso —me reprueba—. En absoluto es torpeza, son cosas que ocurren. Y si además tenemos en cuenta que vais subidas en un montón de centímetros —dirige su mirada a mis zapatos — más bien podría decirse que sois unas auténticas equilibristas —contesta con una sonrisa sin soltarme del brazo mientras me dirige hacia el comedor.

Llegamos a la mesa y Farrow me retira la silla que está a su lado para que me siente. Tiene unos modales muy distinguidos. El salón está iluminado por la luz natural que penetra por unos grandes ventanales a través de los que podemos disfrutar de las maravillosas vistas del Madison Square Park. El sitio es impresionante. Tiene unos magníficos detalles *art déco* que crean un ambiente prestigioso y elegante.

Nos traen la carta y el *maître* nos va sugiriendo algunas de las especialidades del chef. Yo me decanto por una ensalada de fresas con queso parmesano que tiene una pinta deliciosa y para la que el *sumiller* me recomienda un vino blanco afrutado. Comienzan a servirnos la comida y mantenemos una conversación bastante relajada. Sabemos que no somos la única agencia con la que se han reunido pero, por lo que estoy observando, nosotros nos adaptamos muy bien a sus objetivos. Dante Farrow expone con claridad lo que espera de nuestros servicios de traducción. Es un excelente orador y, por supuesto, es quien hace todas las preguntas pertinentes. Se le ve muy seguro de sí mismo y de lo que quiere. En un par de ocasiones se dirige a mí prestando mucha atención a las respuestas que le ofrezco y que, creo, le han gustado tanto como a mi jefe, que me dedica una mirada aprobatoria. Giro la cabeza ligeramente hacia Dante y veo que justo debajo de la oreja, en el cuello, tiene una mancha en forma de media luna, detalle que me sobrecoge; ¡es exactamente igual que la mía! Aunque es cierto que yo la tengo más cerca de la nuca. Qué curiosa coincidencia pienso y comienzo a comer mi ensalada que tiene una pinta deliciosa.

La alerta de mi móvil me avisa de que acabo de recibir un mensaje: “Gira levemente tu preciosa cara a la derecha”, enviado desde... Dios mío, ¡es Alec! No lo puedo creer. ¿Está aquí? Mi corazón comienza a latir tan deprisa que casi puedo oírlo. Hago lo que me pide. ¡Joder, está ahí! Este hombre acabará por provocarme un infarto. Justo era esto lo que me faltaba hoy para ponerme aún más nerviosa. Está sentado en una mesa con varias personas: dos hombres y una mujer. Me quedo totalmente pasmada. Está guapísimo con un traje de raya diplomática sobre azul oscuro, una camisa blanca y una estilosa corbata que combina a la perfección. Me mira con una leve sonrisa en sus labios.

Enseguida recibo otro mensaje. Menos mal que lo tengo en modo vibración: “Sígueme”. ¿Qué? ¿Qué le siga? Miro hacia donde se encuentra y veo como se levanta y se dirige hacia un pasillo que se encuentra a la izquierda.

Sin saber cómo, casi como una autómatas, hago lo que me pide. Me excuso con el pretexto de ir al baño y sigo los pasos de Seytton. Le veo y el pulso se me acelera. Me recreo en su elegante y sexy caminar, en la anchura de sus hombros, en lo impecable que le queda el traje. Deduzco que debe practicar deporte asiduamente. Ahora ralentiza el ritmo e intuyendo que estoy detrás se gira súbitamente, me coge de la mano y siento como una corriente eléctrica fluye entre los dos. Comienza a apretar el paso girando a la derecha hasta llegar a una especie de puerta trasera escondida a la vista de los clientes. Se para en seco y clava su mirada en mí con una intensidad que me deja sin respiración. No puedo apartar mis ojos de los suyos es como si hubiera una extraña y poderosa conexión entre nosotros. Vuelvo a fascinarme del físico tan impresionante que

tiene. Sin mediar palabra me apoya contra la pared, aprisionándome con su cuerpo, comienza a rozar mi labio inferior con su lengua y lo atrapa entre sus dientes mordiéndome suavemente —suelto un gemido— y enredo mi lengua con la suya. Me dejo llevar por el placer que me provoca y le rodeo el cuello con mis brazos. Él aprieta más su boca contra la mía en un beso ardiente, apasionado, con un punto salvaje que me está volviendo loca. Desliza sus manos hacia mis caderas y me presiona con su cuerpo dejándome sentir su erección en mi vientre. Suelta un gemido ronco en mi boca. Y de repente se aparta.

—¡Dios! ¿Cómo he podido perder la cabeza de esta forma? —se lanza a sí mismo la pregunta con el ceño fruncido y respirando agitadamente.

¿Qué él ha perdido la cabeza? ¿Y yo qué? Estamos a menos de diez metros de mi jefe y cualquiera nos podría haber visto. Me tiemblan las piernas y estoy casi sin aliento. Estiro un poco mi falda con las manos para que no parezca que acabo de hacer lo que acabo de hacer e intento normalizar mi respiración.

—Esta vez no aceptaré otra negativa. Te recogeré a las siete —me coge la barbilla obligándome a mirarle—. ¿Me das tu dirección o sigo investigando?

Se la doy rápidamente. Lo único que quiero es alejarme de aquí, de él, del efecto que me provoca. Me dirijo hacia mi mesa. Estoy tan excitada como avergonzada.

—¿Se encuentra bien? —Farrow se pone en pie a mi regreso.

—Sí, lo siento. He estado tomando antibióticos y me he sentido un poco mareada. Pero ya estoy bien, gracias —es lo primero que se me ocurre para justificar mi tardanza.

—No tiene que disculparse —me dice con una sonrisa, retirándose la silla.

Me siento de nuevo y nos sirven el segundo plato. Al final mi pequeña mentira tiene algo de cierto ya que, en realidad, he estado diez días medicándome. No me gusta mentir. De hecho siempre se me ha dado fatal, pero está claro que no puedo decir realmente de dónde vengo. No me atrevo a mirar hacia donde él se encuentra; solo deseo que esta comida se acabe pronto. Casi no he probado bocado.

—¿No tiene apetito? ¿Seguro que está bien? —me susurra Farrow.

¡Joder! ¿Y ahora qué le digo? Este hombre me está poniendo de los nervios. ¿Es mi imaginación o está demasiado pendiente de mí?

—La comida es excelente, pero es cierto no tengo mucho apetito. De verdad, me encuentro bien —afirmo con una sonrisa.

No puedo reprimir el impulso de mirar hacia donde él se encuentra. Compruebo que me observa impasible. Parece que se levanta de su silla. También lo hacen sus acompañantes. Se marcha y no ha vuelto a dirigirme la mirada ni tan siquiera para dedicarme una sonrisa. ¿A qué viene ese cambio de actitud?

Por fin nos despedimos de nuestros clientes y cuando me dirijo a Farrow me mira, escrutándome con sus misteriosos ojos, y vuelvo a sentir esa inquietud. Me estrecha la mano muy cortésmente y se centra en Roxy, que se muestra encantada de la vida con él.

De vuelta, veo a Arthur y a Roxy relajados y contentos; buena señal. Solo espero haber cumplido sus expectativas. Pero, realmente, mi cabeza no para de pensar en lo ocurrido. Lo voy a volver a ver dentro de unas horas, ¡Dios mío! Si con un beso me ha hecho sentir así, ¿cómo será el resto? Creo que puede lograr lo inimaginable. Sentir ese cuerpazo encima del mío, esos labios paseándose por mi cuerpo... ¡Uf! ¡Para, Chloe! Me mareo al pensarlo, no puedo evitar que se me

escapen gestos de placer al imaginarlo. Suerte que estoy sola. La llamada de mi jefe me saca de mis lascivos pensamientos. Recojo el informe y voy hacia su despacho. Llamo suavemente con los nudillos antes de abrir la puerta.

—Arthur, aquí tienes —dejo sobre su mesa el portafolio.

—Chloe, eres magnífica —me dice señalando una de las sillas para que tome asiento—. No lo necesitaba hasta la próxima semana y, por supuesto, tengo que felicitarte; has estado brillante durante el almuerzo. Estoy muy orgulloso de ti. Vas adquiriendo soltura a pasos agigantados.

Creo que tuve una inmensa suerte al formar parte del equipo de Arthur Johnson, gran profesional, meticuloso y muy inteligente. Estoy aprendiendo mucho. Su edad se refleja en sus sienes plateadas que destacan, orgullosas, al contrastar con su pelo oscuro, tan oscuro como sus ojos. Es una persona muy respetuosa, afable y, en algunos momentos, hasta un poco paternal con los más jóvenes de la empresa.

—Gracias, Arthur. Como alguien me dijo una vez, en el trabajo todo lo que se adelanta es una recompensa propia —le digo refiriéndome a las primeras palabras que dice cuando alguien nuevo entra en su equipo.

—Cierto. No hay mayor recompensa personal que el trabajo bien hecho —se quita las gafas a modo de pausa—, pero también debo añadir que, si de mí dependiera, te subiría el sueldo —y suelta una carcajada que confirma que eso es algo muy improbable.

Me despido de él. Tengo que ir a la consulta de mi dentista, la doctora Agatha Hegear. Aún tengo tiempo, así que iré tranquilamente dando un paseo. De nuevo me viene a la cabeza todo lo ocurrido y es que, a decir verdad, en ningún momento se ha alejado de mi pensamiento. ¡Ha sido tan excitante! Siento un dulce escalofrío recorriéndome el cuerpo. Sin darme cuenta, estoy entrando en el amplio hall de la clínica y en la recepción me atiende un morenazo increíble con una sonrisa de anuncio que debe ser nuevo, porque no lo había visto antes.

—¡Hola! Tengo cita con la doctora. Soy Chloe Breyll.

Le echa un vistazo al ordenador para confirmar mi asistencia.

—Señorita Breyll, si es tan amable de aguardar un minuto, enseguida le acompañaran a la consulta —señala con el dedo hacia la sala de espera.

Tomo asiento en uno de los fabulosos sillones. Viniendo de una familia de médicos como la mía, el dentista no entraba en mi lista de favoritos, pero esta mujer ha conseguido lo imposible: entrar en esa lista gracias a sus manos expertas. Jamás he notado dolor con un solo pinchazo de anestesia. Su perenne sonrisa y su contagiosa positividad hacen que te sientas muy a gusto con ella, incluso en ese sillón de la consulta y bajo la potente luz de esa lámpara.

Miro con detenimiento al chico de la recepción y se me ocurre mandarle un mensaje a Tawny. Voy a chincharle un rato.

—Nuevo fichaje muy interesante en el dentista.

—Manda foto —contesta en apenas unos segundos.

—Ni loca —sonrío.

—Si me gusta, mañana estoy ahí para que revisen mi perfecta dentadura —se lo dice todo ella solita.

Recibo otro a los cinco segundos:

—No seas mala. ¡HAZLA!

Ya está dando órdenes. Debería alistarse en el ejército.

Pero, ¿cómo le hago yo ahora una foto sin que se dé cuenta? Yo solita me meto en estos líos. Me levanto y camino disimuladamente como si estuviera viendo las fotografías que hay colgadas en las paredes. Voy acercándome hacia donde él está. Bien, ahora es el momento; está entretenido mirando el ordenador. Tengo su perfil. Tawny tendrá que conformarse con esto.

—Trabajo hecho: aquí te la mando. Nos vemos después. Besos —escribo.

Aparece Bryan, un auxiliar de la doctora, rubio, de ojos azules, igual de impresionante que el moreno de la recepción. Esta mujer es original hasta para formar su equipo, íntegramente masculino.

—¡Chloe! ¿Cómo estás? —me saluda Bryan con su magnífica sonrisa—. Ven conmigo, enseguida te verá la doctora.

Le acompaño y me siento en el sillón mientras él lo va preparando todo. Me coloca el babero y me fijo en las pinzas y en la cadena que las une para sujetarlo alrededor de mi cuello.

—¿Es de Swarovski?

Él asiente con una sonrisa.

—Ella es así. Dice que lo vio en un congreso en Suiza y no pudo resistir la tentación de comprarlo —encoge los hombros.

De pronto aparece la doctora Hegear con la respiración acelerada y un montón de bolsas.

—¡Hola, Chloe! Vaya, tu cara ya volvió a su estado natural —me dice poniéndose su bata.

—¡Menos mal! Ya estaba empezando a preocuparme. Por cierto, Agatha, ya has arrasado algunas boutiques por lo que veo.

—Sí, es su deporte favorito —apostilla Bryan.

Me echo a reír

—¡Eh! No os burléis. ¿Habéis visto una peli que se llama *El hombre que susurraba a los caballos*? —la doctora nos observa a los dos, expectantes ante su próxima explicación, y sigue su divertido discurso—. Pues a mí me susurran los maniqués. Me dicen: “¡Agatha, entra, ven con nosotras! —bromea engolando la voz.

—¡Cielo santo, suena a peli de terror! —le digo soltando una carcajada.

—¿Y no te parece terrorífico esto? —Bryan señala las bolsas e intenta contener la risa.

—Terrorífico será el momento en el que el banco me pase el extracto de todo lo que me he gastado. Pasaré del horror al pánico en milésimas de segundo —Agatha simula tener un escalofrío—. Chloe, echemos un vistazo a esa muela.

—Compradora compulsiva, eso es lo que eres —le digo riéndome y abro la boca obedientemente.

Mis padres son amigos de los padres de Agatha y cuando me trasladé, como era de esperar, me anotaron su teléfono por si en algún momento precisaba su ayuda. Ella es de estatura media, tiene unas sensuales curvas y una melena rizada y cobriza que resalta sus hermosos ojos color miel. Y —cómo no— toda una adicta a las mejores firmas de moda.

—Muy bien, esto está perfecto —afirma—. Si no hay ninguna contrariedad, te volveré a ver dentro de seis meses.

Me despido de ellos y salgo muy contenta, pues mi muela ya está sana y, aparte de eso, tengo una cita con un auténtico dios griego; ¿qué más puedo pedir?

Me apetece darme un buen baño antes de elegir qué ponerme; tarea nada fácil. Abro la puerta de casa y... ¡joder! ¿A qué huele? ¿Por qué está todo tan oscuro? ¡Dios mío, es Aby con sus

meditaciones! Será mejor que entre directamente al baño antes de que me pille.

—¡Alto ahí, mi pequeña Chellah! Deberías meditar conmigo y despertar algunos de tus chakras —dice mientras me va pasando por el cuerpo una especie de palito que huele a rayos—. Estoy limpiando tu aura.

—Aby, deja de hacer eso, que huele fatal. Además, no me da tiempo de despertar nada. Tengo una cita —le suelto quitándomela de encima sin mucha diplomacia.

Enseguida apaga la música y abre las cortinas.

—¿Una cita? ¿Quién es el afortunado? —se sienta en el sofá y da unas palmaditas en el asiento de al lado para que me siente junto a ella.

Sabía que su curiosidad era más fuerte que su necesidad de abrir mis chakras. Le cuento todo lo sucedido en el restaurante y, bueno, qué decir, se ha quedado con la boca abierta. Creo que está en estado de shock o se le acaban de cerrar sus chakras de golpe.

—¡Guau! Cariño le has hecho perder la sesera, ¡y eso es genial! ¿Por qué no me ocurrirán esas cosas a mí? —se queda absorta, pensativa durante unos segundos—. No, definitivamente nadie me ha hecho nada parecido.

Aby pega un bote del sofá y me arrastra hasta mi habitación. Abre mi armario, comienza a sacar ropa y a tirarla encima de la cama.

—Veamos qué te vas a poner —su voz sale desde dentro del armario.

—Te dejo pelearte con todo eso, señorita estilista. Mientras me voy a dar un baño.

La casa dispone de dos cuartos de baño pero solo uno tiene bañera, así que me voy directa a ese. Abro el grifo y vierto un aceite de baño que produce una maravillosa espuma. Me encanta el agua ardiendo. Aprovecho mientras se va llenando la bañera para servirme una copa de vino. Me pongo una bata y voy a la cocina. Del frigorífico saco una botella de vino blanco y le pregunto a gritos a Aby si le apetece, pero creo que está demasiado enfrascada en su búsqueda y no me ha oído. Ahora llaman al timbre.

—Han llamado, ¿no? ¿Quién es? —pregunta acercándose a mí.

—¡Oh, es Charlotte! —grito entusiasmada.

La saludamos cariñosamente y nos vamos hacia el salón.

—¿Ya te has instalado? —le pregunta Aby.

—¡Uf! Estoy en ello. Tengo el apartamento patas arriba... Ya no me acordaba de lo dura que es una mudanza —dice dejándose caer en uno de los sillones.

—Tranquila. Te echaremos una mano —contesta Aby—, pero eso puede esperar. Ahora lo más importante es ponernos al día. Quiero que me lo cuentes todo sobre él, sin escatimar en detalles —le dice riendo.

Charlotte se licenció en Bellas Artes y se marchó a París, donde ha conocido, según sus palabras, al hombre de su vida. Yo me alegro mucho por ella. Desde el primer momento que la conocí presentí que seríamos buenas amigas. Si pudiera definirla en dos palabras serían: dulzura y bondad, y aunque proviene de una familia de la alta sociedad neoyorquina es una chica tremendamente sencilla. Tiene unos rasgos delicados, en el cual destacan unos preciosos ojos ambarinos. Su cabello es del mismo color que el mío, castaño claro con algunos reflejos dorados, la única diferencia es que su melena es un poco más corta. Me fascina como viste, pienso que lo ha heredado de su madre, considerada una de las mujeres más bellas y elegantes del país por las revistas más prestigiosas y reconocidas del mundo de la moda. Toda una reina del *glamour*.

Recuerdo lo ocurrente que fue Aby cuando contó como conoció a la impresionante Bianca Wellintong y casi me desternillé de risa cuando soltó el gran parecido físico que yo tenía con ella, algo que por supuesto yo no lo veo.

Dejo a las dos en el salón y por fin me voy a tomar mi baño. Me recojo el pelo con una pinza en un moño alto y me meto en la bañera. Espero que esto me relaje porque el hombre al que voy a ver en un rato me pone muy nerviosa. Y eso que no soy una persona tímida; todo lo contrario, bastante extrovertida. Sin embargo, con él me quedo en blanco, como congelada, y no quiero parecer una idiota. Si cierro los ojos me viene a la mente su rostro, esos ojos tan intensos clavados en mí, sus manos aferradas a mis caderas, ese cuerpo duro. Todo en él estaba duro... ¡Por favor! ¡Tengo que dejar de pensar en lo mismo! Es por culpa de las chicas, que desde que lo he conocido no han parado de decirme que este tipo solo quiere sexo. Y lo cierto es que quiere hacerme el amor, me lo ha dicho claro. Bueno, él no; me lo han dicho sus orquídeas. Pero es que yo también lo deseo. De hecho, jamás un hombre me ha provocado esta sensación tan salvaje con tan solo un beso. Se me eriza el vello dentro del agua.

—Sal ya de esa bañera en llamas o tendré que pasarte la plancha porque cuando salgas vas a estar como una pasa. ¿Cómo puede gustarte el agua tan caliente? ¡Vas a salir escaldada como un pollo! —grita Aby detrás de la puerta—. Charlotte se ha marchado, tenía muchas cosas que hacer. Me ha dicho que ya quedaremos todas para la inauguración de su casa.

Me echo a reír porque tiene razón, llevo mucho tiempo aquí dentro. Salgo y me enrolló una toalla. Veamos qué vestuario ha escogido Aby para mí. No confío demasiado en su elección porque o se pasa en el recato o no llega.

—Creo que el vestidito color firvi te quedará genial —dice mostrándomelo.

—¿Firvi? ¿Te refieres a la calabaza firvi?

Ella asiente con la cabeza.

—Aby, ¿sigues poniendo nombres de personajes de dibujos animados a los colores? —niego con la cabeza—. Estás como una cabra.

—¡Mira quién habla, la que le pone nombre a sus peluches! —me replica con burla alzando las cejas.

—Tienes razón, somos dos puñeteras cabras locas.

—¡Eooooo! ¡Ya estoy en casa, por si le interesa a alguien! —grita Tawny.

—¡Estamos en la habitación de Chloe! —anuncia gritando Aby—. ¡Tiene una cita!

Como era de suponer, aparece en pocos segundos con una sonrisita traviesa.

—Vaya, vaya, nena... ¿Quién es? ¿El multimillonario? —Tawny envuelve cada pregunta con esa chispa de burla que maneja como nadie.

—Sí, el mismo. Y quiero añadir algo: yo, que trabajo para él, aún no le he visto físicamente —Aby arrastra las palabras, como si de verdad le molestara no haberle visto en persona.

Ahora viene lo mejor; si ya me costaba decidirme con una, ahora tengo a la otra para terminar de agobiarme más. Están empezando a cotorrear sobre Seytton y van a volverme loca.

—¿Queréis parar ya? —chillo—. Me estáis poniendo más nerviosa de lo que ya estoy. Por amor de dios, solo voy a cenar con un tío y no con el presidente de los Estados Unidos. Por favor, vamos a relajarnos, ¿de acuerdo?

—Oh, cariño, tienes razón —dice Aby acercándose a mí para abrazarme.

—Venga, dejemos los mimitos que no tienes mucho tiempo y aún no está decidido qué te vas a

poner —añade Tawny desbaratando el momento—. Yo no me preocuparía tanto por elegir la ropa porque, ¡para lo que te va a durar puesta! Tú sabes tan bien como yo lo que busca ese tío, ¿verdad?

—¡Joder, Tawny! Ya estamos suponiendo. No lo conoces y no sabes qué va a ocurrir pero si me apetece, y créeme que me va a apetecer, me iré a la cama con él y punto —le contesto con mucha irritación, sentada en el borde de mi cama—. No sé por qué, pero estoy muy nerviosa, así que dejemos ya el tema. Ahora solo necesito que me ayudéis a terminar de arreglarme.

—Tengo la solución a tus nervios —dice Aby muy convencida—. A ti no te gustan nada los tíos peludos, ¿no? Pues solo tienes que imaginártelo así —se le dibuja una sonrisa en la cara—. Es justo lo que yo hago y me funciona: imaginármelos haciendo cosas que no soporto. ¡Y fuera nervios!

—¡Joder! ¿Y no te entran ganas de salir corriendo, guapa? —suelta Tawny aguantando la risa—. Vamos, si yo tengo que imaginármelo como un oso, directamente no acudo a la cita. Abigail Breyll: cada vez estoy más convencida de que vienes de otro planeta. Allí no te aguantaban y te soltaron aquí, ¿cierto?

Aby no puede evitar reírse con Tawny.

—Pues te recuerdo, guapa, que la alienígena tiene que hacer la cena esta noche, así que prepárate que quizá comas algún marciano chamuscado a las finas hierbas.

Al final nos ponemos de acuerdo y me pongo un vestido ajustado de encaje negro *monster*, como dice Aby, con escote en forma de corazón y por encima de la rodilla. Escojo como complementos un *clutch* y unos salones dorados. Tawny, que tiene mucha habilidad para peinar con estilo, me riza las puntas con las tenacillas dejándome el pelo suelto. Solo me queda maquillarme. Un poco de *eyeliner*, máscara para pestañas, *gloss* en los labios y un toque de colorete. Miro el reloj: las siete en punto.

Capítulo 4

LLEGO al vestíbulo y me cruzo con unos vecinos, un matrimonio joven al que saludo mientras él, amablemente, me sujeta la puerta para que salga. Y ahí está, esperándome, apoyado en el coche que, por cierto, impresiona tanto como él. El corazón me da un vuelco. Por favor... ¿cómo puede ser tan guapo? Lleva un pantalón gris con una camisa negra con el cuello desabrochado y una americana del mismo tono. Sin lugar a dudas, este hombre sabe dejarte con la boca abierta. Trago saliva e intento que mis piernas comiencen a caminar ya que me he quedado como un pasmarote al verle. Se aparta del coche y con una sonrisa arrebatadoramente sexy me abre la puerta trasera.

—¡Buenas noches, Chloe! Estás preciosa —dice mientras sus ojos me recorren de pies a cabeza.

—Gracias, muy amable —. Sonríe y coge mi mano, la lleva hacia su boca rozándome apenas con los labios sin dejar de mirarme a los ojos. Conseguirá que me derrita aquí mismo. Y Aby diciéndome que pensara en pelos... ¡A ella la querría ver yo en esta situación! Entro en el asiento trasero del coche. Por lo visto tiene chofer, pero hay un cristal oscuro que me impide verle. Él entra por la otra puerta y se acomoda a mi lado.

—¿Quién era tu acompañante esta mañana? —suelta de repente.

—¿Acompañante? —repito sorprendida porque no sé a quién se está refiriendo.

—Bueno, cuando te vi en el restaurante ibas acompañada de un hombre ¿no? —lanza sardónico.

—¡Ah! Perdona, no te había entendido. Era mi jefe. Teníamos una comida de trabajo.

—¿Hay algo entre vosotros? —ahora suena frío.

Pero ¿este hombre qué se cree? ¿Cómo me hace este tipo de preguntas? Por amor de Dios, ¡podría ser mi padre! ¿O acaso se refiere a Farrow? De cualquier modo, es una pregunta muy impertinente por su parte.

—¡Por supuesto que no! —replico molesta—. Es mi jefe y está felizmente casado

—¿Te ha incomodado mi pregunta? —me coge la mano y me acaricia la muñeca con el pulgar.

—Sí —contesto sinceramente—. No sé qué te ha hecho pensar que estuviera con él.

—Mi intención no era molestarte en absoluto. Lo siento —me dice muy dulce, con cara de buen chico.

El coche se detiene y alguien abre mi puerta.

—Buenas noches, señorita —un hombre enorme, vestido de oscuro, rapado al cero, muy serio y atractivo me da la bienvenida.

Alec se acerca a nosotros.

—Él es John Sachs, trabaja para mí —me aclara.

El hombre de expresión impassible hace un gesto con la cabeza a modo de saludo.

—Disfruten de la cena —acaba y se dirige hacia el coche.

—¿Es tu chofer? —pregunto.

Alec asiente con la cabeza

—Pues no tiene pinta de eso —le digo bajando la voz.

—¿Y qué pinta tiene que tener un chofer? —me pregunta, divertido, bajando también la voz mientras me pone la mano al final de la espalda y me conduce hacia el interior del restaurante.

—Bueno, no lo sé, nunca he tenido uno. Por su altura parece un jugador de baloncesto y, si nos fijamos en su aspecto y corpulencia, más bien me recuerda a un guardaespaldas.

—¡Vaya! Buena observación, señorita Breyll —me dedica una sonrisa pero no me lo confirma.

El *maitre* se acerca a nosotros con una esplendida sonrisa y deshaciéndose en atenciones hacia él. Por lo que veo, no es la primera vez que viene.

—Por aquí, por favor. Todo está preparado, señor Seytton.

Le seguimos y me quedo maravillada con la fascinante decoración neoclásica, el restaurante rezuma lujo y elegancia. Se detiene para abrirnos la puerta de un salón privado. Es amplio, bañado por una cálida luz proveniente de una hermosa lámpara de araña y con predominantes tonos beis y bronce. Solo hay una mesa y está impecablemente preparada. Un camarero me aparta la silla y Alec toma asiento frente a mí.

—Me gusta la intimidad y quiero disfrutar de tu belleza sin compartirla con nadie; solo para mis ojos —dispara con una ligera sonrisa en sus labios.

—Eso suena un poco posesivo, ¿no? —la pregunta sale inesperada de mi garganta.

Alec clava sus ojos en los míos.

—Me he tomado la libertad de elegir el menú. Espero que sea de tu agrado. Si no es así, solo tienes que decirlo —me aclara.

Otra vez hace lo mismo: no contesta a mi pregunta y cambia de conversación. Quizá mi pregunta le ha molestado. Hace un gesto con la cabeza y se acerca un camarero para servirnos el vino y otro con una bandeja de rosas de salmón con caviar como entrantes. Empezamos bien: el caviar no me gusta, aunque no pienso decir nada. Alec no deja de mirarme y eso me está poniendo otra vez nerviosa. Él, en cambio, está relajado y se desenvuelve con una soltura impresionante. Se nota que está en su ambiente; yo en cambio me encuentro un poco fuera de lugar. Le veo tanta seguridad en sí mismo que roza la arrogancia. Nunca me ha gustado la gente arrogante, pero a él, en realidad, ese punto lo hace tan atractivo...

—Brinda conmigo, Chloe —coge su copa y la levanta.

—¿Brindamos? —pregunto un poco perpleja mientras alzo mi copa.

—Por supuesto. Brindo por ti, porque mirarte a los ojos es como perderse en el paraíso.

Esto era ya lo que me faltaba. Me acaba de dejar sin habla. Le sonrío chocando sutilmente mi copa contra la suya y bebo un sorbo de vino, pero sin darme cuenta lo acabo casi de un trago. El camarero enseguida vuelve a llenarme la copa. Seytton me tiene desconcertada porque el gesto que ha tenido ahora mismo es tan bonito y caballeroso... ¿Y él me preguntaba si yo era real? ¡Por el amor de dios, quien no es real es él! Cojo un trozo de salmón y el sabor resulta delicioso. Lo difícil va a ser el dichoso caviar.

—¿Te gusta? —me pregunta con esa voz tan seductora.

—Esta buenísimo. —Respondo y por supuesto me refiero al pescado, porque a ver como consigo tragarme el caviar—. Alec, ¿eres de Nueva York?

No he terminado de preguntar y ya estoy pensando que acabo de hacerle la pregunta menos original del mundo.

—No, nací en Denver. ¿Y tú?

—En Boston. Me trasladé aquí hace un año, cuando comencé a trabajar para Larson&Miller.

No paro de remover con disimulo el caviar por el plato. Cojo un poquito, me lo llevo a la boca y me lo trago sin masticar con la ayuda del vino. Al menos así no me sabe a nada y conseguiré acabarlo. Vuelven a llenarme la copa, la tercera, y él aún está con la primera. A este paso acabaré como una cuba. Debería beber agua, pero el caviar me sabría peor y lo que más me preocupa es la impresión que le pueda estar dando de mí. En el siguiente plato dejaré de beber.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí?

—Nueve años —dice llevándose la copa a la boca y dando un trago—. Buena chica, te lo has comido todo —aprueba.

Le sonrío. ¡Si él supiera el trabajo que me ha costado!

—¿Tus padres siguen en Denver o se trasladaron contigo?

—No tengo padres. Murieron, y la prensa se encargó de que todo el mundo lo supiera — responde con el rostro imperturbable.

—Lo siento, Yo... yo no tenía ni idea —admito con total sinceridad ¡Dios, tanto sermonearme Aby y lo más importante no me lo dice!

—No pasa nada preciosa, no es reciente, —me tranquiliza y su expresión se dulcifica—. Pasó hace mucho tiempo, y es algo de lo que no me apetece hablar.

Esto último lo ha dicho de una forma tajante. Y por supuesto respeto mucho su decisión de no querer recordar algo tan triste. El camarero nos trae el siguiente plato: solomillo al foie con puré de castañas y brócoli ¡Joder, lo que me faltaba, el maldito brócoli! Pero ¿por qué tengo tan mala suerte? No soy nada delicada para la comida, de hecho me encanta comer y me gusta todo a excepción de muy poquitas cosas, pero lo de hoy es una putada en toda regla. Me quedo mirando el plato; si tengo que comerme estos malditos árboles enanos acabaré vaciando la bodega de este sitio. Aguanto una risita, creo que ya voy un poco achispada. Corto un trocito de carne, me lo llevo a la boca y... ¡uh! Está increíble.

—Está delicioso, pero ya no tengo mucha hambre; no podré con el brócoli —le digo a modo de disculpa.

Alec me mira y empieza a reír a carcajadas. Tiene una risa muy atractiva y contagiosa así que me pongo a reír con él, aunque no sé realmente qué le ha hecho tanta gracia. Se inclina hacia mí y coge mi mano, acariciándola con el pulgar. Me habla tan bajo que tengo que acercarme más a él para poder oírle.

—Tú sí que eres una delicia de mujer, pero el brócoli no te gusta, ¿verdad? —pone una espectacular sonrisa y le salen hoyitos en las mejillas—. Y tampoco te gusta el caviar, ¿me equivoco?

Me derrito al oír ese tono bajo y sugerente de su voz.

—Eres muy observador. Y tienes razón, no me gusta. Sé que me habías dicho que lo dijera, pero no creo que fuera muy considerado por mi parte después de haberte molestado en elegir el

menú —noto como mi cara se calienta e intento disimular mi nerviosismo.

—Una vez me dijeron que no me fiara de lo que dicen y que observara lo que hacen —dice arqueando sus preciosas cejas.

Bueno, ahora sí: jaque mate. Este tío tiene frases para todo y yo tengo la mente en blanco. Lo cierto es que no sé de qué hablar con él. Es como si cualquier pregunta interesante se hubiera esfumado de mi cabeza. Tengo que cambiar ahora mismo el chip o este tío pensará que soy lo menos inteligente y lo más aburrido que ha conocido en toda su vida. No sé por qué me comporto con él como si fuera una damisela del siglo dieciocho, ruborizándome y todo, ¡por dios!

—Si me disculpas, por favor. Necesito ir al baño —le digo retirando mi silla para levantarme. Alec hace lo mismo y se pone en pie.

—¿Tú también tienes que ir? —pregunto sorprendida.

Él niega con la cabeza. ¡Oh, por favor! ¿Seré burra? ¡Es un gesto de cortesía! Creo que se está aguantando la risa. Tengo que salir de aquí porque voy de mal en peor. Me dirijo hacia la puerta y enseguida el camarero la abre y me indica dónde se encuentran los baños. Como era de esperar, el baño está decorado con todo lujo y elegancia. Me miro al espejo: la imagen que me devuelve es la mía pero no me reconozco. ¿Por qué demonios me estoy comportando así? Lo mejor será darle una buena excusa y largarme a mi casa, pues una retirada a tiempo es una victoria ¿no es eso lo que dicen? Ya está, decidido. Pero, ¿y si no quiere volver a quedar conmigo? Desde luego, no me extrañaría. Salgo del baño dándole vueltas a la cabeza a ver qué excusa le doy y al entrar de nuevo en el salón veo que Alec está de pie hablando por teléfono. Su voz transmite tanta fuerza y seguridad que me estremezco al oírlo. Me quedo ahí, parada, mirándolo como si estuviera hechizada, y en ese momento cuelga y se dirige hacia mí.

—Estaba empezando a preocuparme. ¿Te encuentras bien Chloe? —pregunta cogiéndome las manos—. Estás un poco pálida y tienes las manos heladas —comienza a frotarlas entre las suyas.

—La verdad es que no me encuentro muy bien. Será mejor que me vaya —le digo en un susurro, absolutamente desarmada—. Siento mucho haber estropeado la cena.

Por nada del mundo quiero irme, pero dadas las circunstancias creo que es lo mejor que puedo hacer.

—No, por favor, no tienes de qué disculparte. Vamos, te llevaré a casa.

Me coge de la mano y salimos del restaurante. El chófer está ahí y nos abre la puerta. Ya en el coche noto a Alec un poco serio. ¿Le habrá molestado que quiera irme? ¿Será por la llamada de teléfono? Lo que sí es cierto es que desde que volví del baño, no me encuentro muy bien y según él estoy pálida. Empiezo a tener mucho calor y el estómago, un poco revuelto. Solo quiero llegar cuanto antes a mi casa. Acerco la mano hacia la puerta buscando el mecanismo para abrir la ventanilla pero no encuentro nada.

—¿Puedes bajar la ventanilla, por favor? Estoy un poco mareada.

—¿Quieres que pare el coche?

Asiento con la cabeza, me estoy empezando a encontrar peor. El coche se detiene y Alec me ayuda a bajar. Noto el aire fresco en el rostro y lo agradezco. Me apoyo en el coche y de repente siento una arcada, y comienzo a vomitar. Él me sostiene y me recoge el pelo con una mano. Me incorporo, pues estoy algo mejor, y Alec coge del coche una cajita de pañuelos desechables y me limpia la boca suavemente.

—¿Tienes más ganas de vomitar? —pregunta preocupado.

Le miro y niego con la cabeza. Solo quiero encontrar un agujero y meter la cabeza dentro, o mejor meterme entera. Desaparecer. Me muero de vergüenza, aún no me creo que esté pasando esto. Me pasa una botellita de agua, me dice que beba y le obedezco. Alec moja un poco un pañuelo y me va refrescando la cara con pequeños toquitos.

—Lo siento mucho —le susurro.

Él me sonrío y me acaricia la mejilla con un gesto de ternura en su cara.

—No te disculpes. Tú no tienes la culpa de encontrarte mal, pero no vuelvas a hacerlo, ¿me lo prometes? —dice con mucha delicadeza.

No le entiendo. ¿Qué no vuelva a qué? ¿A vomitar? Le miro extrañada.

—Comer algo que no te guste —prosigue—. No lo deberías haber hecho, Chloe. Es el caviar lo que te ha sentado fatal.

Ahora me está reprendiendo. Me acaricia los brazos y como sigo temblando se quita enseguida su chaqueta y me la pone sobre los hombros.

—Te llevaré a casa.

El trayecto lo hacemos en silencio y lo agradezco. De todos modos no me salen las palabras, estoy totalmente avergonzada. Desde luego, si no vuelve a querer salir conmigo lo tengo muy merecido, entraría en el récord *Guinness* como la peor cita. Llegamos y Alec baja conmigo para llevarme hasta la puerta.

—Intenta descansar. Mañana te encontrarás mejor, ya verás —me sonrío y me aparta un mechón de pelo de la cara.

Le sonrío y me quito la chaqueta para dársela.

—Gracias por todo. Y, de verdad, lo siento mucho —vuelvo a disculparme e intento que mi voz no delate lo angustiada que me siento.

—Gracias a ti por tu compañía. Y no te la quites, ya me la darás otro día. No me gustaría que cogieras frío —me dice mientras me vuelve a poner otra vez la chaqueta.

Me besa suavemente la frente, y me estremezco ante tanta dulzura. Le doy las buenas noches y al entrar oigo como el coche se aleja. Me siento fatal, no podía haber salido peor. Quiero lavarme los dientes y quitarme este amargo sabor de boca. No me extraña que me diera el beso en la frente.

—¿Ya estás aquí? ¿Tan pronto? ¿Ha ocurrido algo? ¿Se ha portado mal? —Aby parece una metralleta.

—No —la interrumpo—. Él es... perfecto. El problema he sido yo. ¡Oh, Aby! ¡Lo he estropeado todo! —exclamo reprimiendo un sollozo.

No soy llorona, pero en este momento tengo unas enormes ganas de ponerme a llorar por lo estúpida que me siento. Le cuento todo lo sucedido en la cena mientras me voy poniendo el pijama. Aby no ha dicho nada, y eso es muy raro en ella. La dejo en mi dormitorio y me voy al baño a desmaquillarme y a lavarme los dientes. Cuando vuelvo está tumbada en mi cama, mirando al techo, muy pensativa. Espero que me suelte cualquier cosa rápida y me deje dormir. Necesito que este día se acabe.

—¿No me vas a decir nada? —le pregunto metiéndome en la cama.

—Te dije que te lo imaginaras todo peludo y no me has hecho caso —contesta colocándose un cojín en la cara para ocultar sus carcajadas—. ¡Vaya desastre de cita!

Ahora ya no puede parar de reír. Me da con el cojín en la cabeza, y comienza a dar saltos encima de la cama.

—¡Aby! No estoy para guerritas de almohadas, por favor —espeto—. Y eso ya lo he deducido por mí solita, no hace falta que me lo repitas. En fin, seguro que no me volverá a llamar, aquí se acabo todo.

Al decir esto último se me encoge el estómago, porque la verdad es que se ha portado muy bien, muy atentamente. Me gusta demasiado.

Aby deja de saltar en mi cama y se acerca a mí, arrullándome en sus brazos, como si fuera una niña pequeña.

—Bueno, tienes su chaqueta. Se la tendrás que devolver ¿no? Esto se llama estrategia de tíos, cariño. Si no quisiera volver a verte se la habría llevado, y listo.

—No lo creo. De todos modos, mañana se la enviaré.

—¡De ningún modo! —me reprende, cogiéndome de los hombros para que la mire—. Ese gesto tan educado se merece, al menos, que se la entregues personalmente.

—¿Sí? Y ¿qué se supone que debo hacer? ¿Presentarme en su despacho? Ni loca, Aby, lo máximo que haré será llamarlo y decirle que se la quiero dar, ¿te parece bien así? —le digo haciéndome un ovillo en la cama—. ¡Ah! Y... ¿por qué no me dijiste que no tenía padres?

—Fue algo horrible, espantoso. Es una historia muy triste, de las primeras cosas que me enteré cuando entré a trabajar para él, aunque ya antes había leído algo sobre ello. Siento no habértelo contado —explica mientras se rodea el cuerpo con los brazos como si de repente un frío polar recorriera su cuerpo.

—¡Dios, Aby! ¿Qué ocurrió? —elevo la voz, espantada.

—Bien, te lo contaré —dice justo cuando comienza a sonarle el móvil en la mano—. Chloe, mañana te lo cuento. Es Dylan.

Me da las buenas noches y sale disparada hacia su habitación para descolgar. A mí me ha dejado peor que antes. ¿Qué les ocurriría?

* * *

Hoy me he levantado un poco abatida. Tawny no ha parado de llamarme por teléfono hasta sacarme de la cama, y yo quería dormir hasta tarde, ya que hoy no tenía que ir a la oficina y anoche me costó mucho conciliar el sueño. Pero claro, ella no podía esperar. Aby ya le había dado un informe exhaustivo de mi cita y, como era de esperar, Tawny tenía que poner su granito de arena. Se ha reído a gusto, se ha burlado todo lo que ha querido y más, pero bueno, eso era lo que esperaba. No paro de darle vueltas a todo lo ocurrido y lo único que consigo con ello es ponerme peor, sentirme más ridícula que ayer. En la cena me sentí muy pequeña ante un titán como él, tan seguro de sí mismo, sin perder la compostura en ningún momento. Vuelve a sonar el móvil; seguro que es otra vez esta pesada. Antes le colgué y ahora no pienso cogerlo, aunque pensándolo bien le voy a decir cuatro cositas.

—Escúchame bien, se acabó ¿lo entiendes? Como te coja te voy a hacer el alisado japonés en tu hermosa cabellera. O mejor, te repararé al cero mientras duermes. Y a tu pregunta, te diré que no, que no creo que vuelva a llamarme. Solo he cometido estupideces desde que le vi, y lo de anoche no tiene nombre —tomo aire y lo expulso—. Y todo esto, delante del hombre más guapo, maravilloso e impresionante que he conocido en mi vida, ¿sabes Tawny? —relato suavizando la voz—. Creo que ya os habéis reído bastante, y lo más probable es que yo me lo tome igual cuando pasen unos días, pero hoy me siento fatal y lo que necesito es tener cerca a mi mejor amiga, sin

que me recuerde lo infantil y estúpida que fui anoche.

—Hola, Chloe.

¿Esa voz? Es... ¡Por favor! ¡No, por favor! Esto no puede ser verdad. No, no, no. ¿Por qué no he mirado el dichoso teléfono?

—Hola.

Me tapo la boca porque... ¡joder! ¡Lo ha oído todo! Pero ¿por qué tengo tan mala suerte?

—Pensé que era mi amiga —admito con la voz temblorosa.

—Ya me he dado cuenta. Quise interrumpirte pero no me has dado opción y ha sido muy divertido —dice riéndose—. En algunas cosas estoy en desacuerdo contigo; no pienso que seas infantil, y mucho menos estúpida. Tú no tuviste la culpa, esas cosas ocurren y no pasa nada. ¿Sabes lo que más me fastidió? —pregunta con esa voz tan sensual y masculina—. El poco tiempo que pude disfrutar de tu compañía.

Vamos Chloe, a ver qué le contestas a eso.

—Para mí fue una situación muy incómoda, te lo aseguro. Ojalá pudiera borrarlo —suelto metiendo la pata de nuevo.

Con este hombre no me luzco en ningún puñetero comentario. Me causa un extraño efecto que no consigo entender.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Bien, gracias.

—Perfecto. Entonces, haremos una cosa: vamos a borrar lo de anoche, ¿de acuerdo? Hoy pasaré a recogerte a las siete. Pero eso sí, nada de caviar —oigo, atónita, como lo dice entre risas—. Elegiremos juntos el menú, ¿qué te parece? O, mejor aún, decide tú dónde te apetece que te lleve a cenar.

Si le tuviera delante me lo comería a besos. ¿Cómo puede ser tan increíblemente encantador?

—¡Genial! —respondo sin poder disimular mi entusiasmo—. Pero creo que lo menos que puedo hacer es ocuparme yo de todo, así que te recogeré y te llevaré a cenar. Dame tu dirección y pasaré a por ti a las siete en punto —se hace un silencio que dura segundos—. Alec, ¿sigues ahí? —oigo un carraspeo.

—Sí, perdona. Bien. Anota mi dirección.

Cojo un bolígrafo y la apunto.

—Bien, a las siete te recojo —afirmo.

—De acuerdo. Que tengas un buen día, Chloe.

—Lo mismo te deseo, Alec.

Cuelgo y me tiro en el sofá con una sonrisa de oreja a oreja. Otra cita con él, no me lo puedo creer. ¡Y después del desastre de anoche! Por lo visto mi suerte ha cambiado. Me pongo a reír como una tonta y pienso en Aby y en Tawny, a quienes no pienso contarles nada sobre esta nueva cita, por todo lo que se han reído de mí. Les diré que salgo con una compañera de trabajo.

Lo primero será reservar, pero ¿dónde? Cojo mi tarjetero y comienzo a echar un vistazo. La primera opción es el restaurante de Joss, pero enseguida la descarto porque Vivian se lo contaría a mi madre y tendría que dar muchas explicaciones. ¡Ya lo tengo! Iremos al restaurante italiano de Vicenza. Llamo enseguida y hago la reserva. Quiero que, por fin, ésta sea una noche perfecta. Para empezar, tengo que dejar de ponerme tan nerviosa cuando estoy a su lado: esa es la prioridad. Ésta será una buena ocasión de sacar mi coche. Fue el regalo de mis padres por mi

graduación y desde que me trasladé aquí casi no lo he cogido. Terminó el café y me voy directa al ordenador a retomar el trabajo que aún me queda pendiente. De pronto me viene a la cabeza sus palabras, cuando le pregunté por sus padres. "La prensa se encargó de que todo el mundo lo supiera". Mi curiosidad se dispara y sin poder evitarlo busco información sobre él. ¡Caramba con el señor Seytton! solo hay fotografías de él rodeado de mujeres. Bueno aquí está con personalidades muy importantes de la política. Sin embargo no encuentro nada de sus padres, de lo que les ocurrió. ¡Qué extraño! Ni rastro de su vida. Aby tenía razón cuando dijo que tiene muy blindada su vida privada. Me acabo de quedar igual, eso sí, en las crónicas de cotilleos mucha información sobre las mujeres que quieren cazarlo. No hay declaración oficial de que haya tenido relación sentimental con ninguna de ellas. Hay una modelo que aparece en bastantes ocasiones con Alec, según dice aquí; "La *top model* y musa de Valentino, la señorita Cintia Miber, asidua acompañante del señor Seytton cuando visita nuestro país" pero ninguna confirmación del tipo de relación que le une a ella.

Capítulo 5

SUENA mi móvil. Es un mensaje de Tawny avisándome de que no viene a comer. No me había fijado en la hora. Se me ha pasado la mañana volando y por fin he acabado mi traducción. Comeré algo rápidamente. Tengo que salir a hacer unas compras que necesito.

Vuelvo a casa y me encuentro a Aby esperando el ascensor. Subimos y empieza a contarme chismorreos de su oficina y que esta noche había quedado con Charlotte y su hermano para cenar. Me pregunta si les quiero acompañar y le digo que no, que ya he quedado. Lo más asombroso de todo es que no me pregunta con quién, así que yo me quedo callada y no digo nada.

Me he duchado y estoy en ropa interior frente a mi armario. No tengo ni idea de qué me voy a poner pero al final me decido por un vestido corto de corte asimétrico en color bronce.

—¡Guau! ¿Dónde vas tan espectacular? —dice Tawny soltando un silbido.

—¡Qué bien que ya estés aquí! —le doy un beso en la mejilla—. Dime que sí. Dime que vas a hacerme esa trenza tan impresionante que solo tú sabes hacer tan bien.

—¿Te ha llamado el buenorro? ¿Te vas con él? —me pregunta y niego con la cabeza.

—Me voy con una compañera de trabajo —contesto.

—¡Mentirosa! —me dice mientras entrecierra los ojos mirándome fijamente—. ¿Te has engalanado como si fueras un árbol de navidad para ir con una compañera? ¡Ja, ja! ¿Y te pones tan contenta? Irradias felicidad, guapa, y eso solo lo consigue una cita con un súper chico. Esta mañana te querías morir. Sin embargo, mírate ahora, Chloe. Mientes fatal, siempre te lo he dicho.

—Vale, tienes razón. Tú siempre me pillas —levanto los brazos en señal de rendición y le cuento lo que ocurrió mientras ella comienza a peinarme. Me ha hecho una trenza espectacular hacia un lado y me ha maquillado.

—¡Lista! Estás guapísima. Si este tío no se desmaya cuando te vea es que es ciego o gay —dice admirándose de su trabajo.

—Tú siempre me ves guapa. Y, por favor —imploro cruzando los dedos para que todo salga bien— hoy no quiero incidentes. Ayer ya tuve bastante.

Tawny me sonrío y los cruza ella también. Le tiro un beso y me voy. Quiero ser puntual.

Me dirijo al garaje a por mi coche, y una sonrisita de satisfacción aparece en mi cara al recordar que fue todo un triunfo para mí. Jamás pensé que lo conseguiría... que pudiera ser capaz de conducir. Es uno de los traumas infantiles que arrastro y por desgracia tengo varios. Afortunadamente, gracias a mis padres y mis médicos, este en particular he conseguido superarlo. Fue debido al accidente que sufrí cuando tenía nueve años. Un coche me atropelló y casi acaba

con mi vida. Aunque fue algo horrible, ese día todo cambió para mí.

Es un BMW serie uno, descapotable de color gris plomo. Me enamoré de él nada más verlo. Me siento y acaricio el volante con suavidad, desde que estoy en Nueva York no he tenido muchas oportunidades de poder disfrutarlo, ya que todo lo tengo bastante cerca de donde vivo. Pongo música y emprendo la marcha.

Llego a la dirección que me dio y me encuentro delante de un inmenso edificio. A él no le veo por ningún lado, así que paro el motor y miro la hora. Faltan tres minutos para las siete. Bien, Chloe, puntual. Salgo del coche y... ¡ahí está! El pulso se me acelera e inspiro profundamente en un intento de tranquilizarme. Su sola presencia hace que me olvide hasta de respirar. Me deleito con esta maravillosa visión, ese caminar elegante, como si estuviera desfilando por una pasarela.

Hoy lleva unos pantalones vaqueros de color azul oscuro que le caen de una forma muy seductora sobre las caderas, y una camisa del mismo tono que se ajusta maravillosamente a su espectacular torso, lo combina a la perfección con un cinturón color burdeos y los zapatos a juego. ¿Quién le asesorará? Viste de una forma increíble, parece salido de la mismísima *fashion week*. El pelo lo lleva cuidadosamente despeinado y eso le da un aire de chico malo. Es la tentación en persona. Llega hasta mí y me mira fijamente. La escena me turba. Se inclina y roza dulcemente mis labios con los suyos, sensuales, carnosos... Si no me desmayo será un milagro.

—¡Hola! ¿Es tu coche? —pregunta mientras lo observa detenidamente.— No te imaginaba en

...

—¿No te gusta? —le interrumpo

—Tú me gustas más —me susurra al oído y comienza a rozarme el cuello con sus labios, trazando un camino de besos hasta mi hombro desnudo. Un dulce escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—Y... ¿dónde me imaginabas? —pregunto escabulléndome y mirándole a los ojos.

Necesito mantener la calma, no quiero que perciba lo que realmente me provoca, aunque algo me dice que él lo sabe perfectamente. Sonríe cogiéndome por la cintura atrayéndome hacia él. Sus ojos desprenden un calor tan intenso como salvaje. De nuevo, esa poderosa atracción sexual nos envuelve, como la primera vez que nos vimos.

—Chloe, no te puedes hacer una idea de lo mucho que te deseo —su voz está cargada de erotismo—, y si ahora te dijera dónde te imagino, no iríamos al restaurante, eso te lo aseguro. Así que será mejor que nos vayamos o no respondo de mí —se aparta y entra en el coche.

Estoy temblando, excitada. Respiro profundamente. Tengo que tranquilizarme o seré yo la que pierda hoy la cabeza y me tire encima de él —sonrío—. Pongo el coche en marcha. No hay mucho tráfico, así que no tardaremos mucho en llegar. Se gira hacia mí, poniéndome su mano en la parte trasera de mi cuello y rozándome suavemente con sus dedos. ¡Oh, por dios! ¿Pero que hace conmigo? Solo me falta ronronear. A este paso ya no quiero cenar, solo perderme con él. Miro de reojo y veo sus largas piernas que casi no caben en el coche.

—¿Cuánto mides? —quiero darle conversación para que mi mente deje de pensar todo el rato lo que me gustaría estar haciendo con él.

—Uno noventa y dos.

—¡Guau! Ahora entiendo como tienes un guardaespaldas tan grande. Uno más bajo no te serviría de nada —bromeo.

Alec se echa a reír. Por lo visto, le ha hecho gracia.

—Espero que la comida sea de tu agrado. No quiero que pienses que soy de las que no comen, me lo como todo exceptuando...

—¿Todo? —me interrumpe con una provocadora sonrisa—. Algo me dice que voy a disfrutar mucho de ella. —Suelta mordiéndose el labio inferior mirándome fijamente la boca.

¡Dios! y algo me dice que por la forma en que me mira, no se está refiriendo a lo mismo que yo ¿cómo he podido expresarme tan mal? ¡Menuda traductora! aunque pensándolo bien, él es el que ha tenido ese pensamiento lujurioso. Venga Chloe, ¿solo él? ¡Serás mentirosa! Me digo mentalmente, desde que lo conozco, mis pensamientos son igual de lujuriosos que los suyos —reprimó una sonrisa- ¡Vaya con el guaperas!

Llegamos al aparcamiento del restaurante y estaciono —menos mal— a la primera. Con estos nervios, no me lo puedo creer. Alec me coge de la mano y entramos. Enseguida nos atiende Sofía, que es la encargada de las reservas.

—¡Ciao, Chloe! —Me saluda sin apartar la vista de Alec mientras le sonrío. Vaya con Sofía, qué descarada es. Ya se podía cortar un poquito ¿no? A mí ni me ha mirado.

—¡Buona será, bellissima! Benvenuti, ¿Come stai?

Oigo esa voz y me giro rápidamente: es Vicenza viniendo hacia nosotros con ese aire entre sofisticado y misterioso y por supuesto tan elegante como siempre, con un vestido de gasa en color zafiro. Su pelo es negro como el azabache y lo lleva emulando el estilo de las antiguas egipcias.

—¡Sto molto bene, grazie! —respondo y le doy un beso en la mejilla.

Como no podía ser de otra forma; se queda absorta mirando a Alec. Nos obsequia con una copa de vino espumoso y nos invita a brindar ¡Salute!

—¡Querida! ¿No me vas a presentar a tu bellissimo acompañante?

Al decir esto, sus ojos están posados absolutamente en él. ¡Madre mía! Vicenza no se corta un pelo en piropearle. Tengo que admitir que este es el efecto que provoca en todas las mujeres.

—No va a hacer falta —prosigue aleteando las pestañas—. ¿Quién no conoce a uno de los magnates mas apuestos de este país? Señor Seytton, es un honor tenerlo en mi restaurante. Soy Maria Vicenza Benedetto, la propietaria de esta joya culinaria —dice tendiéndole su mano sin dejar de sonreírle.

Alec toma su mano para estrechársela. Para ella, me acabo de evaporar. Me siento excluida por completo. Bien, Chloe, solo está... ¿coqueteando descaradamente? ¡Vaya con Vicenza!

—¡Por aquí! Yo os acompañare a vuestra mesa

La seguimos. Lleva un contoneo de caderas que ya lo quisiera yo para mí. No puedo culparla por sentirse atraída por él; lo que no entiendo es por qué de pronto una absurda punzada de celos me atraviesa si nunca he sido celosa.

En cierto modo, Vicenza no se ha quedado corta a la hora de referirse a su local. El restaurante es magnífico. Ella quiso plasmar un trocito de su Florencia natal aquí, en la gran manzana. Distinguido sin llegar a caer en lo ostentoso; cuidado hasta el más mínimo detalle; una iluminación muy suave; el techo abovedado, que le da un toque íntimo y agradable; y las paredes adornadas con cuadros de jóvenes artistas italianos. En una de sus esquinas hay un pequeño escenario con un fabuloso dueto de piano y violín amenizando la velada con maravillosa música italiana.

Alec me retira la silla y nos sentamos uno frente al otro. Un camarero nos entrega la carta, pero Vicenza nos sugiere que probemos las últimas creaciones de su chef y a los dos nos parece

genial. Nos desea buen apetito y se marcha dedicándole una sonrisa. El camarero nos entrega la carta de vinos.

—¿Hay alguno en particular que quieras tomar? Porque me encantaría que probaras uno en especial.

—Elígelo tú —responde con interés.

Le pido al camarero el vino. Espero acertar y que le guste, es mi favorito. Enseguida regresa con él.

—Déjalo Angelo, yo lo serviré —le digo al camarero.

Vierto un poco en su copa. Alec la acerca a sus labios, saboreando el sorbo sin dejar de mirarme. Me quedo hipnotizada ante ese ritual. Trago saliva, tengo la boca seca y un cosquilleo recorre todo mi cuerpo.

—Es perfecto —contesta con esa voz grave y sexy.

—Me alegro de que te guste —suelto con una sonrisa, satisfecha de haber acertado—. Se llama Oráculo, en honor al mismísimo Oráculo de Delfos, templo sagrado dedicado principalmente al dios Apolo. Se encuentra en Grecia, al pie del monte Parnaso, y cuenta la leyenda que las musas plantaron vides en una de sus laderas para elaborar esta deliciosa ambrosía, y así, deleitar a Apolo, lo que quiere decir, señor Seytton, que está usted bebiendo un auténtico elixir para dioses. Solo espero que la comida también le guste, no vayamos a enfadarles y desaten su ira sobre nosotros —termino bromeando.

Alec se pone a reír a carcajadas. Le veo relajado, pero a la vez sorprendido. Esta velada va por buen camino. Comienzan a servirnos la comida. Vicenza ha puesto mucho empeño en dejar a este hombre deslumbrado con semejante banquete.

—Interesante, Chloe. ¿Te gusta la mitología? —pregunta enarcando sus preciosas cejas.

—Mucho —contesto—. Mis libros favoritos son los de leyendas, fantasía épica e historia.

—Fascinante. Es la segunda cosa que tenemos en común, y la segunda vez que me sorprendes —me dice con una media sonrisa—. A ninguno de los dos nos gusta el brócoli, y acabo de comprobar que nos gustan los mismos temas literarios. Me sorprendiste cuando te conocí; me has vuelto a sorprender hoy al venir a recogerme. Eres una chica muy interesante, Chloe.

Dios, me derrito cada vez que pronuncia mi nombre. Estoy en una nube. Ayer fue un auténtico desastre y hoy se ha convertido en la cita más alucinante de mi vida. Comienza con una gran elocuencia a hablarme sobre los libros que ha leído y los lugares que ha conocido, llamado siempre por la curiosidad de saber que allí han sucedido increíbles hechos históricos. Es asombroso todo lo que sabe. Me tiene totalmente entusiasmada. Nunca he conectado tan rápido con nadie. Es el primer chico que conozco al que le fascina lo mismo que a mí; nada que ver con otros con los que he salido. Los demás, simplemente, me seguían el rollo, y lo que no sabían era que me daba perfecta cuenta de que no tenían ni idea, ya que podía ver el aburrimiento en sus caras. En cambio, él está disfrutando. No sé por qué motivo, pero en el mismo instante que le conocí supe que Alec era especial. Estoy completamente embobada mirándole con detenimiento, de repente, surgen recuerdos de mi pasado... sus ojos, ese color tan especial al igual que sus hoyitos en las mejillas. ¿Y si fuera él? Aunque desecho enseguida esos pensamientos, es totalmente imposible.

—¿Te gusta todo lo que nos han servido? —pregunto obviando claramente volver a pronunciar comida.

—Es excelente. Todo está muy bueno y el sitio es muy acogedor, pero lo que realmente me gusta, y muchísimo, es tu compañía. Si alguna vez hubiera tenido un maravilloso sueño, pensaría en este momento que aún estoy en él.

Me coge la mano y le sonrío. Creo que me he ruborizado porque siento un calor enorme en mis mejillas. La que realmente está en un sueño soy yo, y sigue dejándome embobada con las palabras tan bonitas que me dice.

—Y qué me dices de la música, ¿Te gusta algún estilo en particular? ¿Alguna canción favorita?

—Esta música me gusta —refiriéndose a la que está sonando—, aunque... —intenta recordar algo—. No, no tengo ninguna canción favorita. Y mis preferencias dependen de mi estado de ánimo. Puedo comenzar a oír a Schubert para más tarde terminar con un rap. ¿Y a ti?

—Yo tengo muchas favoritas y ahora mismo recuerdo una canción italiana que me encanta: Maravillosa criatura, de Gianna Nannini.

Y le cuento la sorpresa que me llevé cuando me cantaron en Italia esta canción.

—Un detalle muy bonito.

—Me imagino que alguna vez te habrán dedicado alguna canción, o incluso te habrán cantado.

—Exceptuando a mi madre cuando era pequeño, nunca me han dedicado ni cantado una canción —la tristeza, de repente, aparece en su bonito rostro.

—Pues eso lo arreglo ahora mismo. Yo te cantaré y te dedicaré una canción. Como nos encontramos aquí y haciendo honor a la bella Italia, te cantaré la misma que me cantaron a mí. Solo espero que te guste.—Me invade un arrebató del que inmediatamente me arrepiento. ¡Dios! ¿Me voy a poner a cantar delante de él? Creo que el vino se me ha subido a la cabeza.

Me levanto antes de arrepentirme. Por la cara que ha puesto, creo que le he dejado sin palabras. Hablo con Vicenza y se entusiasma con mi idea. Mientras comenta con los músicos lo que voy hacer, aprovecho para ir a saludar a los tíos de ella, que están entre fogones. La cocina es un trozo de la vieja Italia. Creo que, menos el chef y otro ayudante, todos son familia de mi amigo Hermes, por eso les conozco. Sigo saludando, hasta que al fondo veo una cabeza de pelo rojo y rizado moviéndose de aquí para allá sin parar. Lleva un immaculado delantal blanco. Es una auténtica mamma italiana.

—¡Ciao, Rafaella! ¿Cómo estás?

—¡Oh, qué sorpresa! —suelta alegremente dándome un abrazo—. Sabíamos que estabas aquí, y sabía que no te marcharías sin pasar a vernos. ¡Vinzenzo! —llama al marido para que le salude.

Es un matrimonio encantador. Me despido de ellos y me dirijo hacia el pequeño escenario. Han bajado un poco las luces, creando un ambiente más íntimo. Respiro hondo y cojo el micrófono.

—Buenas noches a todos —y me dirijo a él—, esta canción va dedicada a ti, Alec: Meravigliosa creatura. Y comienza a sonar la música.

Capítulo 6

ACABO la canción. Una ovación llena la sala rompiendo el instante de silencio que se crea. Alec se pone en pie aplaudiendo, me observa sorprendido y le obsequio con mi mejor sonrisa. Viene hacia mí; sin embargo, ahora su gesto ha cambiado, está impasible, ¿será que no le ha gustado? Se detiene y me coge entre sus brazos, bajándome del escenario.

—Tienes una voz preciosa —comenta, aunque percibo algo de melancolía en él. Me toma de la mano y nos dirigimos hacia la salida del restaurante. Camina en silencio, a grandes zancadas, me cuesta seguirle el paso subida a los tacones que llevo. Mi cabeza no deja de darle vueltas a este cambio repentino de actitud. De pronto está relajado y contento y, en cuestión de minutos, todo se esfuma.

En cuanto llegamos al parking, apoya mi espalda contra el coche. Pega sus labios cálidos y suaves a los míos y comienza a pasar su lengua lentamente por ellos.

—No tienes ni idea de lo mucho que te deseo —susurra en mi boca, apoderándose de ella y uno mi lengua a la suya. Me agarra por la nuca para besarme más profundamente, invadiéndola con el punto justo de agresividad, provocando una revolución en todo mi cuerpo. Es como si tuviera un volcán dentro de mí a punto de estallar. Jamás en mi vida me han besado de este modo, hasta el punto de hacerme enloquecer. Desliza sus manos hacia mi trasero, agarrándolo y manoseándolo; escucho su leve gemido. Su cuerpo vigoroso y ávido se pega al mío, haciéndome sentir su erección potente como el acero. Me estremezco. Noto una ardiente punzada entre las piernas y enredo mis manos en su pelo, le agarro fuertemente, como si quisiera que no me soltara nunca. Su garganta gruñe de un modo tan excitante como él y retira perezosamente su boca de la mía con un ligero suspiro—. Otra vez lo has vuelto a hacer —susurra con la voz quebrada apoyando su frente en la mía.

—¿Hacer qué? —pregunto turbada, intentando recuperarme de este apasionado momento.

—Que pierda totalmente el control. Será mejor que nos vayamos o tendré que follarte dentro del coche —me advierte en voz baja, con una sonrisa burlona en su cara—. Dame las llaves, yo conduciré.

Me abre la puerta del copiloto y aguarda a que me acomode. Da un rodeo para entrar, adapta el asiento a sus largas piernas, enciende el motor y salimos del aparcamiento. ¡Qué destreza! No me ha preguntado nada; lo maneja como si fuera suyo. Acaba de decirme que me follaría dentro del coche. Hubiera preferido oír que quería hacerme el amor. Ya estoy otra vez con mis ideas románticas... Le observo totalmente embobada. Es tan guapo que eclipsaría a cualquier hombre

que se pusiera a su lado. Conduce bastante rápido. La velocidad no es algo que me apasione debido a mi accidente, sin embargo, me siento segura con él. ¿Dónde iremos? Creo que está bastante claro que me llevará a su casa... Atravesamos varias calles antes de girar a la izquierda y acceder a un garaje privado. Yo diría que hemos llegado demasiado rápido, pero tampoco me extraña, considerando la velocidad que lleva... Subimos varias plantas hasta que lo estaciona. Cuando salimos del coche, su chófer acompañado por dos hombres, nos saludan con un gesto de cabeza al pasar por delante de ellos. Correspondo asintiendo con la mía. Alec no se ha molestado ni siquiera en saludar. Me lleva de la mano mientras nos encaminamos hacia el ascensor.

—Preciosa, me ha surgido un pequeño contratiempo —me informa acercando mi cuerpo al suyo—. Quiero que me esperes desnuda, ansiosa y muy húmeda —lo dice de una forma que más que pedírmelo parece que me lo ordene—. En seguida estaré contigo y te daré lo que quieres... Lo que necesitas —comienza a pasar su pulgar por mis labios. Siento cómo me ruborizo y que se me seca la boca; trago saliva, pero no consigo articular palabra—. Rapson te acompañará hasta la suite —le hace un gesto a uno de los hombres y éste se dirige hacia mí.

Entramos en el ascensor y las puertas se cierran. ¿La suite? Donde me ha traído es a un hotel... Se me está empezando a formar un nudo en el estómago. Su actitud insolente no me ha gustado en absoluto. El hombre que me acompaña debe ser otro de sus guardaespaldas, tiene toda la pinta, aunque éste es un poco más bajo que su chofer. Percibo cómo me observa en silencio y no me gusta nada su mirada. Empiezo a sentirme muy incómoda... Le miro de reojo y sigue con sus ojos clavados en mí, examinándome de arriba abajo ¡será cretino! Y se está lamiendo los labios. ¡Ay qué asco me está dando este tío! El ascensor se detiene y salgo apresuradamente, quiero perder de vista a este individuo cuanto antes. Un señor de mediana edad perfectamente uniformado y con una amable sonrisa se dirige hacia mí.

—Buenas noches, señorita, bienvenida al Four Seasons —dice al tiempo que abre la puerta—. La suite está preparada. Cualquier cosa que necesiten sólo tienen que indicármelo.

Le dedico una tímida sonrisa dándole las gracias. Me encuentro en una habitación inmensa, de un lujo desbordante, pero sigo teniendo esa mala sensación dentro de mí. No me ha gustado la forma en que me ha dicho cómo tengo que esperarle y, por supuesto, no pienso obedecerle. Tengo la libido por los suelos y encima este fulano, que me horroriza, aún sigue aquí... Recibe una llamada de teléfono y se dirige hacia la puerta, pero no puedo evitar escuchar la conversación, puesto que no se molesta en bajar el tono de su voz.

—No empecéis sin mí, enseguida llego —hace una pausa—. Sólo he tenido que acompañar a la nueva putita de mi jefe. ¡Menudo cabrón, tiene buen gusto! La tía es impresionante... Aunque éstas sólo van donde huelen pasta —cierra la puerta tras él, riéndose.

Me quedo petrificada al oírle. Si me atravesaran ahora mismo con una espada al rojo vivo ni lo sentiría. ¿La nueva puta? ¿Es eso lo que piensan que soy? ¡Será cerdo! Salgo de la habitación como si el aire que siguiera respirando ahí me quemara los pulmones. Tomo las escaleras; lo único que quiero es correr y perderme de allí... Detengo mi descenso y me siento en uno de los escalones con la respiración entrecortada. No sé cuantas plantas he bajado, y los tacones que llevo tampoco es que ayuden demasiado, aún no sé cómo no me he caído rodando... Inhalo profundamente varias veces, intentando que mi respiración y los latidos de mi corazón vuelvan a la normalidad; noto sus punzadas en mis sienes. Pero no quiero quedarme ni un minuto más aquí... Me incorporo y sigo escaleras abajo. ¡Dios, esto no se acaba nunca! Cuando logro llegar al

vestíbulo principal, aminoro mi marcha; no quiero llamar la atención. Por fin, salgo a la calle. Tengo suerte, un taxi queda libre justo delante de la puerta y me apresuro a cogerlo. Le doy la dirección al taxista y me acurruco en el asiento. No dejo de pensar en la vergüenza y la impotencia tan grandes que he sentido. Nunca me he considerado una persona agresiva; de hecho, la violencia me da pánico, pero en ese momento si hubiera podido le hubiera arrancado la maldita lengua a ese cabrón. La melodía de mi móvil me sobresalta. Miro la pantalla y es él. No pienso contestar, así que bajo el volumen y lo vuelvo a guardar en mi bolso. ¿Qué cara habrá puesto cuando se haya percatado que no hay nadie desnuda, húmeda y ansiosa esperándole? No puedo evitar sonreír maliciosamente. ¿Se habrá enfadado? Seguro, su polvo de esta noche se ha esfumado y algo me dice que no tiene que estar acostumbrado a que lo dejen plantado, pues bien señor Seytton, yo tampoco estoy acostumbrada a que me traten de esta forma. Sin embargo esa sensación de triunfo dura un instante... ¿Por qué todo me sale mal con él? ¡Dios! que poca gracia me ha hecho la frase con la que remató: “Te daré lo que necesitas”. ¿Tan desesperada me ve?

Cuando entro en casa, agradezco enormemente que no estén ninguna de las dos. Creo que ahora no podría soportar sus interrogatorios. Me voy directa a mi habitación, me desnudo y deshago mi trenza. Espero que una ducha me reconforte y consiga desprender esta rabia que se ha acumulado en mi interior. Esas malditas palabras resuenan una y otra vez en mi cabeza. ¿A cuántas mujeres habrá llevado allí? Después de todo, ¿qué esperaba? Desde que le he conocido sólo ha empleado dos palabras: “deseo” y “follar”. En ese instante llaman al interfono. ¿Quién demonios será? Me pongo una bata y contesto.

—¿Quién es?

—Chloé, soy Alec.

Se me acaba de cortar la respiración, sólo con el sonido de su voz mi cuerpo se estremece. Necesito tranquilizarme. No estoy segura de que me apetezca verle en este momento.

—Tenemos que hablar —hace una pausa—. Sé lo que ha ocurrido y lo siento mucho, entiendo que estés enfadada —¿el tono que percibo es de... preocupación?

Ignoro por qué lo hago, pero mi dedo pulsa el botón de apertura. Más me vale pensar un poco antes de que suba, no quiero quedarme bloqueada cuando le tenga delante. Llama al timbre. Mientras abro la puerta, decido pasar por alto las reglas de buena educación: no pienso invitarle a entrar.

—¿Y bien?, dime lo que tengas que decirme —hago un gran esfuerzo para que mi voz suene totalmente tranquila.

A pesar de mi indignación, no puedo evitar quedarme impresionada ante él. Sus ojos ardientes me recorren de arriba abajo. Simplemente con esa mirada abrasadora mi cuerpo reacciona, se me acelera el corazón y vuelve a instalarse un nudo en mi garganta. Tengo que resistirme ante este magnetismo que desprende. Sin darme cuenta, coge mi mano y me atrae hacia él y, antes de que proteste, aplasta su boca contra la mía. Me besa desesperadamente, recorriendo cada milímetro con su lengua. Soy incapaz de controlar estas sensaciones que me provoca... Rodeo su cuello con mis brazos y mis dedos acarician suavemente su nuca hasta perderse en su sedoso cabello. Un momento tan intenso como mágico. Compruebo lo vulnerable que soy; es como si pudiera hacer conmigo lo que quisiera. Se acaba de desvanecer mi mal humor de un plumazo, dando paso a este deseo desesperado que bulle dentro de mi cuerpo. Suspira mientras sube una de sus manos lentamente por mi cintura hasta llegar a mi pecho. Con su pulgar roza mi pezón, que ya está duro y

sensible. Mi cuerpo responde a sus caricias, ansioso de ese contacto y hambriento de deseo.

Me separo un poco, ambos tenemos la respiración entrecortada, necesito coger aire. Mi intención era resistirme pero, por lo visto, mi cabeza piensa una cosa y mi cuerpo hace otra. ¿Por qué soy tan débil con él?

—Chloé tienes dos opciones: o me invitas a entrar o te follaré aquí mismo, y no creo que éste sea el sitio adecuado para hacer todo lo que quiero hacer contigo... Me estás volviendo loco, decídelo rápido —me exige con los ojos anhelantes, desnudándose con la mirada.

Me acabo de dar cuenta que debajo de la bata no llevo absolutamente nada y él lo sabe. En un arrebato de inseguridad, la ajusto bien a mi cuerpo con el cinturón y cruzo mis brazos delante del pecho. Él sigue mirándome a la espera de que me decida. Sin embargo, ha vuelto a romper la magia... Sé perfectamente lo que le interesa y ha venido a buscarlo. ¿Cómo es tan engreído?

—Lo siento Alec, es tarde y estoy muy cansada —contesto con brusquedad.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? ¿Me abres la puerta medio desnuda y ahora me sueltas que estás cansada? —habla con los dientes apretados—. Chloé, no soy de esa clase de tipos con los que se puede jugar —declara con una expresión dura en su rostro.

—Ha sido un error permitir que subieras... No te estaba esperando, por supuesto. Me iba a la ducha y, como bien has dicho, sabes el motivo de mi enfado —me irrita por su prepotencia—. No creo que un hombre como tú tenga ningún problema para encontrar sustituta para el polvo de esta noche.

—De eso puedes estar segura —suelta con una sonrisa arrogante—Sabías lo que quería y aceptaste. ¿Por qué de repente te sientes tan ofendida? —su mirada es fría como el hielo al preguntar—. Una actitud muy infantil, preciosa —añade.

—Deja de llamarme de ese modo —gruño furiosa—. ¿En serio quieres saber por qué me ofendo? Que me llamen puta no es algo agradable de oír, señor Seytton —su actitud no me gusta nada y aún menos sus palabras... Lo más coherente sería entrar en casa y darle con la puerta en las narices, pero ¿por qué no lo hago?

Se queda en silencio; apoya una mano en el marco de la puerta mientras se pasa la otra por el pelo. Su pecho sube y baja, está intentando calmarse. Cuando levanta la vista y la fija en mí, de sus ojos ha desaparecido esa mirada gélida.

—Tienes toda la razón. Siento mucho lo que ha sucedido, créeme que nunca más volverá a ocurrir —ha bajado el tono de voz y suena sincero—. Ese maldito bastardo ya está fuera de mi equipo. De hecho, ya se lo había comunicado a Sachs antes de que abriera su apestosa boca; no me gustó nada la forma en que te miraba —hace una pausa y me acaricia levemente la mejilla. Ese gesto me desarma—. Sé que me deseas igual que yo a ti. Pero si estoy equivocado ahora es el momento de decírmelo; me marcharé y no volverás a verme.

¿Es eso lo que quiero realmente? ¿No volver a verle? El mero hecho de imaginármelo provoca que se me encoja el estómago. Doy un paso hacia él y me agarra por las caderas. Como si fuéramos un imán, nuestros cuerpos se pegan automáticamente. Llevo mis manos hacia sus hombros ascendiendo despacio hacia su cuello, le acaricio suavemente y Alec cierra los ojos. Siento los latidos acelerados de su corazón. Me pongo de puntillas y rozo mis labios con los suyos pero su boca se va hacia mi garganta besándola y lamiéndola. Gime y me levanta del suelo con una facilidad increíble, como si fuera una pluma.

Entra en casa y cierra la puerta con el pie. Me lleva en sus brazos y me mira esperando que le

indique mi dormitorio, le hago un gesto hacia la derecha y se detiene en seco delante de mi enorme fotografía de la puerta, la observa sin perder detalle y vuelve a mirarme con una preciosa sonrisa en sus labios. Entramos y me baja sin despegarme de su cuerpo, quedándonos frente a frente. Tira del cinturón de mi bata, dejándola abierta. Sus manos van hacia mis hombros y la desliza por mi espalda, dejándome completamente desnuda. Sus preciosos ojos azules me devoran lentamente. Nuestras miradas se encuentran. Hay lujuria en su rostro. Con dedos temblorosos comienzo a desabrocharle la camisa. Conforme la voy abriendo, me voy quedando más y más maravillada: de su impresionante torso lampiño, del color de su piel sutilmente bronceada. Jamás he visto algo tan perfecto, es puro músculo. Sus marcados abdominales finalizan en esa espectacular V... Al quitársela, me quedo sobrecogida ante las dos cicatrices que tiene en el costado. Alec se percató de ello y pone mis manos sobre su pecho. Creo que no quiere que le pregunte nada y yo también pienso que no es el momento. Comienzo a recorrer el hueco de sus pectorales con la yema de mis dedos. Tira de la colcha y me deja caer con suavidad sobre la cama. Me quedo tumbada. Separa mis piernas dejándome completamente abierta. Baja su mirada a mi sexo humedeciéndose los labios poco a poco con la lengua; con ese gesto me excita, es sumamente erótico.

—Chloe, tú sí que eres la criatura más bella y maravillosa que he visto en toda mi vida —me dice en un tono ronco cargado de deseo.

Se inclina y comienza a besarme. Lentamente, pasa su lengua por mi abdomen. Su aliento cálido provoca una auténtica llamarada entre mis muslos. Cierro los ojos dejándome llevar por esta deliciosa sensación. Él sigue ascendiendo por mi cuerpo, acariciando mis pechos y mis pezones endurecidos. Contengo la respiración cuando coge uno entre sus labios y comienza a chuparlo en una lenta tortura. Mi cuerpo se estremece de auténtico placer. Un gemido sale de mi garganta cuando con la otra mano agarra el otro pezón pellizcándolo, manoseándolo. Mi sexo está húmedo y reclama atención. Me aferro fuertemente a las sábanas y me arqueo hacia su boca. Alec suelta un gruñido ronco y comienza a chuparme el otro mientras su mano se desliza entre mis muslos y comienza a rozar suavemente mi clítoris. Me está volviendo loca. Me introduce un dedo, metiéndolo y sacándolo lentamente, me revuelvo en la cama. Deja mi torturado pezón y me mira.

—Así es como me gusta que estés, muy mojada y lista para mí —susurra en mis labios, sacando el dedo y volviendo a hundirlo; pero ahora son dos. Apoya su dedo pulgar en mi clítoris trazando círculos. Y muevo mis caderas al ritmo que marcan esos diabólicos dedos. No sé por cuánto tiempo más voy a poder aguantarlo.

—¡Oh Dios Alec! —suplico entre gemidos, clavándole las uñas en sus hombros ante el orgasmo inminente que va a estallar en mi cuerpo.

—Eso es, nena, dámelo —susurra y aumenta más su presión sobre mi clítoris. Mi sexo se contrae alrededor de sus dedos y en ese instante mi cuerpo estalla irrefrenablemente. Alec me besa silenciando mis jadeos con su boca. Cierro los ojos envuelta en un éxtasis fascinante. Siento mi cuerpo totalmente laxo. De pronto, Alec se levanta de la cama y abro los ojos.

—¡Vístete, nos vamos! —Me dice mientras comienza a ponerse la camisa.

—¿Qué? Pero... —le miro desconcertada. ¿Qué le ocurre ahora?

Me quedo absolutamente perpleja. Se acerca y me coge entre sus brazos, levantándome de la cama. De repente despierto a la realidad y me doy cuenta que estoy completamente desnuda. Encuentro mi bata en el suelo, y me agacho rápidamente para ponérmela pero Alec se adelanta y me la quita. ¡Dios, este hombre es capaz de llevarte al cielo y, un segundo después, dejarte en el

infierno! ¿Pero qué mierda le pasa ahora? Alargo el brazo para que me la dé. Mi cara debe de reflejar el cabreo que tengo. Él tira de mi mano, atrayéndome hasta él.

—Me muero por follarte —susurra a mi oído acariciándome la espalda. Mi cuerpo entero vuelve a temblar y, por su mirada, noto que él lo percibe—. Nos vamos a mi casa, te quiero en mi cama. Ahora voy a vestirme y nos marcharemos. Dime dónde tienes tu ropa interior —señalo hacia una cómoda. Abre el cajón y saca unas braguitas de encaje color rosa pálido y el sujetador a juego. Capto una mirada lasciva mientras observa mi ropa interior. Empieza a ponérmelos. Estoy en estado de shock, no consigo articular palabra. Se gira hasta el armario. Lo abre. No puedo apartar mis ojos de él. Vuelvo a maravillarme de su espectacular cuerpo; la anchura de sus hombros en contraste con su delgada cintura. Realmente un físico perfecto. Se mueve con soltura, como si estuviera acostumbrado hacer esto todos los días. Tras ese pensamiento siento una punzada en el estómago. ¿Se lo hará a todas con las que ha estado? Traza una rápida pasada con su mirada y elige mi vestidito azul marino combinado con beige. Coge la chaqueta de piel del mismo color y la deja sobre la cama. Se acerca a mí y, con sumo cuidado, me pone el vestido.

Mira hacia mis pies y le señalo el zapatero. Elige unas bailarinas, y se arrodilla delante de mí. Toma un pie y lo besa antes de ponérmela. Después me coge el otro y hace lo mismo. Estoy alucinando, este gesto de ternura ha hecho que mi corazón dé un vuelco.

—¡Lista! Estás pre... —se interrumpe, creo que acaba de recordar mis palabras de antes—. Muy bonita —dice guiñándome un ojo, con una sonrisa de satisfacción. Ha seleccionado todo con sumo gusto, y no me extraña porque la verdad es que Alec viste muy bien. Sin poder evitarlo me tiro a sus brazos y le beso con toda mi alma.

—¿Son tuyos? —pregunta acercándose donde tengo algunos de mis peluches y coge el dragón.

—Sí y ése es mi favorito —contesto.

Él me dedica su maravillosa sonrisa y lo devuelve a su sitio. Salimos a la calle. Su chofer nos está esperando.

—¿Este hombre nunca duerme? —suelto en voz alta, sin querer.

—Sólo cuando yo duermo —dice riéndose.

Entramos en el coche y Alec pone su brazo sobre mis hombros atrayéndome hacia él. Apoyo mi cabeza en su pecho. Guarda silencio, mira por la ventanilla con el rostro serio. Cierro los ojos y me dejo llevar por este momento tan dulce. La magia ha vuelto y no puedo evitar sonreír como una tonta. Comienza a acariciarme el pelo y sus dedos se detienen justo donde tengo la cicatriz, rozándola con suavidad.

—¿Qué te ocurrió?

—Tuve un accidente de coche, cuando era pequeña —se inclina y la besa dulcemente.

Capítulo 7

EL coche se detiene y el chófer nos abre la puerta. Alec me guía hacia los ascensores, teclea un código en un panel y las puertas se abren. Se inclina hasta que sus ojos quedan a la altura de los míos y me mira fijamente. La tensión sexual es evidente e irresistible; me coge por la cintura y se lanza a mi boca hundiendo su lengua ávida a la vez que comienza a embestirme lentamente con las caderas. Un calor electrizante comienza a extenderse por mi cuerpo.

El ascensor se detiene y salimos a un elegante y lujoso vestíbulo; Alec separa sus labios de los míos con la respiración entrecortada, vuelve a tocar algo en un panel y las dobles puertas se abren. Camina decidido llevándome de la mano y subimos unas espectaculares escaleras flotantes de vidrio que nos llevan a su dormitorio; para nada soy consciente de lo que me rodea, solo tengo ojos para él y lo que está provocando en mi cuerpo. Me tumba en la cama y comienza a desnudarme con celeridad.

La urgencia que se apodera de él acrecienta aún más la mía. Casi no controlo mi respiración, estoy jadeando mientras espero lo que va a ocurrir y que deseo con todo mi cuerpo. Se desabrocha algunos botones de la camisa y se la saca por la cabeza; los músculos de su pecho se tensan, sus ojos me penetran y su rostro se endurece por el deseo; rápidamente se deshace de sus pantalones junto con sus bóxers quedándose completamente desnudo frente a mí; ahora mismo podría desmayarme ¡Joder! ¿Cómo puede ser tan perfecto? ¡Está buenísimo! Intento controlar el impulso de tirarme encima de él. No puedo evitar mirarlo de forma lasciva, la boca se me hace agua; es realmente impresionante, no hay ni un gramo de grasa en ese espectacular cuerpo, solo pura fibra y músculo; creo que se ha dado cuenta de cómo lo estoy mirando y me sonríe. Como atraídos por un imán, mis ojos van hacia su impresionante miembro erecto; ¡Santo Dios, es enorme! Igual de imponente que el resto de su cuerpo.

—Ahora vamos a divertirnos, muñeca —musita mientras hunde su cabeza entre mis piernas.

¿Muñeca? ¿Me acaba de llamar así? Noto cómo su cara me roza la parte interna de los muslos y comienza a pasar lentamente la lengua. Ya he perdido totalmente el raciocinio. ¡Qué demonios, que me llame como le dé la gana! Sigue su ascenso hasta llegar a mi sexo, noto su cálido aliento; inhala profundamente como si quisiera embriagarse de mi olor y después lo suelta despacio, como si una brisa templada lo acariciara. Desliza su lengua arriba y abajo con deleite, se detiene en mi clítoris trazando círculos a su alrededor y comienza a succionarlo ávidamente. Suelto un gemido y me muerdo el labio para no gritar; mi sexo palpita contra su boca, mi deseo crece a una velocidad vertiginosa.

Levanta la cabeza y me mira; el azul de sus ojos se pierde en, sus pupilas dilatadas, ahora se ven oscuros, brillantes de deseo. Y una sonrisa de triunfo se le dibuja en la cara, sabe todo lo que está provocando en mí.

—Tu sabor me enloquece, eres una autentica delicia —dice lamiéndose los labios—. Quiero sentir cómo te corres en mi boca.

Aumenta la presión y su experta lengua me penetra; grito, le agarro del pelo con todas mis fuerzas y me aprieto aún mas contra su boca; hunde dos dedos en mi sexo, metiéndolos y sacándolos con suavidad una y otra vez, acariciando un punto sensible a la vez que sigue succionando mi clítoris hinchado; no puedo parar de retorcerme ni de gemir, me tiene completamente enardecida,, está devorándome ¡Dios, es tan intenso! sus gemidos vibran contra mi sexo y puedo sentir que estoy cerca, muy cerca del orgasmo. En ese momento suelto un alarido desesperado y mi cuerpo estalla en un maravilloso clímax. Estoy jadeando y temblando; Alec no deja de lamerme suavemente hasta que mi cuerpo comienza a relajarse. Suelto un suspiro completamente extasiada. Ascende por mi cuerpo dejando a su paso un reguero de besos hasta llegar a mi boca y me besa con dulzura.

—Ahora voy a follarte encanto —me dice con una leve sonrisa ¡Joder! ¿Ahora es "encanto"? ¿Está haciendo todo esto por no decirme “preciosa”?

Se acomoda entre mis piernas abriéndomelas con su rodilla. Noto su palpitante erección rozando los labios de mi vagina y vuelvo a estar otra vez excitada: mi sexo le reclama ansioso por tenerlo dentro

—Quiero que notes milímetro a milímetro mi polla entrando en ti, llenándote por completo; vas a gozar tanto que suplicarás que no pare. ¿Quieres ir al paraíso nena?

Coloca su erección en la entrada de mi sexo y lo roza lentamente. Esperando mi respuesta.

—Sí, sí, sí —afirmo entre gemidos

Me penetra con un perfecto movimiento

—¡Dios! —Grito casi sin aliento. Es enorme y aún no la tengo toda dentro.

—Iré despacio —susurra— eres muy prieta y me encanta—; gime, y me recorre el cuello con sus labios.

Sale despacio de mi cuerpo para volver a entrar con un movimiento suave e incesante. Cada vez se adentra más y mi cuerpo le obedece relajándose y acostumbrándose a su tamaño. Suelta un gruñido y me embiste hasta el fondo; mi sexo lo acoge por completo, la sensación es indescriptible.

—¡Oh, nena esto es alucinante! —jadea en mi boca y clava sus ojos en los míos, su mirada penetrante expresa la intensidad de su deseo y vuelvo a percibir esa extraordinaria conexión entre nosotros. Deslizo mis manos por su espalda acariciándole, toco suavemente las dos cicatrices de su costado y Alec se estremece. Al sentir su cuerpo pegado al mío mi sangre vuelve a hervir. Empieza a embestirme con más fuerza y nuestros cuerpos colisionan, siento cómo se estrella dentro de mí catapultándome al éxtasis. Es la primera vez que me siento plenamente poseída, como si mi cuerpo hubiera estado todo este tiempo sumido en un letargo a la espera de que él lo despertara.

Tenía toda la razón con lo de inimaginable, gimo cuando me muerde el labio inferior y lo succiona ferozmente; estoy a punto de explotar en mil pedazos. No puedo creerme que esté a punto de correrme otra vez. Alec intuye lo cerca que estoy me agarra fuertemente; acelera más sus

embestidas moviendo las caderas, lo que me provoca un tórrido placer en lo más profundo de mi ser. Rodeo con mis piernas su cintura y me muevo al ritmo de sus implacables embestidas. Entra y sale de mi cuerpo a un ritmo salvaje. Echo la cabeza hacia atrás y aprieto fuertemente las sabanas entre mis puños ¡Dios, esto es alucinante, me está volviendo loca! jadeo desesperadamente, noto los latidos de mi corazón martillar frenéticos en mi pecho. Toma mi boca con la misma voracidad de sus embestidas y le agarro fuertemente del pelo con idéntica intensidad.

—Córrete conmigo —me ordena con un gruñido y arremete con más fuerza aún. Noto cómo la tensión se apodera de su cuerpo; tensando y endureciendo sus músculos cierra los ojos y arquea la espalda. Mi cuerpo le obedece al instante y estallo en un grito ensordecedor. Él se une a mi grito y su cuerpo tiembla contra el mío, mis músculos aferran fuertemente su miembro palpitante. Alec ralentiza sus acometidas trazando círculos suaves con sus caderas pero sin ninguna prisa por sacarla de mi interior. La voluptuosidad que siento por él es increíblemente intensa.

—Joder ha sido impresionante —consigo decir entre jadeos. Estoy completamente exhausta.

—¿Impresionante?-repite jadeando también—. Te quedas corta, más bien diría que ha sido un polvo grandioso, gigantesco, titánico y, por supuesto, realizado por un autentico Titán, nena —esboza una sonrisa petulante.

Vaya este de modesto tiene bien poco —pienso para mí; sin embargo su arrogancia me hace gracia. Ha cumplido con creces lo de llevarme al paraíso. Ahí es donde estoy. Completamente hechizada por este apasionado y arrogante titán del sexo, como el mismo se ha calificado, y, por supuesto, totalmente consciente de su destreza sexual; lo que me lleva a preguntarme con cuántas mujeres habrá estado.

—Me encantan tus ojos —los besa,— tu nariz —beso,— tu boca —me besa en los labios—. Su mirada es cálida y su sonrisa tierna. Estos gestos de ternura y dulzura me estremecen el alma. Recorro sutilmente su espalda con mis dedos, acaricio las cicatrices de su costado y descubro otra que tiene de forma ovalada debajo del hombro.

—¿Cómo te las hicistes? —pregunto cogiendo su cara entre mis manos y dándole un beso en la punta de la nariz.

—Son las heridas del guerrero —me guiña un ojo sonriendo, como quitándole importancia, pero no me dice cómo se las hizo.

De repente me gira con él quedándose tumbado de espaldas, conmigo encima y dentro de mí. Me incorporo y apoyo mis manos en su pecho y empiezo a moverme arriba y abajo lentamente ese continuo vaivén nos excita de nuevo, lleva sus manos a mis caderas agarrándolas firmemente y acompaña sus movimientos con los míos. Mi corazón se acelera por segundos; me mira y puedo ver la lujuria en sus ojos. Su insaciable apetito me arrastra con él. Sus jadeos, sus susurros, sus palabras entrecortadas, me enloquecen; ahora se mueve más deprisa, subiéndome y bajándome, enterrándose profundamente, mi sexo se aferra a cada milímetro de su portentoso miembro. Alec domina en todo momento, marcando el ritmo de sus embestidas, estoy muy cerca del orgasmo.

—¡Joder, Chloe, me encanta follarte! No voy a aguantar mucho, nena, córrete conmigo —masculla tirando de mis caderas hacia abajo y arremetiendo con fuerza; su perfecto rostro se endurece ante la inminencia del clímax salvaje. Un empellón más que nos arrastra juntos a una vorágine maravillosa.

Me desmorono contra su pecho, jadeando y agotada. Estoy saciada y dolorida al mismo tiempo. Coge mi cara entre sus manos y acerca su boca a la mía besándome con toda la ternura del

mundo. Alec complementa su fabulosa fiereza con su dulce ternura, es una mezcla explosiva. No me cabe la menor duda: este hombre es absolutamente adictivo y muy, muy peligroso. Acaricia suavemente mi espalda y oigo los latidos de su corazón como si fuera la melodía más hermosa.

—Chloe eres perfecta para mí —susurra en mi pelo.

¿Acaba de decir que soy perfecta para él? ¿Estoy soñando? ¿Qué querrá decir con eso? Los parpados me pesan, creo que ya no consigo mantenerme despierta.

Abro los ojos y una tenue luz penetra por los ventanales; me giro en la cama y no está, no tengo ni idea de qué hora puede ser. Me siento en el borde de la cama; tengo todo el cuerpo dolorido, como si me hubiera arrollado un tren de mercancías, pero me siento muy feliz; me viene a la mente que en mitad de la noche, medio adormilados, lo volvimos hacer.

Necesito ir al baño; veo mi ropa perfectamente doblada encima de un diván, junto con mi bolso. Miro el móvil y tengo dos mensajes: uno de Aby que me dice que tenga cuidado y otro de Tawny deseando que me lo pase genial; no puedo evitar echarme a reír.

Me fijo en la hora, son las ocho de la mañana. ¡Mierda! Tengo que enviarle a mi padre la traducción que me pidió y ayer se me olvidó hacerlo. Cojo mi ropa y me visto rápidamente. Echo una ojeada a la habitación; es tan impresionante como él. La cama cubierta con sábanas de seda en color blanco y dorado pálido es gigante al igual que el cabecero de cuero capitoné oscuro que domina la pared, miro a mí alrededor y me quedo fascinada con la decoración. Es vanguardista y elegante, sin olvidar la esencia masculina; su cuarto es el reflejo de sí mismo pero ... ¿Dónde demonios estará el baño? No quiero imaginar la pinta que puedo tener; me acerco a un espejo enorme que lleva incrustado unos apliques en bronce bastante raros, parece una pieza de coleccionista. Me arreglo un poco el pelo con las manos ya que no llevo cepillo para poder peinarme, pero al menos encuentro las toallitas desmaquilladoras para limpiarme los restos del maquillaje que han dejado unas sombras oscuras debajo de mis ojos. Salgo de la habitación y me vuelvo a asombrar de la maravillosa escalera flotante de vidrio; el ático debe de ser enorme, espero que algún día me lo enseñe; lo poco que he visto me ha dejado impresionada. Seguro que me estará esperando para desayunar y lo cierto es que tengo un hambre atroz. Pero no puedo quedarme. Bajo las escaleras y enseguida le veo: está sentado en uno de los sillones del salón leyendo. Me acaba de dejar sin respiración. Lleva unos vaqueros desgastados con una camiseta blanca que se ajusta perfectamente a su espectacular torso, el pelo revuelto con unos mechones que le caen deliciosamente sobre la frente y esa barba incipiente que aún lo hace más atractivo.

—Buenos días —le saluda con una sonrisa acercándose a él.

—Buenos días —responde secamente, sin levantar la vista del periódico.

Vaya, no se ha despertado de muy buen humor por lo que veo.

—Mi chófer te llevara a casa —me anuncia en tono gélido sin mirarme, enfrascado en su lectura. Al oír eso mis cuerdas vocales se paralizan, no consigo articular palabra. Doy media vuelta y me dirijo titubeante hacia no sé dónde, no tengo ni idea de por donde salir de esta maldita casa.

¿Pero qué le ocurre a este tío? Me acaba de dejar helada; estoy aquí, de pie frente a él, después de haber pasado sin lugar a dudas la mejor noche de sexo de mi vida y ahí le tengo, despidiéndome de su casa o, mejor dicho, echándome con su actitud imperturbable.

—No hace falta —consigo decir con un hilo de voz, tragándome la rabia que comienza a arremolinarse en mi interior.

—Como quieras. Sachs, acompaña a la señorita Breyll a la puerta —le oigo decir a mi espalda en el mismo tono frío y cortante.

En ese instante aparece Sachs indicándome que le siga. Abre la puerta y pulsa el botón del ascensor que se abre de inmediato. Se gira cediéndome el paso.

—Señorita Breyll, permítame que la lleve; ha comenzado a llover —me pide amablemente.

—No, gracias —contesto en un tono casi inaudible. Pulso el botón y las puertas se cierran. Baja a una velocidad de vértigo, se detiene y salgo a un enorme vestíbulo. Corro a la salida, ahora mismo necesito huir de aquí. ¡Menudo capullo! Si esto es lo que significa sexo de una noche yo ya he tenido bastante, no quiero volver a saber nada de él. Paso por delante del mostrador de recepción.

—Señorita, un momento, por favor —me dice el conserje saliendo a mi encuentro—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—No —contesto secamente sin detenerme.

—Está lloviendo, señorita y no lleva paraguas ¿quiere que le llame un taxi? —camina junto a mí.

Me detengo, no quiero pagar con este pobre hombre la frustración que tengo encima, así que intento esbozar una sonrisa.

—No hace falta, gracias, no voy muy lejos —le miento y reanudo mi marcha; no quiero pasar ni un minuto más aquí dentro.

—Entonces permítame que le deje un paraguas, no querrá que se moje su bonito vestido —dice con una amable sonrisa mientras se dirige al mostrador y saca un paraguas. No debería aceptarlo, pero es tan amable y servicial que, después de lo sucedido, me gratifica encontrarme con alguien así; su aspecto corpulento y algún que otro kilito de más, es la viva imagen del típico portero neoyorquino. Lo cierto es que está diluviando y tengo un buen trecho hasta mi casa; aún con el paraguas llegaría empapada.

—¿Cómo se llama?

—Ralph, señorita.

—Ralph, muchas gracias. Y si es tan amable, sí que tomaré un taxi.

De repente oigo que alguien me llama y me giro. Es él y viene hacia mí. El corazón comienza a acelerarse.

—No has desayunado —afirma deteniéndose en mitad del vestíbulo. Su mirada es intensa y expectante.

—¿Perdón? ¿Eres gilipollas? No contestes; te lo afirmo, lo eres y de los más grandes que he conocido; ¿me acabas de echar de tu casa y ahora tienes la cara tan dura de decirme que no he desayunado? —le recrimino furiosa y echo a andar hacia la salida. Quiero irme y perder de vista a este tío, busco a mi alrededor y no hay rastro del portero ¿Se ha desintegrado?

—Ven conmigo, vamos a desayunar —dice sin inmutarse, rodeándome hasta situarse delante de mí y cortarme el paso.

—No pienso ir contigo a ningún sitio —suelto con la voz crispada

—¡Vaya! la gatita se ha convertido en una pantera —chasquea la lengua, se acerca hasta colocarse a escasos centímetros de mi cuerpo y me levanta la cara— Chloe, ahora mismo vas a subir conmigo, vas a desayunar y...

—¿Pero tú quién te crees que eres? —le interrumpo y le empujo, pero no consigo que se

aparte. Es como un muro de acero.

—Según tú, un gilipollas ¿no? Uno enorme que está intentando disculparse contigo —en su rostro aparece una sonrisa marcándole sus hoyuelos.

No me lo puedo creer, ahora ha conseguido hacerme reír. Y en realidad no sé si es por haberle oído llamarse gilipollas o por el ataque de nervios que tengo. Aprovecha mi debilidad y me coge por la nuca, toma mi boca con dulzura en un beso tierno, me acaricia el cuello con la punta de sus dedos y por debajo de la oreja; una oleada de fuego me recorre el cuerpo ¡Oh, Dios que no haga esto! Sigo enfadada con él. Hace un momento odiaba a este hombre y ahora me derribo entre sus brazos.

Volvemos al ático. La mesa está perfectamente preparada para dos en el comedor. Retira mi silla para que me siente y él lo hace frente a mí.

—¿Cómo estabas tan seguro de que iba a subir? —le espeto.

—Porque siempre consigo lo que deseo—sonríe con sorna encogiéndose de hombros y sus ojos chispean con picardía.

—Eso es muy arrogante por tu parte —mascullo indignada por lo fácil que se lo he puesto; cada segundo que pasa me arrepiento más de haberlo hecho.

—¿Te gusta la mermelada de arándanos? —señala un bonito frasco de cristal—. A mí me encanta mezclarla con los cereales.

Sus palabras me impactan. Acaban de acudir a mi mente recuerdos de mi infancia que no los quiero. ¿Esto qué es? ¿Una maldita casualidad, o un lamentable capricho del destino?

—No —le miento— Tomaré solo un trozo de tarta de manzana, no tengo mucha hambre.

Jamás volveré a comerlos; creo que he debido permanecer demasiado tiempo observando el atípico ritual de preparar sus cereales, porque sus ojos están clavados en mí.

—¿Quieres probarlos? —me dice ofreciéndome su cuchara, lo que me saca de mis tristes pensamientos.

—No, gracias —arrugo la nariz con un gesto de asco.

—¿Tomas la píldora? —pregunta de repente cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Qué? —exclamo nerviosa retorciendo la servilleta con los dedos.

—Porque por tu culpa no me puse un condón —responde y agudiza la mirada para observarme, creo que está aquilatando la situación.

—¿Cómo dices? ¿Por mi culpa?. —Repito alzando la voz y levantándome de la silla; un temblor se apodera de mi cuerpo y los pulmones me abrazan—. ¿Por qué no te pusiste un jodido condón Alec? —grito nerviosa dirigiéndome hacia la puerta; ahora si sé dónde se encuentra, pero Alec me agarra antes de llegar. Intento soltarme pero no me lo permite. Me rodea con sus brazos y hunde la nariz en mi pelo.

—Shhh —sisea— Tranquilízate, Chloe, estaba bromeando; la culpa ha sido mía —se inclina para que le mire a la cara— Aunque... no del todo, tú tienes una parte; me vuelves completamente loco y me olvido hasta de mi nombre —esboza una sonrisa pícaro.

—¿La tomas sí o no? —pregunta con voz suave.

Afirmo con la cabeza, me siento tan aturdida que las palabras no salen de mi boca. La angustia se apodera de mí y siento una presión en el pecho que parece que me va a ahogar. Llevo muchos años de terapia por culpa de mis traumas infantiles y este es el peor de todos. Fui abandonada al nacer y mis primeros nueve años de vida los viví en el peor lugar donde puedan dejar a un niño.

Allí llevaban a todos los niños que eran desahuciados para una adopción, según ellos nadie nos quería, no éramos dignos de tener una familia que nos acogiera. Una de mis peores pesadillas es recordar todos los maltratos al que éramos sometidos, ¡Dios! el pánico se apodera de mí cada vez que mi mente rememora aquellos malditos momentos. Por lo tanto no tengo ni idea cual es mi procedencia, durante ese tiempo solo fui un número y el nombre que ellos me pusieron, me abandonaron en verano, así que mi nombre era Summer. Pero conmigo se equivocaron. Yo encontré a dos de las personas más buenas y maravillosas que puedan existir en el mundo, mis padres, ambos son cirujanos y fueron los que recogieron mi cuerpo agonizante de la carretera, me operaron y lucharon sin perder nunca la esperanza hasta devolverme de nuevo a la vida. Jamás olvidaré cuando me dijeron que yo fui su milagro, a lo que yo les contesté que ellos fueron el mío, todo lo que yo anhelaba en mi pequeña vida, era tener una familia y ellos me la dieron.

Sin embargo, no puedo olvidar todo lo anterior ¿Qué tipo de madre abandona a su bebe? De nuevo aparecen todos mis miedos, que me dicen que no puedo permitir quedarme embarazada, no debo dejar que suceda, designio que por supuesto mis médicos al igual que mis padres, están totalmente en desacuerdo conmigo.

Por mi reacción, me acabo de dar cuenta que todos estos años de terapia no están dando su fruto. Noto que algunas lágrimas resbalan por mis mejillas. Alec me mira y veo que su expresión se ha enternecido; creo que en estos momento me tiene lástima; acaricia mi rostro dulcemente al tiempo que limpia mis lagrimas con el pulgar. Inspiro profundamente. Creo que me he alarmado sin motivo, tomo la píldora y jamás se me olvida; tengo que dejar de preocuparme e intentar serenarme o pensaré que estoy loca. Apoya su frente en la mía y suspira profundamente. Una ternura agridulce se apodera de mi alma y me abrazo a él en un intento de que desaparezcan todos mis miedos. Alec me acoge entre sus enormes brazos con fuerza. Me siento protegida y segura y en estos momentos eso es lo que más necesito; me susurra al oído que lo siente y su voz suena desolada. Se considera culpable por haberme hecho llorar pero él no ha sido el motivo de mis lagrimas, aunque no pienso decirle la autentica razón que ha provocado que mi corazón se desgarre.

—Y... si lo que te preocupa es que no esté limpio —añade—, te puedo enseñar mi informe médico. Hace una semana que me lo hice y estoy completamente sano. Esta ha sido la primera vez que no he usado preservativo —afirma rotundamente.

—Para mí también es la primera vez y en cuanto a mi estado de salud, estoy totalmente sana.

—Bien, todo aclarado —dice con una sonrisa afectuosa—.Tengo que atender una llamada, enseguida estoy contigo; termina de desayunar —me da una palmadita en el culo y se marcha.

Me quedo allí parada mirando la mesa con toda la comida, pero lo cierto es que no tengo nada de apetito; me dirijo hacia los enormes ventanales: las vistas son espectaculares desde esa altura. Me ha dicho que nunca lo ha hecho sin preservativo y en cierto modo eso me halaga, al menos soy la primera en algo. De pronto me viene a la cabeza la insistencia de mis padres en hacerme un examen médico cuando vinieron a verme. Más exactamente, unos análisis de sangre. No lo entendí, sabían que odio las agujas, que ya tuve suficiente cuando era pequeña, además solo hacia seis meses de mi último examen; También me extrañó que insistieran en realizarlos aquí y no en Boston. Bueno, eso es lo que tiene ser hija de médicos, me digo resignada. Alec aparece a mi espalda:

—Ya ha comenzado a llover otra vez —comento mientras observo la lluvia— me fastidian

mucho estos días.

—A mí tampoco me gustan, así que nos iremos a buscar el sol —anuncia como si fuera lo más natural del mundo.

—¿A buscar el sol? ¿Dónde?

—Nos vamos a Miami —responde tranquilamente.

—¿Miami? —Repito sorprendida— ¿Quieres decir Miami, en Florida?

—¿Hay otra? —pregunta con ironía.

Llama a alguien con su móvil y comienza a dar instrucciones; yo aún estoy estupefacta, en ningún momento he aceptado, sin embargo él lo da por hecho; sinceramente, me muero de ganas de irme. Aunque ¿No debería preguntarle si siempre hace lo que le da la gana? No lo haré, conozco la respuesta.

—No hablarás en serio. Me refiero a lo de ir a Miami —insisto ya que me parece una locura.

—Por supuesto, ya está todo preparado; nos esperan en el aeropuerto.

—¿Aeropuerto? —Repito alarmada y con un vuelco en el corazón— Pero... no me puedo ir así, sin más, y tampoco me has preguntado si quiero ir —hablo deprisa, casi sin tomar aire-tengo que mandar unos documentos a mi padre, no puedo irme.

Alec me coge por la cintura y baja la cabeza un poco hasta que sus hechizantes ojos quedan a la altura de los míos.

—Tranquila, nena, imagínalo; sol, temperatura cálida, el mar y yo —dice con una voz ronca y sensual— ¿De verdad te preguntas si te apetece venir o no? —Me roza el lóbulo de la oreja con sus labios y un dulce escalofrío me recorre de pies a cabeza— No te preocupes, pasaremos antes por tu casa y mandarás lo que tengas que mandar antes de irnos.

¡Dios de mi vida! Jamás he visto una persona tan segura de sí misma y con el ego del tamaño de una nación; pensé que mi amigo Hermes se llevaba el premio en arrogancia, pero me equivoqué, Alec es aún peor. No me deja responderle, ya tengo su boca pegada a la mía en un beso salvaje y posesivo. Me dejo arrastrar por este ataque de pasión, le agarro fuertemente del pelo y Alec suelta un gruñido; prácticamente me está devorando la boca.

Nos separamos con la respiración agitada Ahora mismo me iría al fin del mundo con él.

Capítulo 8

LLEGAMOS al aeropuerto, pero Sachs pasa de largo la terminal de salidas y cruza una puerta de seguridad que conduce directamente a la pista. Nos aproximamos a un jet espectacular. Detiene el coche justo al pie de la escalerilla del impresionante avión. Salgo y me quedo inmóvil, boquiabierto, admirando esa belleza de diseño aerodinámico.

—¡Guau, es alucinante! —comento con un silbido—. ¿Es tuyo? ¿Sabes pilotar? —Alec me mira divertido.

—Sí, preciosa. Es mío y, por supuesto, sé pilotar. Nunca me compro nada que no sepa utilizar yo mismo, pero hoy no lo haré —me agarra por la cintura acercándose a él—. Prefiero pasar el tiempo de vuelo haciendo otra cosa que también me fascina —me susurra al oído. Noto un cosquilleo entre mis muslos. Definitivamente, Alec me enciende con sólo unas palabras. Subimos las escalerillas. Dentro de la cabina, dos hombres y una mujer aguardan de pie, perfectamente uniformados.

—Bienvenido a bordo, señor Seytton —le saluda uno de los hombres estrechándole la mano. Es el de mayor edad, ya que lo refleja su cabello gris y las arrugas que se avista en su rostro, parece un tipo muy agradable. Me alegro de verle, señor.

—Yo también, Will —contesta Alec—. Chloe, te presento a la tripulación: el comandante Willian Bennett, su primer oficial Dan Thompson y la auxiliar de vuelo Marissa Poveder —se vuelve hacia mí—. Ella es la señorita Chloe Breyll —les dedico una sonrisa y les estrecho la mano.

Alec me conduce hacia el interior de la cabina que, como no podía ser de otra forma, está lujosamente decorada. Elegantes maderas de caoba en contraste con cuero beige pálido. Es como si quisiera imprimir su estilo a cuanto posee.

Al entrar aquí todo el ambiente destila su esencia. Un amplio pasillo central divide la cabina; en un lado, un sofá curvado con bonitos cojines a juego, y al otro, asientos reclinables con mesas en el centro. Alec me ayuda a quitarme la chaqueta y nos acomodamos en unos lujosos sillones de piel. La azafata se acerca con una magnífica sonrisa y nos ofrece una copa de *champagne*.

Se sienta frente a mí, mirándome fijamente. Noto que se despierta esa atracción arrolladora que me imanta a él, esa excitación tan intensa que nunca en mi vida he sentido por nadie. En cierto modo, me da un poco de miedo que tenga ese poder sobre mí. Me llevo la copa a los labios y le doy un pequeño sorbo. Está delicioso, ¿qué marca será? Opto por no preguntarlo: ya resulta demasiado evidente que nunca antes en mi vida he volado en un avión privado, y que tampoco

estoy acostumbrada a tanto lujo como el que me rodea; jamás me he movido en un mundo tan elitista como el suyo. Todo esto impresionaría a cualquiera. El avión comienza a moverse y la azafata nos indica que nos abrochemos los cinturones, y anuncia que en breve despegaremos. ¡Dios mío, qué nervios! Me bebo de un trago el *champagne*.

—¿Nerviosa? —Pregunta Alec, cogiéndome la mano—. No tendrás miedo a volar ¿verdad?

—¿A volar? No —lo reafirmo con un gesto de cabeza—. Lo que me daría miedo es que este chisme, en algún momento, dejara de hacerlo. Aunque dicen que son el medio de transporte más seguro ¿no? —sonrío y me abrocho el cinturón.

Alec echa la cabeza hacia atrás y se pone a reír a carcajadas. Vaya, le ha hecho bastante gracia mi comentario. Su risa es tan campechana y contagiosa que no puedo evitar ponerme a reír yo también.

—Chloe eres una delicia de mujer y muy graciosa.

El avión comienza a coger velocidad y pronto despegamos del suelo. Siento un nudo en el estómago y ahora mismo no sé si es por el dichoso vuelo, o porque tengo frente a mí a este maravilloso ejemplar de hombre; supongo que es una mezcla de ambas cosas. La azafata vuelve a venir y nos pregunta si deseamos tomar algo más. Alec me mira y yo niego con la cabeza.

—Ven conmigo —dice poniéndose en pie y tendiéndome la mano. Me conduce hacia el fondo de la cabina, abre una puerta y es un... ¡dormitorio! Trago saliva. A eso se refería cuando me ha dicho que prefería hacer otra cosa. Es espacioso y no le falta ningún detalle. Hay una cama de matrimonio cubierta con una preciosa colcha dorada. Me giro hacia él y en sus ojos asoma el brillo del deseo. Se acerca y toma mi boca desesperado, ávido de ella. Manosea mis pechos y los estruja. Contengo un grito, sobrecogida por ese deseo animal tan salvaje y hundo mis dedos en su cabello agarrándolo con fuerza.

—Necesito estar dentro de ti más que respirar. Voy a desnudarte y a follarte hasta que lleguemos —está poniendo las manos en mi trasero y refregando su erección contra mí. ¡Ya estamos con la dichosa palabrita! Aunque... pensándolo bien, la emplea correctamente. Sabe lo que quiere y lo dice sin ningún tipo de vergüenza. Comienza a desvestirme y me tumba sobre la cama. Una sonrisa traviesa se dibuja en sus labios y me deleita con un *striptease* de lo más seductor. Es muy consciente del cuerpo tan impresionante que posee y del efecto que provoca en mí. Me quedo embobada contemplándole. Se acerca y se tumba de lado mirando cada centímetro de mi cuerpo. Con la yema de su índice, comienza a trazar líneas, acariciando suavemente mis pechos, descendiendo hacia mi vientre y mis caderas, hasta llegar a mi sexo, lo acaricia y juguetea con mi clítoris. Mi respiración comienza a agitarse y todo mi ser se estremece.

—Me vuelve loco tu cuerpo Chloe, y me encanta cómo tiembla cuando te toco —sigue acariciándome y la sangre hierve por mis venas. Me tiene completamente enardecida, anhelante y llena de impaciencia—. Y ya que hemos dejado claro el tema de los anticonceptivos —prosigue mientras se coloca encima de mí, apoyando los antebrazos a cada lado de mis hombros—, no quiero barreras contigo, nena —roza su miembro contra mi sexo, empapándolo con mi humedad.

Recorre mi cuello con su lengua de terciopelo, subiendo hasta mi oreja y atrapando el lóbulo entre sus labios y chupándolo, siento su respiración cálida y agitada. Sus gemidos inundan mis oídos. Todo mi cuerpo vibra de deseo y nuestras bocas se funden en un beso apasionado. Se hunde en mí con un envite perfecto. Mi corazón empieza a palpar con fuerza y noto cómo el placer me abrasa. Comienza a entrar y salir pausadamente y nuestros jadeos se sincronizan.

—Quiero hacer contigo lo que quiera... Te deseo tanto que no tolero límites ni barreras... Eres perfecta para mí —me dice con voz ronca, moviéndose lentamente. Me dejo arrastrar por la excitación y el fuego que comienza a expandirse por mi cuerpo.

—Sí —contesto con un gemido en su boca, embriagada por sus caricias y sus palabras; pero de repente un escalofrío me recorre la columna, carraspeo e intento separarme de su cuerpo—. ¿Qué quieres decir exactamente?

—Lo que has oído, preciosa. Jamás en mi vida he deseado tanto a una mujer como te deseo a ti y por ese motivo quiero poseerte de todas las formas posibles. ¡Dios...! ¡Nena esto es increíble! —Dice con los dientes apretados—. Eres tan suave —me embiste—, tan estrecha —vuelve a hacerlo hundiéndose profundamente.

Ataca mi cuello mordidiéndolo y acelera el ritmo con cada nueva penetración. La magnitud de mis gemidos se intensifica sin poder evitarlo. Mi placer aumenta a una velocidad exorbitada, me retuerzo debajo de su cuerpo. Este hombre tiene un efecto en mí sobrehumano y salvajemente excitante. Me besa con ansia, devorándome con fiereza. Sus gemidos son sumamente eróticos y excitantes. Mis uñas resbalan por su espalda arañándolo sin piedad. Me precipito a un orgasmo violento e implacable y estallo en mil pedazos. Alec sigue embistiéndome con más fuerza hasta que explota y su clímax se funde con el mío. Se deja caer encima de mí y esconde la cara en mi cuello. Cierro los ojos y le rodeo con mis brazos apretándolo contra mi pecho. Permanecemos así mientras recobramos el aliento.

—Ha sido magnífico —susurro en su oído y de repente me viene a la memoria algo que él dijo—. Titán del sexo —canturreo entre risas.

—¿Titán? —pregunta y se apoya en sus antebrazos aliviándose de su peso y clavándose sus preciosos ojos.

—¿No es así como tú mismo te denominaste anoche? —le recuerdo—. Nena, soy un auténtico Titán del sexo —intento imitar su voz. Me da un dulce beso y sale de mi cuerpo lentamente, se sienta sobre los talones y me mira.

—¿Joder! ¿Eso te dije? —está intentando controlar la risa.

—Eres un presumido —entre carcajadas, le doy un golpe en el hombro.

—Siempre presumo de todo lo que hago bien y con esto, señorita-se agarra su miembro—, soy muy... muy bueno —afirma con una sonrisa pícaro y me besa suavemente en los labios.

—Desde luego, no conoces la modestia —afirmo riéndome.

—¿Modestia? Ahora mismo no recuerdo... —se frota la barbilla pensativo—. Creo que no me la han presentado. ¿Está buena? —pregunta partiéndose de risa. Pongo los ojos en blanco, esto ya me parece el colmo de la arrogancia—. ¿Te apetece algo de beber? —le pido agua y se levanta de la cama dirigiéndose hacia un mueble con una nevera integrada.

Reparo en el tatuaje que tiene en la espalda justo debajo del hombro. Un dragón alado espectacular con un hada encima como jinete. Algo viene a mi mente pero no consigo recordar qué es; estoy completamente segura que he visto esa imagen antes. Me recuesto con la espalda apoyada en la cabecera de la cama y me cubro con la sábana. Aún me siento un poco incómoda estando desnuda delante de él.

—¿Qué haces? —me da el vaso de agua y se sienta junto a mí—. ¿Tienes frío? —él mismo responde negando con la cabeza—. ¿Vergüenza? —ahora sube y baja la barbilla, afirmativamente.

Me echo a reír. Tampoco es que sea adivino sino que resulta demasiado evidente.

—Te lo dije Chloe, nada de barreras —pega un tirón de las sábanas—. Tienes un cuerpo para admirarlo, no me prives de ello. No quiero que tengas vergüenza conmigo —lo dice con dulzura—, porque no te lo voy a permitir —asegura tajante y me sienta a horcajadas encima de él—. Y ahora voy a divertirme un rato con estas dos bellezas —en sus ojos aparece una mirada juguetona, me besa con fuerza agarrando mis pechos entre sus manos, tirando de mis pezones. Se me escapa un grito y noto como sonrío contra mi boca. Hunde la cara en mis tetas y comienza a chupar ávidamente un pezón al tiempo que sigue torturando el otro. Mi cuerpo comienza a reactivarse de nuevo.

—Tus tetas son preciosas —las lame—. Perfectas —las chupa tiernamente—. Realmente encantadoras —y frota la nariz entre ellas.

Me está provocando una revolución interna y, por una extraña razón que no consigo entender, con cada minuto que comparto con él me siento más cómoda. Sin embargo, viene a mi mente todo lo que Aby me advirtió: que no debo de involucrarme demasiado, que tengo que tener muy claro lo que esto significa,... Pero ¿y si ella está equivocada? No lo conoce, sólo sabe lo que la prensa publica sobre él. Soy consciente de que acabo de entrar a formar parte de su lista de conquistas que, a juzgar por lo bien que conoce el cuerpo de una mujer, debe de ser muy extensa. Tengo que vivirlo como una experiencia... y si es una experiencia con un titán del sexo mucho mejor para mí. Sonríe interiormente; la palabrita me hace mucha gracia.

Una voz a través de un intercomunicador nos avisa que en breve aterrizaremos. Alec se separa de mala gana. Me encanta que mi cuerpo le dé tanto placer como a mí el suyo.

—No creas que ya he acabado contigo. Esto es sólo un interludio, después seguiremos —me da un azote en el culo para que me levante. Nos vestimos y salimos para tomar asiento y prepararnos para el aterrizaje.

Ya estamos en Miami. La temperatura es deliciosamente cálida, sin ser asfixiante. Un lujoso coche nos está esperando. Nos dirigimos hacia South Beach. Experimento un pellizco de emoción: es la primera vez que vengo a Miami y voy mirando por la ventanilla sin perder detalle, como una tonta. Dejamos la ciudad. Desde mi lado, el típico paseo de palmeras y a mi izquierda, queda la playa con sus interminables extensiones de arena blanca que rompe contra el azul casi irreal del mar. Llegamos a un lujoso edificio y una chica joven perfectamente arreglada se acerca a recibirnos.

—Señor Seytton, señorita, bienvenidos a Miami.

Alec la saluda y comienzan a hablar. No presto atención a su conversación ya que estoy embobada mirando el jardín interior del vestíbulo. Nos acompaña hasta el ascensor y se despide. Lo último que he oído es que todo lo que Alec había encargado estaba listo. Subimos hasta el ático. Ya no me cabe la menor duda que a este hombre le gustan las alturas. Entramos y otra vez me quedo asombrada ante lo que veo. Un salón enorme de un blanco inmaculado igual que el mobiliario que contrasta con varios sofás semicirculares en color turquesa. La luz proveniente de los gigantescos ventanales que lo rodean, lo baña todo. El suelo revestido en madera color arena, y ocupando toda una pared del salón, un espectacular acuario. Adornando las paredes, varios sofisticados cuadros con motivos marinos.

—Ven, quiero enseñarte algo —me coge de la mano y me lleva hacia la terraza para que admire las magníficas vistas.

El cielo y el océano se funden ante nosotros. Hay una piscina y unas maravillosas tumbonas

con cojines en tonos azul intenso y agua marina, y al otro extremo un fantástico jacuzzi.

—¿Nos damos un chapuzón? —le propongo.

Me sonrío y comienza a quitarme la ropa. Compruebo divertida que es algo que se le da muy bien y me lanza desprevenida al agua; mi grito resulta inútil. Vaya, ahora está juguetón... Se tira tras de mí. Aprovecho que está nadando y me lanzo sobre él para sumergirlo... Nos salpicamos, nadamos juntos y chapoteamos como si fuéramos dos niños.

—¿Tienes hambre? —dice mientras sube con una agilidad increíble por el borde de la piscina; yo sería incapaz de salir de esa forma, así que nado hacia la escalera que hay en el otro extremo.

Alec coge una toalla enorme y nos envuelve a ambos en ella. Noto su erección contra mi vientre y una sensación de calor comienza a invadirme.

—Chloe eres preciosa, me encanta tu cuerpo mojado. Me temo que la comida va a tener que esperar, ahora lo que me apetece es comerte a ti —me susurra mientras va mordisqueando el lóbulo de mi oreja.

Rodeo su cuello con mis brazos y al pasar mi lengua por sus labios él los entreabre para darme acceso a su interior y me fundo con él. Mi lengua se enreda con la suya sensualmente, le muerdo el labio succionándolo, para después hacer lo mismo con su lengua en un beso erótico y caliente.

Nuestros cuerpos se atraen irremediamente. Su erección cada vez más dura presiona contra mi cuerpo, mi sexo empieza a palpar descontrolado. Deja caer la toalla y me coge en brazos para depositarme con cuidado sobre una de las mullidas tumbonas. Se coloca encima de mí, cubriéndome con su cuerpo y aguantando el peso con los codos. Roza su sexo contra el mío, sin dejar de mirarme. Recorro con mis manos su ancha espalda hasta llegar a su fantástico culo. Suelta un gemido que me eriza la piel. Me muerde los hombros y el cuello y me chupa el lóbulo de la oreja mientras suspiro larga y profundamente.

—Alec... —le suplico y me restriego contra él, cada vez estoy más excitada. Le necesito dentro de mí.

—Dime, ¿qué deseas? —pregunta con fingida inocencia. Nada más lejos de la realidad: el aire taimado que aparece en su sonrisa le delata. Sabe perfectamente lo que quiero—. ¿Esto? —me introduce sólo el glande.

—Sí —gimoteo y levanto mis caderas para ir a su encuentro, pero se retira.

¿Qué está haciendo? Por lo que veo sigue con ganas de jugar. Me sujeta las muñecas por encima de la cabeza, me tiene inmovilizada y muy caliente. Vuelve a entrar en mí muy despacio, ahora hasta el fondo. Gimo de puro placer. Sin embargo dura un instante ya que vuelve a sacarla. Gruño frustrada. Me mira con una sonrisa malévola, su boca a escasos milímetros de la mía. Nuestros alientos se mezclan pero no me besa. Evidentemente se está divirtiendo torturándome.

—Eres un demonio —refunfuño.

—Y tú una bruja preciosa, que me ha hechizado —contesta divertido, y vuelve a penetrarme lentamente.

Su tortura me provoca, quiero liberar mis manos para tocarlo pero no me deja. Luchó y me retuerzo debajo de él, pero es imposible; es como intentar mover un bloque de acero. Le rodeo con mis piernas dándole en el culo con los talones y se detiene de inmediato.

—Uy... Mi gatita tiene ganas de pelea —me dice junto a mi boca, puedo ver la diversión en su rostro.

El muy capullo se lo está pasando genial martirizándome. Y ahora soy su gatita. ¿Cuántos apodos me va a poner este tío? Me agito como una posesa sin ningún tipo de pudor, incitándolo a que se siga moviendo. Atrapa mi labio inferior entre sus dientes. Gimo y me invade la boca con su lengua, saboreándolo y dominándome. Entra bruscamente en mí y comienza a mover sus caderas en círculos. La destreza de su movimiento expande el placer por todo mi cuerpo. Suelta un gruñido, y con esa voz grave e irresistiblemente sexy empieza a susurrarme palabras lascivas al oído, enardeciendo aún más el fuego que tengo dentro y acercándome más al orgasmo. La sensación es tan intensa que creo que voy a perder la cabeza... Sigue embistiendo con fuerza, entrando y saliendo sin parar. Nuestras caderas se mueven al compás creando una armonía de movimientos perfectos. El sudor de nuestros cuerpos se mezcla, al igual que nuestros jadeos.

—Oh... Dios... —grito sin poder contenerme, estoy casi sin aliento...

—Joder... Nena... Córrete conmigo... Ya —me ordena con la mandíbula apretada.

Sus palabras son la válvula de escape y gritamos alcanzando juntos el orgasmo. Me suelta las manos y cubre mi cara de dulces besos. Ronroneo satisfecha. El demonio de hace un momento se acaba de convertir en un tierno angelito. Se incorpora saliendo despacio de mí y me ayuda a levantarme.

—Señorita, ahora nos ducharemos y comeremos algo —hace una pausa, mirándome de arriba abajo—. Pero será mejor que no lo hagamos juntos —me aprieta contra él, su miembro aún sigue duro.

Creo que es una advertencia de lo que ocurrirá si lo hacemos... Mi cuerpo reacciona en seguida ante su contacto, como si no me saciara nunca de él. Pero me apetece provocarle, quiero tentarle y devolverle un poco lo que él me ha hecho antes. Deslizo mi mano hasta su pene y empiezo a recorrer toda su longitud con mis dedos, desde la base hasta la punta y lo acaricio suavemente. Alec suelta un suspiro y en ese instante me aparto. ¿Qué estoy haciendo? Acabo de tener un orgasmo sensacional, ¿es que mi vagina se ha vuelto loca? ¿Cómo puedo desearlo otra vez con tanta desesperación? Por mucho que me apetezca volver hacerlo, necesito un respiro.

—Será mejor que me vaya a la ducha... sola —estoy controlando la risa, al ver su expresión de desconcierto.

—Ni lo sueñes, muñequita —sonríe y me carga sobre su hombro—. Vas a terminar lo que has empezado, ¡has despertado a la bestia! —grito y me revuelvo como puedo intentando que me suelte.

—Que yo sepa la bestia aún seguía despierta —respondo muerta de risa. Me da un mordisco en el culo para que me esté quieta y yo le devuelvo una palmada en el suyo que, por mi posición, lo tengo bastante a mano. Empieza a reírse.

Suena un móvil y no es el mío; tiene que ser el de Alec, que se detiene en seco y se gira buscándolo. Yo grito pidiéndole que me suelte pero no me hace caso. Contesta al teléfono conmigo encima. A quien sea que le haya llamado le ha dicho que en seguida le llamará. Me deja dentro de la ducha, me mira mordiéndose el labio inferior, se lo está pensando... Sin embargo se da media vuelta y se marcha. Me quedo un poco frustrada ya que en el fondo deseaba ducharme con él, aunque pensándolo mejor, mi cuerpo necesita un descanso.

El agua tibia y el jabón me han dejado como nueva. Busco en mi bolsa de viaje el bikini y el pareo que va a juego. Le diré a Alec que demos un paseo por la playa. Me recojo todo el pelo en un moño alto, dejando algunos mechones sueltos, alrededor de la cara. Salgo de la habitación, y

me dirijo hacia el salón. Está hablando por teléfono, absorbo por completo en la conversación; no se percató de mi presencia. Me quedo allí plantada mirándole. Su aspecto es de una llamativa elegancia informal, está guapísimo. Lleva unos pantalones azul añil muy favorecedores en sus largas piernas, y una camisa de lino blanca. Levanta la mirada y me observa. Su gesto se ha transformado en una máscara fría e impasible. Se despide de su interlocutor y cuelga.

—Tengo que marcharme —dice con sequedad mientras recoge su cartera y las llaves—. En la nevera hay de todo, la comida la tienes preparada; sírvete tu misma —prosigue sin mirarme a la cara.

—¿Tienes que irte? Pero... ¿A dónde? —pregunto sorprendida de que se largue y me deje aquí sola.

—Toma el sol, bájate a la playa... Le diré a Loreyn que te enseñe las instalaciones —añade dirigiéndose a la puerta y se detiene justo delante sin volverse hacia mí—. Hasta luego, nena —susurra y se va.

Sigo de pie, pasmada y con un nudo enorme en el estómago. ¿Comer? Este hombre me acaba de quitar el apetito de un plumazo. ¿Dónde demonios tendrá que ir? Se ha marchado sin darme ningún tipo de explicación. Me estoy empezando a arrepentir de haber venido.

Capítulo 9

LOREYN DURÁN ha resultado ser la misma chica que nos recibió esta mañana. Me fijo bien en ella ahora, porque cuando llegué estaba demasiado absorta mirando cuanto me rodeaba. No es muy alta pese a llevar unos buenos tacones. De rasgos hispanos, su cabello es oscuro y lo lleva recogido en un estiloso moño. Derrocha amabilidad y una simpatía arrolladora. Me ha acompañado hasta la playa privada donde he tomado el sol, me he dado un baño en estas aguas cristalinas y me he obsequiado con un exquisito combinado de frutas.

Y aquí sigo, sola en un lujoso ático en Miami. Siento el impulso de mandarle un mensaje pero enseguida desecho la idea y decido aprovechar que estoy aquí, para salir y hacer un poco de turismo. Me pongo un vestido color rosa pálido de tirantes. Busco en mi bolsa de viaje unos zapatos cómodos, pero sólo me he traído unas chanclas para la playa, las bailarinas que llevaba en el viaje y unas sandalias de tacón; opto por ellas.

Bajo al vestíbulo y me encuentro de nuevo con Loreyn.

—He decido hacer un poco de turismo —le comento

—Puedo recomendarle una interminable lista de lugares a cada cual más bonito. —Responde alegremente.

—Me encantaría poder verlo todo, pero no dispongo de tanto tiempo —me lamento.

—En ese caso le recomiendo que visite una de las zonas más populares de Miami, Ocean Drive. Pondré un coche a su disposición. —Coge su móvil y realiza una llamada.

—No hace falta que se moleste, tomaré un taxi —contesto, pero hace caso omiso a mi petición y en menos de un minuto ya me espera en la puerta.

Bajo del coche y contemplo fascinada lo que hay a mi alrededor. Aquí es donde se hacen realidad todos los tópicos sobre esta ciudad: playas de ensueño, cócteles tropicales, música latina, edificios estilo Art Decó y gente en bañador y haciendo footing por el paseo marítimo.

He hecho fotos con el móvil y se las he mandado a Aby y a Tawny; les gustará especialmente una de un grupo de chicos con unos cuerpos esculturales que iban patinando. Llevo un buen rato andando y mis pobres pies están atormentados por culpa de estas sandalias; ha sido una mala elección, debí ponerme las bailarinas. Para descansar, me detengo en un bar muy animado. Ocupo una mesa en la fabulosa terraza y enseguida me atiende un camarero bastante guapo. Con un guiño divertido, me recomienda uno de sus cócteles estrella; acepto la sugerencia encantada.

Dos mesas más allá hay tres chicos que no dejan de mirarme y aprovechan cualquier ocasión para ofrecerme sus sonrisas más espectaculares. Al cabo de unos minutos se acercan y me invitan

a un local donde actúan esta noche. Me comentan que forman parte de un grupo de pop rock y me dejan una tarjeta. Miro el móvil por enésima vez y no hay ni rastro de Alec: ningún mensaje ni llamada. En cambio, Aby sí ha llamado; pero ya hablaré con ella más tarde. En ese momento, suena y descuelgo sin mirar la pantalla.

—¿Dónde demonios estás? —explota Aby nada más descolgar. Oh, oh... esto no pinta bien. Tenía que haberla llamado.

—Hola a ti también —contesto soltando un enorme suspiro; ya puedo imaginarme lo que vendrá a continuación—. Estoy en Miami, ¿no has leído mi nota?

—¿Miami? —pega un grito que me obliga a apartar el teléfono de mi oído si no quiero que me reviente el tímpano—. ¿Qué se supone que haces ahí? ¿Con quién estás? —suena bastante cabreada, de lo que deduzco que no ha visto mi nota.

—Tranquilízate Aby, estoy bien. He venido con Alec. Os dejé una nota antes de marcharme —le hablo despacio intentando que se calme.

—¿Te largas sin decir nada, con un tío al que acabas de conocer? —me increpa—. Eso no es propio de ti Chloe, ¿y si es un psicópata?

—¿Un psicópata? —repito y me echo a reír—. Te recuerdo que acabas de llamar psicópata a la persona que firma tu cheque a final de mes —me sale una carcajada—. Sólo espero que sea de los inofensivos, pero si no regreso mañana llama al FBI —bromeo para ver si de una vez se tranquiliza.

En ese instante alguien carraspea a mi espalda y mi instinto me dice que es Alec. Rezo mentalmente para equivocarme, y que no haya oído mi comentario, pero me giro y efectivamente es él. Le dedico una sonrisa inocente y le lanzo un hola silencioso. Mi prima sigue despotricando. Le digo que mañana estaré de vuelta, corto sin más y guardo el teléfono en el bolso.

Alec me observa en silencio con una expresión inescrutable. No dice nada, aparto la mirada de él, un poco avergonzada. Creo que me ha oído. Y ahora ¿qué le digo, me disculpo? Sólo bromeaba... Bueno... Aby lo decía bastante en serio, pero no creo que sea para tanto... En el mundo donde se mueve probablemente le habrán dicho cosas peores, aunque supongo que la diferencia es que nadie se habrá atrevido a decírselo a la cara.

—Veo que sabes aprovechar bien tu tiempo —rompe el silencio y coge la tarjeta que me han dejado los chicos, su tono de voz no me gusta nada; es frío y cortante. ¿A qué ha venido eso?

—Me apetecía dar un paseo, conocer algo de aquí...

—Entonces te puedes dar por satisfecha —me interrumpe—. Ya has conocido algo —repite con reproche arrugando la tarjeta con su mano.

Ahora no tengo tan claro a qué viene su malhumor, si se debe a mi comentario o es porque me ha visto hablando con esos chicos... Ha destrozado la dichosa tarjetita con una rabia muy obvia. De todos modos, ya me da igual que lo haya oído. Él se ha largado sin molestarse en explicarme adónde se iba, ¿y ahora me reprocha que... me haya ido a pasear y que haya hablado un minuto con unos chicos?

—¿Cómo me has encontrado?

—¿No querías que te encontrara? —inquire bruscamente.

El camarero nos interrumpe y le pregunta si quiere tomar algo. Alec hace caso omiso de sus palabras y sin dirigirle la mirada, deja sobre la mesa varios billetes y me conduce hacia un Bugatti Veyron que está aparcado justo delante del bar. De pronto me atrae hasta su cuerpo y ataca

mi boca en un beso salvaje y posesivo. Estoy absorta a todo lo que me rodea. Es tal la intensidad que las piernas me tiemblan. Me está dejando sin aliento... Me suelta con la misma rapidez que me ha cogido y me abre la puerta del coche para que entre. Aún estoy intentando respirar con normalidad. ¿Qué ha sido esto? Este hombre cada vez me desconcierta más. No ha dicho absolutamente nada en todo el trayecto, este silencio es insoportable. Ahora mismo pienso que si estuviéramos en Nueva York ya habría cogido un taxi y me habría largado; pensándolo bien, puedo llamar al aeropuerto e irme en el primer vuelo.

Llegamos al aparcamiento privado del edificio. Alec sigue sin abrir la boca, me siento increíblemente incómoda. Se quita el cinturón de seguridad, se gira hacia mí y suelta el mío.

—Eres preciosa pero has sido una niña mala —dice al tiempo que comienza a besarme el cuello. Desliza su mano por mis muslos hasta llegar a mi sexo y una sinuosa excitación se apodera de mí. Me lo acaricia por encima de la braguita, humedeciéndome al instante.

—¿Una niña mala? —repito en un murmullo. ¿Y esto qué significa ahora? Pero enseguida me olvido, al notar cómo introduce dos dedos en mi interior. Le oigo gemir cuando mi vagina se contrae alrededor de ellos, tengo que mordirme los labios para no gritar. Estoy completamente mojada y excitada. Los mete y los saca despacio. Se me escapa un gemido. ¿Vamos hacerlo en el coche? ¡Dios, ahora mismo lo haría en cualquier sitio! Me baja los tirantes del vestido y encuentra mis pezones duros y erectos, deseosos de que los toque. Acerca su boca y pasa la lengua por uno y después por el otro. ¡Oh, Dios, me está volviendo loca! Me muevo sin poder controlarme, le agarro del pelo y sube su cabeza. Roza sus labios con los míos, quiero que me bese pero no lo hace. Una sonrisita perversa se instala en su cara. Estoy expectante y jadeando. Saca los dedos de mi interior y se los mete en la boca.

—Uhhh, me encanta tu sabor —me sube los tirantes del vestido y me da un beso en la frente, me quedo excitada... y estupefacta. ¿Qué coño hace? —. Vamos a cenar —dice clavándome sus impresionantes ojos como si esperase una respuesta de mi parte. Me quedo en silencio, respiro hondo y salgo del coche.

Llegamos al ático, hemos ido todo el rato en un silencio sepulcral; de mi boca no ha salido ni una palabra; estoy cabreada y muy molesta, él en cambio lleva tal sonrisita socarrona en el rostro que me están entrando ganas de borrarla de un tortazo, ¿a qué ha venido la escenita del coche? ¿Una niña mala?

Me lleva hacia la cocina.

—¿Tienes hambre?

—No —contesto secamente, y me muerdo la lengua para no decirle que él es el motivo de que haya perdido el apetito.

—Yo sí, y espero que cuando veas lo que voy a preparar especialmente para ti cambies de opinión. —Y me regala una sonrisa tan sexy como él, acompañada de sus irresistibles hoyuelos y yo me derribo. Pero sigo cabreada con él.

—¿Por qué has hecho eso? —no puedo seguir callada.

—Hacer... ¿qué? —dice con cara de niño bueno, pero sabe perfectamente de lo que le estoy hablando.

—El numerito del coche —suelto con desdén.

—¿Te ha molestado? —me coge de la barbilla para que le mire—. De eso se trataba —se encoge de hombros.

—¿Querías molestarme? —le lanzo una mirada furiosa, lo cierto es que estoy que me subo por las paredes ante su actitud impasible—. ¿Por qué?

—Simplemente te he devuelto lo que tú me has hecho para que no lo repitas. ¿Cómo te sientes cuando deseas que alguien haga algo y no lo hace? Tú querías correrte, que yo terminara de darte lo que deseabas, ¿no? Y yo quería llegar aquí y verte, y no estabas. Tú no me has dado lo que yo deseaba y simplemente he hecho lo mismo contigo. Así que estamos en paz.

—Yo no sabía que querías que me quedara esperándote —me defiende.

—Te dije claramente lo que podías hacer y tú en cambio vas y te largas por ahí, sin molestarme en decirme dónde estabas. —Me levanta del suelo y me sienta en una de las sillas altas de la cocina. Me coge la cara entre sus manos y toma mi boca besándola dulcemente; quiero apartarlo, sigo enfadada y sin embargo no lo hago. ¿Por qué soy tan débil con él?

No me gusta en absoluto que me diga lo que tengo que hacer, ¿quién se ha creído que es? Aunque tiene parte de razón, podría haberle enviado un mensaje avisándolo de que me había ido a dar un paseo pero... ¡Qué demonios! Él se ha ido sin dar ninguna explicación. Acabo de descubrir algo más de él: le gusta que todo el mundo haga lo que quiere y si no es así se toma su dulce venganza.

Me sirve una copa de vino. Coge unas verduras de la nevera y comienza a cortarlas con la misma destreza con que lo haría un chef, ¿en serio se va a poner a cocinar? En ese momento me llaman por teléfono. Es mi madre, así que me retiro un poco y voy hacia el salón para hablar con ella. Cuando vuelvo me quedo con la boca abierta, ¿todo esto lo ha preparado en un momento? Hay verduras salteadas entre las que, por supuesto, el brócoli no está incluido, pescado asado a la parrilla y una ensalada de... ¿fresas? Esto último lo digo en voz alta.

—¿Qué te parece? ¿Has recuperado el apetito? —pregunta acercándose uno de los platos con una sonrisa socarrona—. Ensalada con fresas, me recuerda a la primera vez que te besé.

¡Oh, Dios mío! Es cierto, la primera vez que me besó yo estaba comiendo ensalada con fresas. ¿Cómo puede ser tan cabrón y a la vez tan tierno, romántico y detallista? Tengo que alabar la maestría con la que consigue esfumar mi cabreo. Me tiro a su cuello y le beso.

Le ayudo a poner la mesa en la terraza, que me deja maravillada con la iluminación tan sofisticada y original, es como si hubiera bajado las mismísimas estrellas del cielo y creado un ambiente de lo más idílico. Es la primera vez en mi vida que veo algo así. Alec me sirve la comida y se sienta frente a mí.

—No imaginaba que supieras cocinar —le digo mientras saboreo el delicioso pescado.

—Te sorprenderías, preciosa, de la cantidad de cosas que sé hacer —comenta con su punto arrogante mientras me guiña un ojo.

—¿Por qué has tenido que marcharte? —pregunto aprovechando su buen humor pues no puedo evitar mi curiosidad. Quiero saber por qué tenía esa cara cuando se fue y adónde ha ido.

—¿Con quién hablabas por teléfono cuando te encontré?

¡Mierda! Comienzo a toser, me voy a atragantar, Alec me acerca la copa del agua. ¿Qué le digo? ¡Joder! Piensa, Chloe.

—¿Te he dicho lo bien que cocinas? —es lo primero que se me ocurre. Él no contesta a lo que yo le pregunto, pues yo haré lo mismo.

Su silencio y su ceño fruncido son señales inequívocas de que no se me da tan bien como a él cambiar el tema de conversación y omitir lo que no quiero responder. Vacilo un momento aunque

sé que tengo que decirle algo, aunque por nada del mundo voy a comprometer a mi prima.

—Con una amiga —respondo tranquilamente, nada más lejos de cómo me siento.

—Que trabaja para mí —afirma con frialdad— Y... ¿cómo se llama tu amiga? —me observa expectante.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—Bien, antes de... de que... —titubeo.

—De... ¿qué? —insiste, y creo entrever que se está... ¿divirtiéndose?

—Que sigas con tu interrogatorio... Sólo estábamos bromeando —respondo nerviosa y es que ya no puedo disimular más, me están sudando las manos y tengo la boca seca. Me llevo la copa a los labios y bebo el vino de un trago.

—Yo también —dice, y se echa a reír.

¡Será capullo! El mal trago que me ha hecho pasar. Suspiro agradecida y al mismo tiempo aliviada. Bueno, al menos ya sé que su malhumor no ha sido debido al comentario que ha oído.

De repente deja de reírse y me mira de una forma que hace que se me encoja de nuevo el estómago. ¡Dios, este hombre acabará con mi estado nervioso!

—No me ha gustado nada llegar aquí y no encontrarte, y menos aún cuando te he visto rodeada de...

El timbre de la puerta lo interrumpe.

—Debe de ser el postre —comenta poniéndose en pie.

No ha terminado la frase pero me ha quedado claro que se refería a los chicos que se acercaron. ¿Está celoso? Sólo de pensarlo una oleada de satisfacción me invade, siempre me han dicho que cuando sientes celos es porque alguien te importa. Sin embargo será mejor que no me haga ilusiones con él.

Mientras Alec se dirige a abrir la puerta, me levanto y voy hacia la barandilla de la fantástica terraza. Me deleito ante la maravillosa imagen que tengo delante de mí: el mar está en calma adornado por el brillo de las estrellas, las olas acarician perezosamente la orilla dejando un suave murmullo. La brisa es un cálido roce sobre mi piel. Hace una noche realmente hermosa. Oigo los pasos de Alec detrás de mí pero de pronto se detiene y noto que roza suavemente la marca en forma de media luna de mi cuello. Me giro y... está petrificado con una expresión inescrutable en el rostro. ¿Qué le ocurre?

—Alec, ¿te encuentras mal? —Me acerco a él preocupada, es como si estuviera en estado de shock. Me escruta en silencio.

—Eh, sí... no —titubea y se marcha hacia el bar que está situado al otro lado de la piscina —. ¿Quieres beber algo? —pregunta mientras se sirve una copa y se la bebe de un trago.

—¿De verdad estás bien? —insisto mirando fijamente su rostro, y descubro en él una expresión de dolor de auténtica amargura. Sé que algo le ocurre pero este hombre es tan hermético que no soltará prenda.

—Por supuesto, preciosa — me estrecha entre sus brazos con tanta fuerza que casi me hace daño. Acto seguido me separa de él, toma mi mano, la besa y me acerca a la mesa—. Espero que te guste —señala una tarta de chocolate en forma de sol cubierta con láminas de oro—. Te dije que te traería a buscarlo, ¿no? Ya que me es imposible bajarte el auténtico, tendrás que conformarte con este.

Corta una porción de tarta, coge un pequeño trocito con los dedos y lo lleva a mi boca.

—Hummm... —ronroneo chupándole los dedos, saboreándolo—. ¡Es mi chocolate favorito! —grito eufórica ante la sorpresa—. ¿Cómo lo sabías?

—Golosa según para qué y dulce según para quién —intenta imitar mi voz con una pícaro sonrisa y repite las palabras que yo le dije la primera vez que nos vimos—. Lo descubrí el mismo día que te vi.

—Entonces no me dejas otra alternativa —le advierto y le acerco un trocito a su boca—. Tendré que empezar a descubrirlo, señor Seytton. —Alec clava sus ojos en los míos y comienza a chuparme los dedos, el calor de su boca me envuelve por completo, contengo el aliento, está provocándome, excitándome y siento cómo el deseo se apodera de mí.

La sed me despierta en mitad de la noche, miro a mi lado y Alec no está. Me levanto y veo el despliegue de ropa por toda la habitación, fui el postre del señor Seytton hasta que caí agotada y me sumergí en un profundo sueño. ¿Dónde estará? Lo pienso mientras voy a la cocina a beber algo. No le veo por ningún lado, abro la nevera y cojo una botella de agua de la exclusiva y carísima marca Bling. Qué diablos tendrá para ser tan cara, bueno, si tenemos en cuenta el diseño, es impresionante, pero al fin y al cabo es agua ¿no? Estos ricos que caprichosos son. Me dirijo hacia el otro lado del ático y al pasar justo delante de su despacho oigo música y me acerco un poco más, es una canción preciosa.

Abro lentamente la puerta intentando no hacer ruido, todo está oscuro a excepción de la tenue luz de la lámpara de mesa. Alec está reclinado en el sillón, tiene los ojos cerrados y un cigarrillo en los dedos.

Parece aislado en sus propios pensamientos. Me quedo apoyada en la puerta, fascinada por la melodía y la letra de la canción. Estoy embelesada contemplándolo y aprecio en su precioso rostro una expresión de tristeza y dolor. Es curioso, porque es lo mismo que me transmite a mí esta canción. Me invade el impulso de abrazarlo y reconfortarlo, sin embargo me reprimo; ¿significará algo para él esta canción? ¿Alguna mujer? Ese pensamiento provoca que el corazón se me encoja. Acaba la canción pero vuelve a sonar de nuevo. No se ha percatado de que estoy aquí, así que sin hacer ruido me giro hacia la puerta para marcharme.

—Chloe —su voz me detiene sobresaltada, ¡sabía que estaba aquí!—. No he oído que llamas —por el modo en que lo dice sabe perfectamente que no lo he hecho—. No vuelvas a hacerlo —me reprende fríamente.

Me estoy sintiendo fatal, tiene todo el derecho del mundo a estar enfadado, no debería haber entrado.

—Lo siento, yo... No.

—¿Te ha gustado? —me interrumpe.

—Sí, es muy bonita —digo con un hilo de voz.

—Se llama "When a woman loves", de R. Kelly —dice mientras camina hacia mí con una expresión inescrutable en el rostro—. ¿Te provoca algún sentimiento esta canción?

—Tristeza —contesto con un nudo en la garganta, y sin poder evitarlo unas lágrimas escapan de mis ojos. No sé si me siento así por cómo ha reaccionado ante mi intrusión o por la canción en sí.

—¡Oh, no! No llores por favor, discúlpame, he sido demasiado brusco contigo. —Coge mi cara entre sus manos y veo en sus ojos una mirada de arrepentimiento, como si no soportara ver mis lágrimas, a las que roza con sus labios, secándolas y besándome con ternura. Me abraza

apoyando su cabeza sobre la mía.

—¿Por qué tristeza? —musita en mi cabello.

—Porque es como si ya no tuvieras a tu lado a alguien a quien amas mucho.

—Baila conmigo —susurra y me aprieta aún más contra su cuerpo, como si no quisiera soltarme nunca. Yo me pierdo entre sus brazos sintiendo que es el único lugar donde quiero estar.

Capítulo 10

DESPIERTO igual que me quedé dormida, acurrucada junto a Alec con una pierna sobre la suya, el brazo alrededor de su cintura y la cabeza apoyada sobre su pecho. Escucho los latidos de su corazón; podría pasar así horas y horas, me siento increíblemente bien. La sesión de sexo de anoche después de mi intrusión en su despacho nos dejó exhaustos.

He comenzado a tener una sensación extraña, Alec me recuerda a una de las personas más importantes y que más he querido en mi vida. Me muevo despacio, no quiero despertarlo y sin embargo no puedo evitar acariciarlo. Lo hago lentamente para recrearme en su magnífico y escultural cuerpo.

De pronto me siento abrumada por los sentimientos que están naciendo en mí, es demasiado rápido pero no puedo evitarlo, supe en el mismo instante en que lo vi que era alguien especial. Todo en él me excita: su voz profunda y cálida, ese fuego en sus ojos cuando me mira, sus besos tan apasionados y salvajes y la forma tan intensa y arrolladora de darme placer. Hasta ese carácter suyo tan raro y tan voluble, que pasa de ser puro fuego a convertirse en un bloque de hielo en milésimas de segundo; y sin olvidar esa enorme habilidad que tiene, yo más bien diría ingenio, para que sepas de él sólo lo que quiera contarte. Así que, mi querido señor Seytton, poco a poco iré descubriéndote.

—Preciosa, por lo que veo te encanta despertar una de las partes más impresionantes de mi incomparable cuerpo —murmura sin abrir los ojos y una sonrisita perversa asoma a sus labios.

—Insolente —le suelto aguantando la risa, lo cierto es que su petulancia me hace mucha gracia — ¿te refieres a esto? —agarro su miembro descaradamente y lo acaricio.

He llegado a un punto con él que de mí ya ha desaparecido cualquier rastro de vergüenza. Lo tiene duro y caliente, ¡vaya con el despertar masculino! Hace un intento por incorporarse pero me tumbo encima de él y no le deajo.

—Pues ahora tu preciado tesoro va a ser mío. —Me deslizo lentamente por su cuerpo depositando pequeños besos a mi paso. Coloco los labios alrededor de su glande y lamo las gotas de su propia excitación.

—¡Oh sí, chúpamela! —susurra mientras me enreda los dedos en el pelo. Le paso lentamente la lengua por toda su longitud, la suavidad de su piel y el olor tan increíblemente atrayente me hacen gemir. La introduzco hasta el fondo, la siento en mi garganta cada vez más grande y más dura, le aprieto la base con los labios y asciendo succionándolo con fuerza. Noto cómo su cuerpo se estremece, oigo sus vibrantes gemidos y mi excitación aumenta. Eso me vuelve más codiciosa.

Muevo la cabeza arriba y abajo dándole placer y lo masturbo con una mano a la vez que chupo y acaricio la punta con la lengua. Él impulsa las caderas restregándose dentro de mi boca y un bramido gutural sale de su garganta.

—¡Dios, qué boca tienes! Qué bien lo haces, me estas volviendo loco —murmura con los dientes apretados.

Paso mi lengua por sus testículos mientras lo masturbo cada vez con más intensidad. Mordisqueo suavemente el glande y suelta un gruñido al tiempo que impone un ritmo implacable, le miro y me fascina cómo está gozando. Sus gemidos son cada vez más intensos.

—Oh... nena... voy a correrme en tu boca —me dice jadeando.

Me agarra la cabeza con fuerza y yo prosigo cada vez más rápido y profundamente. Un largo rugido sacude su pecho, siento cómo un chorro de semen impacta contra el fondo de mi garganta y lo trago sin vacilar, sintiendo cómo su sexo sigue vibrando dentro de mi boca. Es la primera vez en mi vida que me lo trago, nunca había llegado hasta el final y con él no me ha importado en absoluto, de hecho quería hacerlo.

Me incorporo y lo miro: tiene los ojos cerrados, la respiración entrecortada y una sonrisa de satisfacción en su bello rostro. Una sensación de triunfo me invade, yo soy la que le ha hecho gozar de esta forma y me encanta. Me tumbo a su lado y se gira colocándose encima de mí.

—Mi bella hechicera, eres increíble —me besa la punta de la nariz—. Eres perfecta para mí —besa suavemente mis labios.

Su ternura y sus palabras me cautivan. Este hombre ha poseído mi cuerpo y hará lo mismo con mi corazón. De pronto su móvil comienza a sonar, pero él sigue como si no lo oyera. Su boca acaricia la mía colmándola de suaves besos que empiezan en mis labios y siguen por mi cuello hasta mi oreja, me remuevo entre risas pues su incipiente barba me hace cosquillas. Me fascina que no quiera romper este mágico momento.

—Eres condenadamente sexy y me pones muy, muy caliente —sus palabras son un afrodisíaco para mí.

Comienza a rozar mi sexo con su miembro, que comienza a ponerse duro de nuevo y preparado para la acción.

—¡Joder! No me sacio de ti —gruñe—. Te deseo otra vez —dice contra mi cuello mordiéndolo con rudeza, suelto un grito y noto su risa. Por lo que veo le encanta hacerlo.

Reprimo las ganas de decirle que yo me siento igual, que le deseo como nunca en mi vida he deseado a nadie, que él es especial para mí y que lo sentí en el mismo instante en que nuestras miradas se cruzaron. Sin embargo eso desvelaría que ha despertado sentimientos en mí y me da miedo que él no sienta lo mismo. Toma mi boca desesperado y me fundo en la intensidad de ese beso. Separa más mis piernas con las suyas sin dejar de besarme y acaricia con la mano mi sexo, que está húmedo y caliente. Suelta un gruñido de placer y se hunde en mi interior con un ritmo deliciosamente lento, noto cada centímetro endurecido de su miembro que me invade, cierro los ojos y arqueo mis caderas para unirme a él. Gimiendo se retira suavemente y vuelve a entrar muy despacio, embelesándome con cada movimiento de sus caderas. Coge mis manos entrelazando sus dedos con los míos y colocándolos encima de mi cabeza.

—¡Joder, que bueno! —suelto entre gemidos, y le rodeo la cintura con mis piernas para hacer más profunda la penetración.

—Eso es nena, disfrútalo —dice con la voz ronca y embistiéndome con fiereza. De pronto se

detiene y sale de mi interior—. Date la vuelta y ponte de rodillas —me ordena.

—¿Cómo? —le miro sorprendida, él no espera a que obedezca y me gira tumbándome boca abajo.

—Así es nena, ahora ponte a cuatro patas —susurra en mi oído y hago lo que me pide.

Jamás lo he hecho de esta forma y me muero por probarlo. Ahora me doy cuenta de lo deprimente que era mi vida sexual.

—Eres una auténtica preciosidad —abre un poco más mis piernas y me acaricia el sexo hundiendo dos dedos y provocándome de nuevo una sensación increíble. Soy plenamente consciente de la visión que le estoy ofreciendo. Con la otra mano acaricia mis nalgas y roza la entrada de mi trasero con el pulgar. En ese momento me muevo inquieta.

—No... ¿Qué haces? —En un acto impulsivo llevo mi mano hacia atrás intentando apartar la suya de mi culo.

—Tranquila nena —dice suavemente volviendo a poner mi mano donde estaba—. No lo has hecho nunca por aquí, ¿verdad? —niego con la cabeza—. Te prometo que te gustará —asegura volviendo a rozarlo y presionando un poco. Contengo la respiración, me aturde todo lo que este hombre pueda hacer conmigo pero a la vez lo deseo todo de él—. Relájate cielo, no va a ser ahora. —Me muerde una nalga y saca los dedos, suelto un grito, ¡qué manía con los mordiscos! Coge mis brazos y los flexiona para que apoye los codos; la postura me deja completamente expuesta a él. Noto cómo entra muy despacio hasta el fondo y se detiene, retrocede y vuelve a penetrarme con una suave cadencia acompañada de sus expertos movimientos de caderas, yo empujo hacia atrás para que aumente el ritmo y recibo un azote en el culo.

—¡Eh, eso ha picado! —lo riño entre risas.

—Pues estate quieta o te picara más —me advierte aguantando la risa, y vuelve a darme otro—. Me encanta follarte nena, y ver cómo entra mi polla en tu cuerpo.

Sus palabras aún me encienden más de lo que ya estoy, así que vuelvo a moverme ansiosa, es una deliciosa tortura pero necesito más.

—¡Oh, Dios! Alec, fóllame más fuerte —le pido irritada.

—¿Así? —me embiste con dureza—. ¿Quieres follar duro? Contesta —me exige.

—¡Sí, joder! —grito.

¡Dios mío! ¿Le acabo de pedir que me folle duro?

—¡Oh, nena! No sabes lo feliz que me haces.

Sus embestidas son intensas, duras, está follando de una manera salvaje. Gimo enloquecida, esto es demasiado, este hombre me está volviendo loca de placer. ¡Dios, no quiero que acabe! Aprieto fuertemente las sábanas entre mis puños para aguantar sus acometidas. Un fuego implacable se extiende por todo mi ser y me transporta directamente al séptimo cielo, lugar al que sólo él ha conseguido llevarme.

—Chloe, córrete conmigo —dice casi sin aliento llevando su mano a mi clítoris y comenzando a acariciarlo. Mi cuerpo le obedece de inmediato y alcanzamos juntos un orgasmo impresionante. Nos derrumbamos en la cama agotados, con la respiración entrecortada, su cuerpo tiembla contra el mío y siento los frenéticos latidos de su corazón. Alec se apoya en sus brazos para liberarme un poco de su peso. Noto su cálido aliento y cómo sus labios buscan mi cuello, un cosquilleo de satisfacción me recorre todo el cuerpo. ¡Guau! Chloe, ya sabes lo que es follar duro. Me digo mentalmente.

—Otro polvo alucinante, nena —afirma con dulzura dándome un beso en la mejilla. Se incorpora y sale de mi cuerpo.

En ese instante su móvil vuelve a sonar. ¡Joder con el dichoso teléfono! Alec se levanta para atender la llamada y se marcha al cuarto de baño, me apetecería mucho ducharme con él, nunca me he duchado con nadie. Cierro los ojos y viene a mi mente aquel maldito lugar, cuanto odiaba y temía ese momento, el agua helada cayendo por mi pequeño cuerpo, el dolor que sentía era como si lo atravesaran mil cuchillas y... ahí estaba él, ¡mi dragón! Siempre esperaba junto a la puerta para abrazarme y darme calor con su cuerpecito y consolar mi llanto. Nunca supe su verdadero nombre, sólo la historia que él me contó de por qué se llamaba Dragón, como tampoco olvidaré la promesa que me hizo y nunca cumplió. Suspiro con nostalgia él era mi todo, esas eran las palabras que yo siempre le decía. Abro los ojos, yo también necesito ir al baño, así que me levanto, cojo mi ropa interior y me dirijo a otro. Por supuesto destierro enseguida la idea de ducharme con Alec debido a todo aquello, el agua me gusta demasiado caliente y puedo acabar achicharrándolo; esto último me hace reír.

Salgo de la ducha y me voy hacia la habitación para vestirme. Me pongo unos vaqueros y una camiseta blanca ajustada con un dibujo de globos de colores brillantes y que se anuda al cuello. ¿Cómo se me ocurrió traerme esta camiseta? Me lo pregunto mirándome al espejo, dos de los globos quedan justo encima de mis tetas, lo que hace que el dichoso globo se vea más grande. Me la regaló Hermes, que la compró en Italia, y ahora compruebo el sentido de la dichosa camiseta, ya le diré algo cuando lo pille. Me decido por las bailarinas, mis pies aún se resienten de la caminata de ayer.

Salgo a buscar a Alec y me lo encuentro en la cocina sentado en la isla, tomando un zumo de pomelo y mirando algo en su móvil. Me quedo embobada contemplándolo, tan sólo lleva unos vaqueros y está descalzo, aún tiene el pelo mojado y algunas gotas resbalan hacia sus hombros y me siento tentada de lamerlas. ¡Quieta Chloe! Me digo. ¿Cómo puedo estar tan salida? No he parado de follar con él y... ¿aún estoy así? Pues sí, me contesto, este hombre es capaz de excitarte sin tener que ponerte una mano encima. Pese a su aspecto tan relajado y desenfadado rezuma poder por cada poro de su piel, vuelvo a fijarme en su tatuaje y estoy completamente convencida de que lo he visto en algún sitio pero... ¿dónde? Sé que en algún momento lo recordaré. Me acerco y lo abrazo por detrás dándole besitos por la mejilla, se gira y me sienta sobre la encimera de la isla y se coloca entre mis piernas, cojo su cara entre mis manos y acaricio con los pulgares su barba incipiente. Es el hombre más guapo y sexy del planeta aunque no pienso decírselo ya que tiene su ego del tamaño de una nación. Alec cierra los ojos, suelta un suspiro de satisfacción y me besa en los labios con ternura.

—¡Joder! Me encantan esos globos —exclama con una enorme sonrisa sin dejar de mirarme las tetas y comienza a frotar su cara por ellas provocándome cosquillas, no puedo parar de reír.

¡Oh, Dios mío! Acabaré enamorándome de este hombre.

—A desayunar, abre la boca —ordena metiéndome un trozo de tortita, cierro los ojos con deleite y me relamo los labios, sin embargo ese sabor... abro los ojos de repente— ¿Aráندانos?

—Correcto señorita, y por la expresión que has puesto sé que te encantan. —Me observa mientras me aparta un mechón de la cara, ¿por qué esa manía de saber si me gusta o no?

—No están mal —respondo con indiferencia, no pienso contarle el motivo por el cual algo que era tan delicioso para mí me trae recuerdos tan amargos, por eso dejé de comerlos.

—¿Qué significa tu tatuaje? —pregunto para cambiar de tema.

—Un dragón —contesta encogiéndose de hombros, y me mete un trozo de fruta en la boca. Enseguida capto el mensaje, lo que intenta es no contestarme a lo que pregunto pero no pienso darme por vencida.

—Tonto, eso ya lo sé —hago una pausa masticando deprisa y vuelvo a la carga—, pero... ¿por qué un dragón? ¿Significa algo para ti?

Me mira receloso y sospecho que no va a hablar de ello.

—Preciosa, hay un coche esperándote que te llevará al aeropuerto, yo llegaré enseguida, tengo que arreglar un asunto aquí antes de irme. —Me guiña un ojo y apoya un dedo en mis labios para silenciarme intuyendo que voy a soltar algo. ¿Por qué nunca me contesta cuando le pregunto? Y... ¿qué asunto tiene entre manos?

Sigue dándome de comer y a cada trozo de comida que pone en mi boca me da un besito, creo que lo hace para tener mi boca ocupada y que no vuelva a preguntar nada. Su actitud tan extraña sólo acrecienta más mi curiosidad. Recojo todas mis cosas mientras Alec termina de vestirse. Se ha puesto una camiseta blanca con cuello en forma de pico ajustada a su perfecto torso, le queda de infarto. Me acompaña hasta el vehículo que me llevará al aeropuerto, de pronto me estrecha contra su pecho. Con un suave gruñido aprieta su provocativa boca contra la mía y me besa con fuerza. Se aparta y abre la puerta de atrás del coche para que entre. Tiene la misma expresión que tenía ayer cuando se marchó a saber dónde. Me dedica una dulce sonrisa y se marcha. Me quedo mirando cómo se aleja y una sensación muy extraña se apodera de mí. ¿Se está despidiendo?

Pasamos por delante del edificio y me quedo petrificada al ver que Alec se acerca a una rubia espectacular y ella se tira a sus brazos. De repente siento que la sangre se me congela en las venas. ¿Era ése el asunto? Seguro que ella fue también el motivo de que se marchara ayer, por eso no me dijo dónde tenía que ir... No iba a ser tan idiota de decirme que se largaba con otra. Aby me lo advirtió y no le hice caso... ¿Cómo puedo ser tan estúpida? Duele como si me hubieran pegado un puñetazo... Así es el dolor que él me está provocando ahora mismo. Las lágrimas se acumulan en mis ojos amenazando por salir pero lucho por controlarlas.

Llego al avión y la azafata me recibe con su fantástica sonrisa. Me acompaña hasta mi asiento y me informa que despegamos de inmediato.

—Espere... el señor Seytton aún no está a bordo —exclamo un poco alarmada por tanta celeridad.

—Lo sabemos, señorita Breyll, él no va a viajar con nosotros —responde con su perenne sonrisa.

—¡¿Qué?! —suelto despavorida sin dar crédito a lo que estoy oyendo.

—El señor Seytton ha dado indicaciones para que regresemos sólo con usted —me explica percatándose de mi contrariedad.

¡Será cabrón! Lo sabía, esto era una despedida, por eso lo noté tan raro, ni tan siquiera se ha molestado en venir de vuelta conmigo y aquí estoy, sola y jodida y esto me pasa por idiota. ¿Cómo he podido ilusionarme en tan poco tiempo? Esto sólo me pasa por tonta y por pensar que yo sería diferente, alguien especial como él lo es para mí, y lo único que soy es otra más en su lista de conquistas. Si ya me sentía terriblemente jodida ahora lo acaba de rematar. Tengo un nudo enorme en la garganta. Me siento tan mal que ya no puedo evitar que las lágrimas inunden mis ojos y resbalen como una cascada por mis mejillas. A mi mente vienen los momentos que hemos

compartido, lo dulce, atento e inclusive protector que ha sido conmigo, y se me revuelven las tripas al pensar que eso mismo se lo hará a todas. En mi cabeza retumban las palabras de Aby como un mantra. La azafata ha estado en todo momento pendiente de mí y dedicándome miradas de consuelo, ya que los sollozos han sido mis compañeros de viaje.

Capítulo 11

EL trayecto se me ha hecho eterno, mi cabeza no ha parado ni un miserable minuto de dar vueltas a todo. Me despido de la tripulación y bajo deprisa del avión. Hay un fastuoso coche y junto a él un hombre negro que por cierto, es enorme y va perfectamente vestido, me ve y viene hacia mí. Hace bastante viento y se le abre la chaqueta, me fijo en el arma que lleva enfundada en un costado. Me quedo paralizada y siento que un escalofrío recorre mi cuerpo de pies a cabeza.

—Señorita Breyll, trabajo para el señor Seytton y me ha pedido que la lleve a casa —me informa.

¡Joder! Qué susto me he llevado, es uno de sus guardaespaldas, suelto un suspiro de alivio. Vaya, el capullo se siente culpable y quiere dejarme en casa.

—No hace falta, simplemente indíqueme cómo se sale de aquí y tomaré un taxi —pido amablemente. Lo único que deseo con todas mis fuerzas es llegar a casa y olvidarme de todo.

—Permítame señorita, el coche está a su disposición, no necesita...

—He dicho que no hace falta —lo interrumpo bruscamente—, dígame a su jefe que no necesito nada de él —protesto, y miro hacia un lado y a otro buscando por dónde puñetas salir de aquí.

—De acuerdo, pero tendrá que subir, está prohibido ir a pie por la pistas —dice, y me abre la puerta—. La llevaré para que tome un taxi como desea, pero iré detrás de usted para asegurarme de que llega bien. —Su voz es firme, sin embargo observo preocupación en sus ojos, me imagino que no quiere que su jefe se disguste así que cambio de opinión y dejo que me lleve a casa, este hombre no tiene la culpa del cabrón de jefe que tiene.

Mi móvil empieza a sonar, lo miro y es Alec. No pienso descolgar, que se vaya a la mierda, lo pongo en modo vibración pero no para, así que opto por apagarlo.

—Señorita, tiene una llamada, el teléfono está a su derecha —me dice de pronto el guardaespaldas.

¡Mierda! Qué hago ahora, el corazón se me acelera, tengo que tranquilizarme, indiferencia Chloe, me digo mentalmente. Así que respiro profundamente y descuelgo.

—Chloe, ¿qué le ocurre a tu teléfono? —me espeta Alec irritado.

¡Cómo puede tener la cara tan dura! Me deja tirada, se larga con otra y... ¿se cabrea por no cogerle el teléfono? Se oyen voces y música de fondo, debe de estar en alguna fiesta. Esto consigue que me enfurezca más de lo que ya estoy.

—Nada, lo he apagado, no quiero que me molesten —suelto a la espera de que capte mi mensaje y reprimo las ganas de gritarle y mandarlo a la mierda—. Por cierto, se oye fatal, debe de

haber muy mala cobertura, así que adiós. —Corto la llamada, la rabia me impide seguir hablando con él.

El chófer, guardaespaldas o lo que demonios sea me deja delante de mi edificio. Me abre la puerta del coche y se dirige al maletero a coger mi bolsa de viaje, extendiendo la mano y le digo que no es necesario que la lleve, sin embargo hace caso omiso a mis palabras y me acompaña hasta el vestíbulo. ¿No piensa marcharse? ¡Joder! Se ha tomado demasiado en serio lo de dejarme en casa. Aprieto el botón del ascensor y me giro hacia él.

—¿Cómo se llama? —le pregunto.

—Carter, señorita... Dawson Carter.

—Mi nombre es Chloe —le extiendo mi mano, vacila unos segundos y la estrecha, por lo que veo no debe de estar acostumbrado a esto—. Muchas gracias por traerme —le digo amablemente y entro en el ascensor, él me entrega el bolso y me dedica una tímida sonrisa.

Llego a casa y me quedo paralizada: hay orquídeas rojas por todo el apartamento pero... ¿cuándo las ha mandado? Encuentro a Aby y Tawny en el salón. Sus caras reflejan la misma expresión de sorpresa que la mía. Dejo caer la bolsa al suelo y me derrumbo en el sillón. Cojo la nota que prende de uno de los ramos y leo: “Eres mi pecado favorito: la lujuria. Alec G. Seytton”.

—¿Y bien? —pregunta Tawny—. Ahora sí me cuadra lo de mandar flores, eso significa que ha tenido un polvo espectacular y si miras todo esto... —señala con los brazos abiertos todas las flores que hay alrededor del apartamento— ¡Joder, Chloe! ¡Tienes que ser una fiera en la cama, cariño! —exclama divertida.

—Queremos saberlo todo, así que desembucha —dispara Aby enseguida—. Este despliegue floral, como si nos hubiese brotado un jardín en medio del salón, debe ser por algo ¿no? O quizás te ha hecho alguna cabronada y también mandan flores por sentirse culpables —apostilla, y se acerca a mi lado sentándose en el brazo del sillón.

—Bien, antes de que sigáis con vuestras suposiciones, soltéis alguna lindeza de las vuestras y me digáis ¡ya te lo advertimos! Os diré que esto ha sido una experiencia, lo he pasado muy bien, he tenido el mejor sexo de toda mi vida pero... se acabó.

—Lo sabía. ¿Qué te dije? —gruñe Aby poniéndose en pie.

—Me ha mandado de vuelta sola en su impresionante avión mientras él se ha quedado con una espectacular rubia en Miami. —Respiro hondo para intentar no derrumbarme delante de ellas y comienzo a relatarles todo lo que ha sucedido—. Aunque tengo que reconocer que ha sido una historia breve pero intensa, muy intensa —concluyo encogiéndome de hombros, intentando disimular para que no adviertan como me siento en realidad.

Tengo dos pares de ojos clavados en mí y dos expresiones diferentes: Aby está de malhumor, su ceño fruncido la delata, y Tawny tiene esa sonrisita socarrona en los labios.

—¿Y bien? Ahora ya podéis soltarme todo lo que queráis —resoplo resignada.

—Te lo advertí —suelta Aby viniendo hacia mí—. Te dije que tú —me apunta con el dedo índice dándome un toquecito en la frente— no sirves para tener una aventura de sexo, ahora estas hecha polvo, ¿me equivoco? —farfulla entre dientes alguna palabrota que no consigo oír—. Por supuesto que lo estás —prosigue respondiendo por mí—. Y no te atrevas a decirme lo contrario, te conozco Chloe, sé perfectamente cómo eres, tu pones el corazón en todo lo que haces y...

—Ya basta Aby —la interrumpo—. No estoy enamorada de él, lo único que me ha jodido y bastante es lo que os he dicho, que después de un fin de semana increíble me abandona en un

puñetero avión para largarse con otra.

—A ver, Chloe —comienza Tawny—, sabías perfectamente lo que todo esto significaba y si no recuerdo mal, decías que no te colgarías de él, que querías saber lo que es tener sólo sexo con un hombre —me mira con ternura—. A pesar de todo lo que esta loca te soltó de él —señala a Aby— lo has hecho, ahora tienes que asumir las consecuencias. Ha sido una experiencia, hasta que no lo vivimos no lo sabemos y es lo que tú has hecho. Así que ahora a pasar página, quédate con lo bueno y lo malo que se lo lleve el diablo. —Me abraza y enseguida Aby se une a este emotivo momento. Las lágrimas que hasta ahora he conseguido retener se desbordan por mis mejillas. Aby me coge la cara entre sus manos.

—Cariño, ¡esa rata! —hace una mueca graciosa para hacerme reír—, no se merece ni una lágrima más ¿de acuerdo? Y ahora dejemos ya el tema Seytton, ese tío ya es historia. Necesito que os preparéis para la noticia que os tengo que soltar. Es una ¡bomba!

El interfono nos interrumpe y me levanto a ver quién es. Un mensajero. Me entrega un oso de peluche enorme con un montón de globos de colores y una nota que pone: “Me recuerdan a ti y siento mucho no haber podido acompañarte de vuelta. Alec G. Seytton”. El corazón me da un vuelco, no entiendo nada, no sé qué pensar ni a qué viene todo esto.

—¿Otro regalito? —farfulla Aby mientras me acerco a mostrarles la nota.

—Ahora sí que no entiendo nada —comenta Tawny—. Se supone, según tú, que esto era una despedida ¿no? Pues qué quieres que te diga, yo no lo veo así y que conste que no quiero alimentar ningún tipo de ilusión sobre él, sin embargo esto me descoloca, se está molestando demasiado en disculparse.

—Será que en el fondo es un caballero —respondo con ironía acariciando el enorme oso que, por cierto, es una preciosidad.

—De brillante armadura —apostilla Aby.

—Bueno, lo que tengo claro es que no pienso volver a verlo más, se disculpa por no acompañarme pero no olvido lo de la rubia, no quiero este tipo de relación si es que puede llamarse así. ¿Con cuántas tendría que compartirlo? ¿Qué lugar tendría en el ranking? O... mejor, ¿qué día de la semana? ¿Miércoles? No, mejor ¿lunes? Así empezáramos bien la semana —intento bromear.

—Sólo viste que la estaba saludando —afirma Tawny.

—¿Saludando? O... retozando, eso no lo sabemos —suelta Aby con desdén.

—¡Joder, Abigail! ¿Qué esperabais? A un tío como este se le tienen que tirar las tías encima como locas. Guapísimo, inmensamente rico y por lo que nos ha contado Chloe, una bestia en la cama, aparte de encantador y detallista. Lo único que pienso es que un hombre que pase de ti no se molesta en mandar regalitos ni disculparse —grita Tawny furiosa.

—¡Eh, chicas! Tranquilas, no empecemos una discusión por él —intento calmar los ánimos ya que veo que se están calentando por minutos.

—Deja de comportarte como una niña y sé una adulta —me inquiere Tawny—. No le has dejado que se explique, sólo te has guiado por tus propias conjeturas. Con tu actitud estás haciendo demasiado evidente tu debilidad por él. Llámalo, agrádecele el gesto y después, si quieres, mándalo a la mierda. Debe de estar acostumbrado a que las tías se queden colgadas de él y que demuestres que contigo ha sido diferente será un buen golpe a su ego. ¡Machácale el ego, cariño!

—¡Así se habla, mi trocito de chocolate, bien dicho! —aprueba Aby aplaudiendo.

—¿Mi debilidad? —repito incrédula.

Las dos me miran pasmadas y ponen los ojos en blanco.

—¡Perdón, querida! ¿Tu debilidad? No —niega Tawny con la cabeza aguantando la risa—, ¡Jesús! Cómo he podido decir eso —dice con sorna en un falso arrepentimiento—. Tú eres la típica chica que se larga con un tipo que acaba de conocer a otro puñetero estado y sólo es para pegarte otro revolcón, ¿no? No nos engañas Chloe, por algún motivo este tío es diferente para ti.

Las palabras de Tawny me han hecho reaccionar. El que lo haya visto saludando a esa chica igual no significa nada. No entiendo por qué siento algo especial por él en tan poco tiempo, todo ha sido demasiado rápido. Es una extraña sensación, como si algo que no consigo explicarme me arrastrara hacia él. Tengo la cabeza hecha un lío.

Cojo el móvil y marco su número.

—Hola, ¿quién llama? —responde una voz de mujer. Me quedo atónita y de pronto miro el número por si me he equivocado pero no, es su teléfono, ahora mismo me acabo de arrepentir de haber llamado.

—Quería hablar con Alec —consigo decir.

—No se puede poner, está en la ducha —hace una pausa—. Un momento, ya sale —suelta una risita que no me gusta nada—. ¿Quién eres? —pregunta y me dan ganas de arrancarle la lengua.

—Hola —responde Alec con esa voz tan sensual que hace que me derrita. Me quedo bloqueada, no sé qué decirle, está con otra y yo aquí como una estúpida llamándole para agradecerle sus dichosos regalitos—. ¿Chloe? —Debe de haber visto mi número reflejado. Me siento furiosa conmigo misma, ¿cómo puedo ser tan gilipollas?

—Sí —carraspeo—, no quiero importunarte así que seré breve, gracias por las flores y el oso, no tenías que haberte molestado.

—¿Te han gustado? Disculpa un segundo —oigo la voz de esa mujer a través de la línea y me pego aún más el teléfono a la oreja para conseguir entender algo, escucho cómo le dice que ha sido un placer y después un silencio, ¿la estará besando? Sólo de pensarlo se me revuelven las entrañas—. Chloe, ya he acabado aquí así que pasaré después a recogerte y nos vamos a cenar.

¿Será cabrón! ¿Qué es lo que ha acabado? ¿De follar con esa tía?

—No —contesto casi en un grito—. He quedado, tengo un compromiso para esta noche —miento como una bellaca.

—¿Con quién? —pregunta áspero.

No doy crédito a lo que oigo, ¿cómo se atreve a preguntarlo? Me dan ganas de soltarle que a él qué cojones le importa pero me muerdo la lengua, tengo que demostrarle indiferencia, me repito mentalmente, y respiro hondo.

—Alec, no quiero robarte más tiempo, sólo te llamaba para agradecer tu gesto, ¡huy! Qué mal se oye, debe de ser otra vez la cobertura —le digo entrecortadamente para dar más veracidad a mis palabras. Mi impulso es colgarle, sin embargo eso le demostraría cómo me siento—. Que tengas un feliz viaje de vuelta. —Y termino la llamada. ¿Seré falsa? Por nada del mundo le deseo un feliz viaje, ojalá coma algo que le siente fatal y tenga tantos apretones que no pueda salir del baño en todo el trayecto.

Aby y Tawny me miran estupefactas.

—Soy patética ¿verdad? —les digo tirándome en el sofá—. Estaba con una mujer y tiene la

poca vergüenza de querer quedar conmigo esta noche, si ya lo tenía claro en lo que se refiere a no querer volver a verlo ahora lo confirmo plenamente. —Me levanto y me marchó hacia la cocina, necesito beber algo para hacer desaparecer el nudo que aún sigue en mi garganta.

—Podríamos ir a bailar salsa esta noche, hace tiempo que no tenemos una noche loca de chicas —propone Tawny zanjando el tema Seytton, y le lanzo una mirada de agradecimiento.

—A mí la única salsa que me gusta es la carbonara —canturrea Aby.

—¡Serás burra! Siempre pensando en comida —la riñe Tawny, y nos echamos a reír mientras nos ponemos a preparar algo para comer. Sé que ellas harán todo lo posible para mantenerme distraída y que deje de pensar en él. Hemos preparado pasta y abierto una botella de vino.

—Bien chicas, ahora que estamos aquí las tres reunidas delante de estos alimentos...

—Corta el rollo Aby, y ve al grano —la interrumpe Tawny—. Suelta ya lo que querías contarnos.

Aby se limpia parsimoniosamente la boca con la servilleta y toma un sorbo de vino. ¡Oh, Dios! Lo está haciendo con toda la intención, nos quiere tener intrigadas.

—Es para hoy, Aby —la insto a que comience a hablar.

—¿Preparadas para lo que vais a oír?

¡Por Dios, qué teatrera es! Tawny y yo asentimos con la cabeza para que prosiga, muchas veces pienso que eligió la carrera equivocada pues tendría un futuro brillante en Hollywood.

—Bien, y no cabe decir que todo lo que oigáis aquí es totalmente confidencial, con lo cual si os vais de la lengua tendré que arrancárosla.

—¡¿Quieres hablar ya de una puta vez?! O seré yo la que te arranque la lengua —la amenaza Tawny.

Suelto una carcajada, lo de estas dos no tiene remedio.

—Es un asunto de Charlotte. Veréis, empezaré por el principio.

—Agradecemos tu consideración —se burla Tawny, y le pego un codazo para que se calle y le deje continuar.

—En la época que vivíamos juntas me contó que cuando su madre era muy joven, diecisiete años para ser exactos, tuvo un bebé. Era una niña y murió a los pocos minutos de nacer.

Tawny y yo nos quedamos con la boca abierta.

—¡Joder! ¿Quién dejó embarazada a Bianca Wellington? —suelta de pronto Tawny.

—No lo sabe, su madre nunca se lo dijo.

—Qué retorcida eres, sólo se te ocurre preguntar quién la dejó embarazada —la reprendo y me mira juntando las manos a modo de disculpa, y por la contestación de mi prima queda claro que ella le hizo la misma pregunta. ¡Son dos cotillas de cuidado!

—¿Preparadas? — Nos mira primero a una y después a la otra y asentimos —porque ahora viene lo más espeluznante. La niña no murió. Todo fue un engaño.

—¡¿Qué?! —gritamos al unísono.

—¿Quién hizo eso? —pregunto horrorizada.

—Su madrastra, ella lo preparó todo —dice con tono despectivo.

—¡Será hija de puta! —escupe Tawny.

—La madre de Bianca murió cuando ella tenía doce años y su padre se volvió a casar —Aby continúa cada vez más furiosa—. Por lo visto lo hizo con el mismísimo Satán en persona. La madrastra tenía otros planes para Bianca, casarla con otra gran fortuna americana pues sólo

ambicionaba el dinero y el poder, y como ese bebé significaría un estorbo lo eliminó de su camino. Charlotte me contó que esa arpía jamás le había hecho ninguna demostración de afecto, que era fría y autoritaria, sólo cambiaba cuando su madre estaba presente o rodeada de otras personas.

—Y durante el embarazo ¿qué ocurrió? —pregunto con un nudo en la garganta, las dos saben perfectamente el motivo por el cual esta situación es tan dolorosa para mí.

—En principio montó en cólera, pero se dio cuenta de que ella se largaría y no estaba dispuesta a permitirlo aunque tendría ventaja porque era menor de edad, pero sería un escándalo así que cambió su estrategia, dejó que el padre del bebé viviera con ellos en casa mostrándole a Bianca que era una persona comprensiva y buena, y de ese modo tendría su confianza para manipularla a su antojo. Esa bruja lo tenía todo bien planeado —tuerce el gesto con rabia.

—¿Qué asco de tía! —Tawny se levanta dando un golpe en la mesa—. Y... ¿cómo lo han sabido?

—Bianca recibió una llamada del hospital general de Boston.

—¿Es el hospital donde trabajan mis padres! —suelto sorprendida.

—Exacto. Pues bien, le comunicaron que tenían un paciente que necesitaba hablar urgentemente con ella de algo muy importante, así que Bianca se desplazó hasta allí. Y ahí llegó su sorpresa: quien quería hablar con ella era el médico que la había asistido en el parto de ese bebé. Y comenzó a relatarle toda la historia de cómo lo contrataron para asistir su parto y... ¿sabéis lo que esa maldita hija de puta le pidió? —Hace un silencio y traga saliva mientras se limpia las lágrimas que aparecen en sus preciosos ojos—. Que en cuanto naciera matara a la criatura. Sin embargo no pudo hacerlo, decía que era un ser despreciable pero no un asesino, que tuvo que aceptar porque no tenía otra salida. Por lo visto tenía deudas de juego, el muy canalla era ludópata y estaba amenazado de muerte.

—¡Dios! No quiero ni imaginar cómo debió de sentirse Bianca oyendo todo esto —apunta Tawny. Yo soy incapaz de soltar palabra, no puedo entender hasta dónde llegan la maldad y la crueldad de esa persona.

—Así que —prosigue—, le dijo a la muy perra que si lo que quería era deshacerse del bebe él se lo llevaría y nadie sabría nada. Él fue quien dio la idea de una falsa defunción, y lo hizo en un intento por salvar la vida de la niña. Una vez que se la llevó dice que buscó a alguien que se la quedara pero para desgracia de ese bebé, nadie lo quería, así que lo metió en una cajita, lo dejó en un callejón y lo abandonó a su suerte.

—¡Hijo de puta! Y... ¿Bianca no le ha arrancado la yugular? ¿Salvarle la vida? El muy hijo de perra, ¡la sentenció a muerte! —gritó con rabia.

—Este hombre está a punto de morir, sufre una grave enfermedad y por lo visto quiere limpiar su conciencia.

—Ahora tiene conciencia ese cabrón mal nacido —dice Tawny con la voz atragantada, sé que se está haciendo la fuerte, yo en cambio no puedo contener mis lagrimas, todo esto me afecta demasiado—. Y... ¿quién le dijo a Bianca que su hija está viva?

Nos interrumpe el timbre de la puerta y las tres nos miramos. ¡Oh, no! Espero que no sea otro regalito de ese capullo, porque si es así ya me encargaré de decirle dónde puede metérselo. Abro y para mi sorpresa no es un mensajero sino Charlotte. Sin poder evitarlo le doy un efusivo abrazo, desde que la conozco siempre he sentido una debilidad especial por ella. Nos vamos hacia la

cocina.

—He traído esto chicas —saca de una bolsa tres botellas de *champagne* Cristal—, imagino que Aby ya os lo ha contado —asentimos con la cabeza—. Así que vamos a brindar, porque pronto conoceré a mi hermana —dice emocionada.

Tawny se encarga de descorchar una de las botellas mientras yo cojo las copas. Charlotte nos contagia su entusiasmo, no para de ir de un lado a otro de la cocina pegando saltitos de alegría.

—Brindo por mi hermana —levanta su copa—, porque ella es nuestro maravilloso milagro y por colmar de tanta felicidad nuestro corazón. Estés donde estés, brindo por ti. Te quiero hermanita.

Finaliza y chocamos nuestras copas con ella. Las lágrimas de rabia y tristeza que hemos derramado antes han dado paso a las de auténtica euforia.

—Charlotte, antes de que llegaras le estaba preguntando a Aby quién le dijo a tu madre que su hija está viva.

—No me lo ha dicho, Tawny, y por la forma de actuar de mi madre pienso que debe de haber algún motivo por el cual no me lo puede decir —hay un punto de decepción en su voz—. Simplemente comentó que se lo dijeron semanas más tarde, tras el encuentro con ese canalla.

—¿Y qué va a hacer respecto a su madrastra? —añade Aby.

—Va a emprender acciones legales contra ella, sus abogados ya están en marcha.

Tawny nos vuelve a llenar las copas y brindamos por tan acertada decisión.

—¿Sabéis con quién cené la semana pasada? —nos informa Charlotte fijando su mirada en mí, y tengo la sensación de que alguien se ha ido de la lengua—. Con Alec Seytton —anuncia y le lanzo una miradita acusatoria a mi querida prima—, es el mejor amigo de Jake.

—¿Tu novio y él son amigos? —pregunta Aby sorprendida.

—Más que eso, para Jake es como un hermano. Me ha hablado mucho de él y tenía muchas ganas de que lo conociera.

Siento una enorme curiosidad por saber qué le habrá contado de Alec, sin embargo reprimo mis ganas de comenzar a hacerle preguntas.

—Aquí todo el mundo lo conoce personalmente menos una servidora. —suelta Aby

—Eso ya lo sabemos, pesada —grita Tawny desde el salón. Ha ido a poner música. La voz del inolvidable Barry White nos envuelve, es uno de sus favoritos.

—Aunque ya se me han quitado las ganas —responde con desdén mientras me mira, sé que lo hace por lo que ha ocurrido conmigo.

—Chloe, es impresionantemente guapo, simpático y con un punto enigmático muy seductor —prosigue Charlotte ajena al comentario y las miraditas que me lanzan Aby y Tawny—. Bueno, qué más puedo decirte a ti, tu ya lo conoces en aspectos que a nosotras nos quedan reservados para la imaginación —arquea sus perfectas cejas de manera sugerente.

Su indirecta me irrita.

—¡Joder Charly! Sí que te ha pegado fuerte, cariño —espeta Aby malhumorada, y yo estoy deseando que se calle y deje de decirme lo maravilloso que es.

—Apareció allí y su presencia desprende poder, tanta seguridad en sí mismo que roza la arrogancia, tiene una mirada impactante y cuando comenzó a hablar y a sonreír, ¡uau! —suelta un suspiro—. ¡Me ha caído genial!

Por favor, por qué no se calla de una vez y... ¿por qué me molesta tanto que hable así de él?

Reconozco que es el efecto que causa este hombre en las mujeres. ¿Le habrá gustado? Ese pensamiento me provoca una dolorosa punzada de celos y me enfurezco conmigo misma por sentirme así.

—¿Te ha caído genial? —repite Tawny con sorna—. A ti lo que se te cayó fueron las bragas, cariño —dice levantando su copa y guiñándole un ojo. Ellas comienzan a partirse de risa y yo en cambio no le veo la puñetera gracia.

Capítulo 12

NO sé a quién se le ha ocurrido la brillante idea de vestirnos todas de rojo, creo que ha debido de ser la euforia de las tres botellas de *champagne* que nos hemos bebido. Así que me he puesto un vestido rojo muy entallado, con un generoso escote delantero y la espalda descubierta. Tawny me ha maquillado centrando toda su creatividad en mis ojos; los ha pintado con sombra de color ocre y dorado y los ha perfilado de negro con *eyeliner*. Lo cierto es que el resultado es impactante. Me he dejado el pelo suelto y le he marcado unas ondas. Me doy un último vistazo delante del espejo y una sonrisita de triunfo aparece en mis labios, me veo bastante sexy. Pienso bailar y beber todo lo que mi cuerpo aguante.

Llegamos a otro de los locales de moda, este ya es el tercero que recorreremos esta noche y está abarrotado. Tawny nos arrastra hasta la cabina del dj. Nos llevamos una agradable sorpresa cuando vemos que quien pincha esta noche es Jean Paul, un buen amigo nuestro, y le damos un enorme abrazo. Un canadiense bastante polifacético, músico, cantante, bailarín y Dj. De pronto comienzan a sonar los primeros acordes de “Papaoutai” de Estromae. Jean nos guiña un ojo y nos lleva con él hacia un escenario situado al lado de la cabina. En mi estado normal me moriría de la vergüenza pero con lo que ya he bebido todo rastro de ella ha desaparecido. La letra de la canción comienza a salir en una pantalla gigante a nuestro lado y Jean comienza a cantar en francés. Debe de haber un gran número de canadienses o franceses porque enseguida muchas voces gritan entusiasmadas la letra de la canción. Empezamos a bailar junto a Jean. No creo que nadie imagine la improvisación del momento, ya que al ir todas vestidas del mismo color parece como si fuéramos realmente su grupo de baile. De repente nos quedamos muertas cuando vemos quién sube al escenario y se une a nosotras: es Will.I.Am, líder del grupo The Black Eyed Peas. La gente grita enardecida. Todo el mundo canta y baila, es un espectáculo impresionante. Acaba la canción y una lluvia de confeti cae sobre nosotras, se oyen gritos y aplausos, ahora sentimos lo que siempre nos dice Tawny: la enorme exaltación que se siente cuando se pisa un escenario.

Nos hacemos unas fotos con Will para inmortalizar este momento, dudo que vayamos a tener otra oportunidad de tener una auténtica estrella tan cerca de nosotras, y nos despedimos de él y de Jean. Nos vamos hacia la barra y me siento en uno de los taburetes altos. El camarero nos pone una ronda de chupitos y nos deja una botella de champán, gentileza de Jean. A este paso sí que voy a coger una buena, mi cuerpo ya lo está notando, pero... ¡a la mierda! Un día es un día, mañana ya me lamentaré. Me lo estoy pasando genial y sin embargo no dejo de pensar en Alec, ¿volverá a llamarme? ¡Oh, Dios! Qué patética soy, cómo puedo estar pensando en eso después de lo que me

ha hecho, no quiero un hombre así, es un mujeriego. Me sobresalta un destello de luz que me saca de mi disputa interna. Es Charlotte haciéndome una fotografía, no ha parado en toda la noche, lo cierto es que su fabuloso iPhone de alta gama hace unas fotos geniales.

Tawny se acerca con dos tipos.

—Chicas, os presento a Steven y Jesse —anuncia con una mirada traviesa mirándolos de reojo con descaro—. Ellas son Chloe, Charlotte y Aby.

Nos quedamos las tres mirando, son muy atractivos. Steven tiene un aspecto simpático, lleva el pelo en una melena lisa a la altura de los hombros que le da un estilo desenfadado, sus enormes ojos son igual de oscuros que su cabello. Es alto, y por lo que se aprecia a través de su ajustada camisa tiene un cuerpo bastante trabajado en el gimnasio. En cambio Jesse tiene un semblante más serio y un estilo más refinado. Luce un traje negro que le queda impecable, su cabello rubio oscuro perfectamente peinado hacia atrás y unos ojos verdes de mirada intensa. Lo cierto es que es un hombre muy guapo.

—Yo te conozco, bueno —rectifica Aby—, sé quién eres. Jesse Nox, el famoso jugador de tenis, ¿no?

—Sí —afirma con una espectacular sonrisa.

¡Esto va a ser divertido! me voy a desternillar de risa cómo se le ocurra preguntar a Aby si es amante de ese deporte, ella no ha visto un partido de tenis en su vida. Me imagino que lo habrá visto en alguna revista de cotilleos, que es una sus lecturas favoritas.

Tawny se ha retirado un poco a charlar con Steven. Aby y Charlotte se van al baño, así que me quedo sola con Jesse, que toma asiento a mi lado.

—Bueno, ya sabes a qué me dedico —dice llevándose su copa a los labios—, y ¿tú?

—Soy traductora.

—Interesante, eres la primera traductora que conozco.

—Y tú el primer jugador de tenis —respondo con una risita tonta, ¡vaya conversación más insípida! Me mira con demasiada atención, percibo un cierto interés en sus ojos y me siento un poco cohibida, reconozco que es guapo pero ni remotamente me atrae como Alec. ¡Maldita sea! Otra vez estoy con lo mismo.

—Eso me da a entender que no te gusta mucho este deporte, ¿no?

—Para ser sincera no lo sé, nunca he visto ningún partido —me excuso.

—Eso lo podemos arreglar, te invitaré al próximo partido que juegue, ¿te parece bien?

—De acuerdo —contesto sin demasiado entusiasmo, no creo que vaya a ir pero no tengo por qué decirlo ahora.

—Tienes un pelo precioso, Chloe —se acerca más a mí y me retira un mechón de la cara. En un acto reflejo me separo bruscamente de su lado—. Siento si te he incomodado pero tenías esto —me muestra un trocito de confeti que aún quedaba en mi pelo a pesar de la sacudida de cabeza que me dio Aby para quitármelos. Le sonrío a modo de disculpa, me siento realmente estúpida por mi comportamiento.

De pronto noto una mano en mi espalda y una voz en mi oído.

—No dejas de sorprenderme —¡Es Alec! Me giro rápidamente. Mi corazón comienza a latir desbocado. Trago saliva. No consigo articular palabra. Está imponente, su aspecto desprende pura sexualidad masculina. Lleva el pantalón y la camisa de color negro. El único toque de color lo dan sus impresionantes ojos azules. ¡Dios, que guapísimo es, deberían clonarlo! Quisiera poder

ocultar todo lo que este hombre me provoca, pero cuando le miro a los ojos se acabó, estoy perdida. Tiene un efecto alucinante sobre mí, anula mi capacidad de pensar con sensatez y vuelvo a caer bajo su hechizo olvidándome por completo de todo lo que me rodea. Me coge por la cintura y me baja del taburete.

Comienza a sonar “Show Me” de Chris Brown y me lleva hasta la pista, me aprieta contra su cuerpo y comienza a moverse de una forma maravillosamente excitante. ¡Oh, Dios! Tengo su boca en mi oído y está cantándome, lo cierto es que tiene una voz bastante bonita, creo que voy a desmayarme.

—Venga nena, canta conmigo —dice separándose un poco de mí con una sonrisa de chico malo y guiñándome un ojo. Yo no puedo dejar de sonreírle, parezco tonta pero no puedo evitarlo, baila divinamente. Así que me pongo a cantar con él moviendo mi cuerpo al ritmo sensual que me incita su forma de mirarme.

Hay un grupo de chicas que se ha puesto a bailar cerca de nosotros, no dejan de mirarlo intentando llamar su atención y evidenciando de forma descarada su interés por él. Vamos, se lo están comiendo con los ojos. No sé si Alec es consciente de ello. Me gira sobre mí misma y se coloca de espaldas a mí cogiendo mis brazos y rodeando su cintura con ellos; yo paseo mis manos por todo su cuerpo, ahora está de cara a esas lagartas que parecen fieras a punto de tirarse sobre su presa, y de nuevo se gira poniéndose frente a mí, ¡será capullo! Me echo a reír. Sí que se ha dado cuenta y lo ha hecho con toda la intención. Les ha puesto los dientes largos a todas. Me coge de las caderas y me besa con fuerza. Me derrito en su boca.

—Eres tan sexy nena, me encanta cómo te mueves, me pones muy... muy caliente —me da la vuelta y se pega a mi espalda, me rodea la cintura con un brazo y entierra la cara en mi cuello dándome mordisquitos, su erección más que evidente roza contra mi cuerpo, mi corazón comienza a vibrar con fuerza y acoplo aún más mi cuerpo al suyo. Siento como mi sangre hierve de deseo. Se acaba la canción y me pone frente a él.

—Coge tus cosas, nos vamos de aquí y, por cierto, no sé qué coño hacías con ese tipo —me dice con cara de pocos amigos mientras me arrastra fuera de la pista. ¡Joder! ¿Qué le ocurre ahora? ¿Dónde está el sexy y encantador Alec de hace un segundo? Acaba de aparecer el demonio. ¿De qué tipo me habla? ¡Oh, Dios mío! La cabeza me está empezando a dar vueltas.

—¿Qué? —me detengo bruscamente—. ¡Atrás Satanás! Criatura del caverno —le digo con la lengua un poco de trapo e intentando no partirme de risa en su cara, otro de los síntomas de lo que he bebido: se me ha ido por completo la vergüenza y no consigo dominar mi lengua—. ¿Qué has hecho con Alec? ¡¿Eh?! ¡Venga, escúpelo! —le empiezo a dar unos golpecitos en el hombro.

Alec levanta sus preciosas cejas y me mira con un destello divertido en los ojos.

—Se dice averno —me rectifica aguantando la risa—. Menuda traductora estás tú hecha —prosigue llevándome hacia la mesa.

—¿Qué estás haciendo? —vuelvo a preguntar.

Se gira hacia mí y ahora ha desaparecido todo rastro de humor de su cara.

—Lo que ves, nos vamos ahora mismo, ¡se acabó la fiesta! —mi cara de desconcierto es única, no me puedo creer que se tome el derecho de mandarme así.

—¿Cómo eres tan dominante? —le acuso irritada—. Estoy con mis amigas y no pienso irme contigo a ningún sitio.

—Escúchame Chloe, estás bebida así que no montes ningún espectáculo, eso ya lo has hecho

antes —dice mirando hacia el escenario. Su voz es fría y cortante, eso significa que me ha visto bailar antes. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?—. Siempre que te veo estás rodeada de tíos. ¿Quién era tu plan de esta noche? ¿Ese capullo? —añade refiriéndose a Jesse.

¿Me acaba de decir lo que acabo de oír? ¡Dios! Qué bofetada le daba ahora mismo. Ahora sí que estoy cabreada.

—Pero ¿quién te crees que eres para hablarme así? —bramo desencajada y lo empujo—. Me dejas tirada en un puñetero avión para quedarte a follar con una tía y te atreves a presentarte aquí y juzgarme.

Tiene su precioso rostro desencajado y me mira con rabia, está muy enfadado, demasiado enfadado diría yo, no entiendo a qué viene todo esto. ¿Por no haber quedado con él? Respira hondo y se pasa las manos por el pelo suspirando agobiado.

—¡No sé de qué demonios me estás hablando! —exclama con la mandíbula tensa y el ceño fruncido.

Veo cómo mi prima y mis amigas observan atentas nuestra pequeña disputa al igual que la gente que nos rodea.

—Quiero hablar contigo —prosigue, y sigue el camino hacia la mesa—. Así que si eres tan amable de acompañarme, te estaría muy agradecido —esto último sigue sonándome a orden aunque parezca que me lo esté pidiendo.

En ese momento se acerca Jesse.

—¿Todo bien Chloe? —pregunta mirando a Alec.

—¡Piérdete! —responde Alec sin levantar la voz pero en un tono gélido y lacónico que no augura nada bueno.

—Por supuesto —intervengo enseguida intentando disolver la situación tan tensa que se está creando.

—Y una cosa más —le advierte a Jesse—. No vuelvas a acercarte a ella. —Y le lanza una mirada que haría temblar a más de uno.

No sé cómo tomarme lo que acaba de decir pero desde luego va a tener que aclararme a qué viene su comportamiento. Él mismo recoge mi bolso sin dejar de soltarme. Aby, Tawny y Charlotte me miran como si me hubiera salido un tercer ojo; sé que han oído la amenaza de Alec. Las tranquilizo con la mirada y me despido de ellas. Soy plenamente consciente de lo que me espera cuando regrese a casa y las tenga que enfrentar pero... ¡qué demonios! Ahora quiero ir con él y a ver qué es lo que quiere realmente hablar conmigo.

Alec me ayuda a subir al coche que está esperando en la misma puerta. La cabeza sigue dándome vueltas y el estómago se me empieza a revolver, creo que lo que he bebido está empezando a pasarme factura. Me quedo en silencio y me acurruco en el asiento, no me apetece comenzar a discutir con él sobre la actitud tan posesiva que ha tenido y es que ahora, en mi estado de embriaguez, no creo que sea el momento ya que mis facultades para pensar son bastante nulas. Le digo que me lleve a casa pero ni se ha molestado en contestar, sigue cabreado. Rezo mentalmente para que mi cuerpo aguante el viajecito de vuelta y no comience a vomitar delante de él como la primera vez.

Abro los ojos y me siento un poco perdida. ¿Dónde estoy? Miro a mi lado y Alec está plácidamente dormido. ¡El muy capullo! Ha hecho lo que le ha dado la gana y me ha traído a su casa. Sólo llevo las braguitas y una camiseta suya. Intento hacer memoria, lo último que recuerdo

es que subí a su coche y... ¡me quedé dormida! Así que él tuvo que subirme en brazos, desnudarme y meterme en la cama. ¡Dios, ni siquiera me desperté! ¿Tan bebida estaba? Intento salir de la cama sin despertarlo, necesito urgentemente ir al baño. Cojo el móvil, lo más seguro es que tenga algún mensaje, dejé a mis amigas un poco preocupadas. Son las seis de la mañana y tengo un dolor de cabeza impresionante. ¿Dónde estará el baño? Miro a mi alrededor y lo veo al fondo de la habitación, la puerta está abierta así que entro y me pego un susto de muerte cuando esta se cierra justo detrás de mí. ¡Vaya, es automática!

Me quedo alucinada mirando el baño. Madre mía ¡qué pasada! Es amplio y elegante, de estilo minimalista, todo en una combinación de grises desde el más claro al más oscuro. Al fondo hay unos ventanales desde el suelo hasta el techo desde los que se aprecian unas vistas impresionantes. Una enorme bañera preside la habitación. En el otro extremo hay una pared revestida en piedra pero mi imperiosa necesidad me devuelve de mi estado ensimismado ante todo lo que tengo delante de mí, no puedo aguantar más, necesito hacer pis. He mirado mis mensajes y es rarísimo, no tengo ninguno. Me miro al fastuoso espejo que ocupa, al igual que el lavabo, todo el largo de la pared y ¡vaya cara que tengo! Parezco un oso panda, se me ha corrido la máscara de pestañas pero claro, no creo que este hombre tenga nada para poder desmaquillarme. Me enjabono las manos y... ¡Dios mío! ¡¿Cómo sale el agua aquí?! Es tan ultramoderno este lavabo que a ver cómo funciona, paso las manos por debajo pero nada, lo toco por todos lados y nada. ¡Joder! Menos mal que no me he enjabonado la cara, suspiro aliviada. Y tampoco creo que le hayan cortado el agua por falta de pago, esto último me hace reír. De acuerdo, desisto, no hay manera, me quito la espuma con una toalla, ya le preguntaré cómo funciona el dichoso grifo.

Me dispongo a salir y... ¡mierda! La puerta no se abre, Comienzo a tocar por todos lados, ¿por qué no tiene una puerta como todo el mundo? Y ahora, ¿qué hago? ¡Joder! Esto no me puede estar pasando, encerrada en un cuarto de baño. Eso sí, de súper lujo y del tamaño de un apartamento. Me río por no echarme a llorar. Cojo el móvil y sin pensarlo llamo a Alec.

—¿Chloe? ¿Dónde estás? —pregunta somnoliento.

—Verás —carraspeo—, no te lo vas a creer pero estoy encerrada en tu cuarto de baño y no puedo salir, bueno mejor dicho, no sé abrir esta dichosa puerta.

En ese instante oigo tanto a través del teléfono y como de la puerta cómo se ríe a carcajadas. Vaya, sí que le hace gracia, enseguida se vuelve a abrir la puerta. Aparece frente a mí riéndose sin parar. Está tremendo, desnudo de cintura para arriba dejando a la vista su espectacular torso. El pantalón de pijama caído en las caderas de esa forma tan sexy, descalzo y con el pelo alborotado. ¡Está para comérselo! Yo, en cambio, mejor no pensar en la pinta que tengo. Me señala con una mirada socarrona un interruptor cuadrado al lado de la puerta y me explica cómo funciona, también le pregunto cómo sale el agua del grifo y sigue desternillándose de risa, simplemente deslizando la parte superior del grifo hacia atrás.

—Si quieres te puedo ofrecer una visita guiada por el cuarto de baño —bromea, y le hago una mueca de burla dándole un ligero empujón para que se aparte de mi camino, me está empezando a poner de los nervios con tanta risita.

Me lavo las manos y la cara e intento quitarme lo mejor que puedo los restos de rímel, busco por el armario y encuentro enjuague bucal, ya que no puedo lavarme los dientes esto es lo mejor que puedo hacer. Tengo la boca tan seca como si hubiese estado masticando tierra y cada vez me

está doliendo más la cabeza, ¡maldita resaca!

—Tómame esto —Alec me da un vaso de zumo y dos pastillas.

—Gracias, pero prefiero agua.

—Ya lo sé, pero es mejor el pomelo, tómatelo ¿o prefieres que te lo de yo? —me dice amenazante.

—¡Dios! Tendrías futuro en el ejército, ¡eres un mandón! —replico con disgusto y me tomo las pastillas con un trago de zumo—. ¡Está muy amargo! —me quejo, y me inclina más el vaso para que me lo termine, ahora mismo lo estrangularía. Se gira y me da un vaso con agua. ¡Será cabrón, la tenía escondida! Agarro el vaso como si fuera agua bendita y le doy dos grandes sorbos para quitarme el mal sabor. ¡Demonio de hombre! Primero me obliga y después me da el premio.

—¿Qué querías hablar conmigo? —pregunto mientras busco mi ropa con la mirada.

—Me gusta cómo te queda mi camiseta —se acerca y me coge por la cintura, yo me revuelvo separándome de él, sé lo que quiere. Pero mi malhumor sigue en aumento.

—Te dije que me llevaras a casa —le increpo.

—No pensaba dejarte en el estado en que estabas y además con un puñado de buitres esperando al acecho. Ya sabes lo que dicen, una mujer bebida es un blanco perfecto —frunce el ceño y cruza sus brazos por delante del pecho. Con su pelo revuelto y esa barba incipiente me tiraría ahora mismo a su cuello. ¡Chloe, por favor! Deja ya de pensar en lo mismo, me reprendo a mí misma.

—En qué estado, ¡por favor! —respondo intentando parecer indignada—. Sólo había bebido un poco, no estaba borracha —en ese momento mi estómago se revuelve demostrándome lo erróneo de mis palabras.

—Si tú lo dices —se encoge de hombros—. Esa es la típica negación —vuelve a la carga dándome un beso en el cuello que me hace estremecer de pies a cabeza.

—No estaba borracha —digo arrastrando las palabras.

—Chole, no me apetece empezar a discutir contigo. —Se retira un poco alzándome la barbilla para que le mire.

—Bien, lo mismo digo. No veo mi ropa, ¿dónde está?

—Se la di a la asistenta, por lo visto estaba manchada, lo poquito que según ti bebiste, no te sentó muy bien.

—Bien, pues ya me dirás cómo me voy a mi casa.

—Ahora vamos a desayunar.

—No tengo hambre.

—Me da igual, vas a comer algo.

—Qué dominante eres —Alec hace una mueca y me sienta en la silla alta de la cocina.

—Mandón, dominante —repite divertido—. Y tú estás muy beligerante esta mañana —asevera.

—Por cierto, ¿qué hacías allí? —pregunto mientras tomo un sorbo del café que me ha puesto delante junto con tostadas, huevos revueltos, salchichas, fruta recién cortada, tortitas con chocolate, tarta de manzana, cereales, y no podían faltar los dichosos arándanos. No pensaré que voy a comerme todo esto ¿no? Tengo el estómago revuelto.

—Ir a buscarte —dice mientras se lleva la tostada a la boca.

—¿Por qué?

—Sabía que te había molestado tener que volver sola. ¡Come! —vuelve a ordenarme.

¿Eso es lo que piensa? Bueno, me molestó que no me acompañara, pero lo que me molestó realmente es que se quedara con otra.

—¿Con quién estabas? —sigo con mi interrogatorio.

—Con mis amigos Jake y Ryan.

—Me refiero en Miami.

—Contigo.

Dejo escapar un suspiro.

—¡Oh, Dios! Eres desesperante. Cuando te llamé una mujer cogió el teléfono.

—Una amiga —dice sin darle ningún tipo de importancia—. Prueba, está riquísimo —me ofrece un trozo de pastel con su cuchara, ya sé lo que intenta, tener mi boca llena para mantenerme calladita.

—¿Qué tipo de amiga?

Se queda en silencio como si reflexionara sobre la pregunta, y por la sonrisa que asoma en sus labios veo que le divierte.

—¿Cuántos tipos hay? —suelta con una falsa ingenuidad, sabe perfectamente a lo que me refiero pero me lo está poniendo difícil. Efectivamente se está divirtiendo.

Por qué no se lo suelto y listo. Sin embargo ¿quiero oír realmente lo que no me gustaría saber? Mejor quedarme en la ignorancia por si no me gusta su respuesta. En realidad no tengo ningún derecho sobre él.

Se acerca, me aprieta contra su pecho y se lanza a mi boca devorándola sin tregua.

—A la ducha, señorita —musita contra mi boca.

—Querías hablar conmigo ¿no? —Intento no caer en sus propósitos pero me temo que tengo todas las de perder. Este hombre posee un místico control sobre mí que no consigo entender.

—Ahora quiero otra cosa —me lanza una mirada lasciva—. Hablaremos después. —Y me coge de la mano.

Mientras subimos vuelvo a fijarme en las espectaculares escaleras, nunca había visto nada igual. Los peldaños están suspendidos en el aire. Su casa es igual de impresionante que él. Llegamos al baño y se deshace de sus pantalones en un nanosegundo quedándose admirablemente desnudo. Se arrodilla delante de mí y comienza a deslizar las bragas por mis piernas, lo hace lentamente a la vez que va besando cada centímetro de mi piel. La rapidez con que se ha librado de sus pantalones es la misma con la que este hombre me excita. Se levanta y me besa en los labios.

—Voy a follarte en la ducha —dice mordiéndome el labio inferior arrastrándolo entre sus dientes.

Hago un intento por quitarme la camiseta pero me coge las manos.

—No te la quites —dice rozándome con su boca un pecho por encima de la camiseta y una intensa presión se concentra entre mis piernas.

Me coge en brazos y me lleva hacia el otro extremo. De una pared revestida de mármol sobresale una plataforma de piedra. Me tumba en ella de espaldas, la superficie es suave y lisa y se calienta automáticamente a mi contacto. Apoya mi cabeza delicadamente en una especie de almohadilla. ¿Me va a dar un masaje? Esa idea me provoca un ligero cosquilleo de satisfacción; me encantan los masajes.

—¿Cómo prefieres la temperatura del agua?

—¡¡Agua?! —repito un poco alarmada y me sonrío divertido, formándose en su preciosa cara esos hoyuelos tan sexis—. Caliente —respondo intrigada.

¡Dios santo! ¿Por dónde sale el agua aquí? Aunque no me extrañaría que saliera de donde menos lo espere después de mi pequeño episodio con los grifos del lavabo.

Alec me guiña un ojo y comienza a caer sobre mí, a través de seis cabezales estratégicamente situados en la otra losa que desciende desde el techo, una fina y deliciosa llovizna que me acaricia el cuerpo. ¡Estoy alucinando! ¡Es una ducha horizontal! El caudal es variable, va desde los hombros a los pies y el centro de mi cuerpo. La sensación es impresionante.

—¿Bien así? —dice pasándome sus labios por el cuello ¡Oh, Dios mío! Gimo totalmente extasiada. ¡Estoy en el paraíso! Ha subido la temperatura, sin embargo a mí me gusta más caliente. Aunque igual para él es demasiado. ¡A la mierda! Voy a aprovechar esta maravilla.

—Más, me gusta muy caliente —ronroneo de puro placer con los ojos cerrados y noto cómo vuelve a subir la temperatura y un adorado vaho aparece. Abro los ojos y me encuentro con los de Alec, que me mira completamente atónito.

—Baja la temperatura, sé que es demasiado caliente — le digo arrepentida por mi egoísmo.

—Te equivocas, es mi temperatura favorita. No dejas de sorprenderme, nena.

¿Sorprenderle? Él no ha dejado de hacerlo desde que le conozco. Y acaba de despertar mi curiosidad: yo sé perfectamente el motivo por el cual me gusta el agua así pero... ¿y a él? Lo recorro con la mirada, es una visión impactante: lo tengo delante de mí con una tremenda erección. La gota de humedad que le moja la punta me indica su grado de excitación. La necesidad de tenerlo dentro de mí esfuma todo mi pudor, flexiono mis piernas y las abro en una erótica invitación.

—Nena, eres la visión más perfecta que he tenido en mi vida. —Sus ojos brillan lujuriosos, sé perfectamente a lo que se refiere, la camiseta blanca está pegada a mi cuerpo como una segunda piel transparentado mis pechos.

Alec se pone sobre mí apoyando su peso sobre los brazos y yo envuelvo su cuerpo con mis piernas, presiona la punta de su miembro contra mi sexo hinchado y dolorosamente excitado, con movimientos tenues que nos provocan a la vez; jadeo sin poder contenerme. ¡Dios mío, cuánto deseo a este hombre! Atrapa mi pezón entre sus dientes a través de la camiseta y gime, de pronto se yergue sobre mí y con una fuerza y una destreza que me dejan pasmada rompe la camiseta por el centro dejándola caer a cada lado de mi cuerpo.

—Ya he visto lo que quería ver. No quiero barreras contigo —dice, y muerde mis labios con ansia.

Me clava su mirada y levanto mis caderas incitándolo. Ahora mismo, mi cabeza y mi cuerpo sólo piensan en la enorme necesidad que tengo de tenerlo dentro de mí. Vuelve a besarme y su lengua explora ferozmente mi boca, bebiéndose mis gemidos Me penetra con delicadeza deleitándose en cada lento movimiento y entrando cada vez un poco más. Hasta que se entierra profundamente y un placer irrefrenable atraviesa instantáneamente mi cuerpo, mi sexo lo acoge con una vehemencia incontrolable.

—¡Esto es jodidamente bueno! —dice con un gruñido desesperado.

La sensación es increíble, nuestros cuerpos fundiéndose apasionadamente debajo de esta tórrida llovizna. Acelera sus movimientos y con cada estocada me acerca más a esa tormenta de

placer que va a estallar dentro de mí.

—¡Oh, Alec! Voy a correrme —grito entre jadeos.

—¡Sí nena, córrete para mí! —masculla con los dientes apretados, y arremete más duramente.

Exploto gritando su nombre y Alec me sigue con un aullido ronco. Su cuerpo tiembla contra el mío y siento su cálida eyaculación colmándome. Hundo su cara en mi cuello con la respiración entrecortada como la mía. Me besa en los labios con dulzura y sale lentamente de mí.

—Ahora vamos a ducharnos de la forma tradicional. —Me coge en brazos, algo que agradezco ya que creo que mis piernas no me aguantarían en este momento, y me lleva hacia el otro extremo del baño. ¿Cuántas duchas tiene este hombre?

Alec me deja en el suelo, coge un mando a distancia y comienza a sonar música. Me mira divertido y me derrito con esa sonrisa tan sexy que me regala. Conozco esa canción, es "Follow my leand" de 50 cent y Robin Thicke. Se pone a cantar y viene hacia mí bailando de esa forma tan sensual. Es la visión más erótica que he tenido en mi vida. Me quedo embelesada mirándolo, sé perfectamente que es un tipo duro pero a la vez tiene ese lado divertido y dulce que me encanta. Tira de mí arrastrándome hacia su cuerpo. Pone sus manos en mi cintura y me estremezco al sentir su erección en mi vientre, ¿a este hombre no se le baja nunca? Le sonrío descaradamente y pongo mis manos en su firme y prieto culo. Nuestros cuerpos se frotan en una dulce insinuación al ritmo de la música y una descarga de pura lujuria vuelve a recorrer mi cuerpo. Este hombre me gusta demasiado. Es increíble la intensidad con que lo deseo. Ni yo misma entiendo cómo en tan poco tiempo ha conseguido entrar tan profundamente dentro de mí. Y lo peor de todo es que no puedo evitarlo.

—Si sigues así volveré a follarte —me advierte contra mis labios.

—¿Podrías? —lo desafío, y con todo el descaro vuelvo a refregarme obscenamente contra él.

Me levanta una pierna y la apoya en su cadera. La intensidad de su mirada me corta la respiración.

—Ahora mismo lo vas a comprobar —me lanza una mirada lasciva sonriendo con malicia— para que no te quede la menor duda. —Se apodera de mi boca de una forma ávida y voraz y yo me aferro a su pelo fuertemente entregándome a su beso con la misma intensidad.

La alarma de mi móvil comienza a sonar sacándome de repente de mi estado lujurioso e interrumpo el beso casi sin aliento.

—Me ha quedado claro —consigo decir entre jadeos e intento disimular mi risa, sé que lo que le voy a decir no va a gustarle nada—. No tengo ninguna duda pero debemos posponerlo, tengo que ir a trabajar.

—¡Ah, no, no señorita! Lo que se empieza hay que acabarlo —dice frotando su nariz contra la mía. Ese pequeño gesto me enloquece.

Le sostengo la cara con ambas manos y lo beso con ternura.

—Lo sé —susurro contra su preciosa boca—. Me muero de ganas de volver a hacerlo, pero no puedo llegar tarde. Hoy tengo mi primera reunión importante desde que estoy trabajando ahí.

Alec me hace una mueca de niño disgustado que me hace reír.

—Está bien, pero recuerda: me debes un polvo —me guiña un ojo y me pellizca el culo haciéndome dar un brinco. Se la devuelvo mordiéndole el labio.

La ducha está situada al otro extremo del baño, toda la pared está revestida de piedra artificial en tonos grises y negros integrados de manera superpuesta para lograr el efecto de roca. El

espacio está completamente descubierto. Entramos y enseguida nos vemos envueltos en un haz de luces de colores sobre una cascada de agua que proviene de un cabezal ancho y plano, encastrado en el techo con rociadores independientes para el cuerpo y la cabeza. Acto seguido estamos rodeados de una cortina de lluvia que crea una pared de agua. Me acabo de quedar estupefacta y por si esto fuera poco unas boquillas utilizan agua fría para producir una especie de spray de niebla y otras desprenden fragancias aromáticas. Tengo la boca abierta mirando a mi alrededor totalmente pasmada. Alec me mira satisfecho al comprobar mi obnubilación y me comenta que la ducha está inspirada en fenómenos atmosféricos. Pone mis manos debajo de una especie de pulsador y enseguida lanza una dosis de champú, él hace lo mismo y comienza a lavarme el pelo, agacha su cabeza para que yo lave el suyo. Y nos enjabonamos mutuamente entre risas y toqueteos.

Salimos de esta joya de alta tecnología y Alec me arroja con una suave y esponjosa toalla y va secándome con un dulce masaje. Cierro los ojos y suspiro. ¡Dios! Acabaré enamorándome como una loca de él. Sin embargo, una extraña sensación me alerta del riesgo de este sentimiento. Vuelvo a preguntarme si es así con todas las mujeres con las que ha estado, idea que me deprime. Tengo que admitir que es un auténtico seductor.

—Tengo que atender un asunto, enseguida estoy contigo y te llevo a casa —dice mientras se va vistiendo con un carísimo traje sastre de tres piezas en color gris. ¡Está imponente! Ahora ha dejado de ser ese chico travieso y divertido para convertirse en el poderoso hombre de negocios.

Veo mi vestido perfectamente dispuesto encima de un diván. ¿Cuándo lo han dejado ahí? Me quito la toalla y me lo pongo, recuerdo que no me puse sujetador, y mis braguitas no las encuentro.

—¡Umm! No sabes lo excitante que es... —dice, y noto su cálido aliento en mi oído, mi cuerpo recomienza a estremecerse— saber que debajo de este vestido no llevas absolutamente nada. — Su tono es provocador y sensual, con las yemas de los dedos roza sutilmente mis pezones, que ya están duros como el diamante, mientras me acaricia el cuello con los labios. Cierro los ojos, hecho la cabeza hacia atrás apoyándola en su pecho y gimo extasiada por sus caricias—. Preciosa, ahora no, tienes una reunión muy importante —me sube la cremallera, me besa dulcemente en el cuello y se marcha con una sonrisa traviesa en los labios y tan seguro de sí mismo. ¡Capullo arrogante! Acaba de devolverme mis palabras.

Intento que mi respiración se normalice, vuelvo al cuarto de baño y ni rastro de mis bragas. ¿Dónde demonios estarán? Cojo uno de sus peines, nada más y nada menos he contado seis, ¿para qué tiene tantos? Claro tonta, uno para cada día de la semana, me respondo muerta de risa. ¿Y el domingo? ¡Bah! El domingo no se peina y punto. Sigo riendo como una idiota y comienzo a pasarme el peine por el pelo. ¡Oh, Dios! Esto es un auténtico martirio, no me he puesto acondicionador y es imposible quitarme los nudos. Intento dejarlo lo mejor que puedo, ya lo desenredaré en casa. De pronto, me viene a la cabeza que no me ha dicho lo que quería hablar conmigo y por supuesto volvió a salirse con la suya, él quería sacarme de la discoteca y lo consiguió, sobre ese tema seré yo la que hable con él. Vuelvo a echar otro vistazo por este baño tan espectacular y me viene el impulso de hacerle una fotografía para enviársela a Tawny y Aby, sobre todo esa ducha horizontal que ni se van a creer que existe. ¿Estaré atentando contra su intimidad? Seguro pero me da igual, se las enseñaré y después las borraré.

Salgo de la habitación y me encuentro a una empleada del servicio pasando una silenciosa aspiradora. Es pelirroja, unas simpáticas pecas le salpican la cara, lleva el pelo recogido en un moño bajo y va pulcramente vestida con una camisa blanca y una falda de color negro. Se detiene

de inmediato mirándome sorprendida.

—Hola, ¿sabe dónde está Alec?

—Buenos días señorita, no lo sé —niega con la cabeza—, pero si quiere puedo ir a preguntar a Corina.

—No se moleste, yo misma lo haré. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Creo que está en la cocina.

Voy hacia la cocina y me encuentro con una señora afroamericana de unos cuarenta años que va perfectamente vestida igual que la otra. Está bastante atareada rehogando unas verduras. Cuánto personal de servicio para una persona que vive sola aunque tampoco es que me extrañe, el ático es enorme.

—Hola —saludo y se gira inmediatamente al oír mi voz.

—Buenos días, señorita —contesta con la misma expresión de sorpresa que la otra chica. ¿Qué le ocurre?

—Estoy buscando a Alec.

—Está en su estudio —responde con una tímida sonrisa intentando disimular su estado de turbación. No entiendo la perplejidad que ha suscitado mi presencia. ¿Será porque no acostumbra a traer mujeres a su casa? Eso es lo que a ti te gustaría, ¿eh Chloe? Me digo a mí misma sonriendo. Sin embargo no creo que sea cierto.

Le doy las gracias y me dirijo hacia allí. En realidad no sé ni hacia dónde voy ya que no conozco la casa, así que opto por ir hacia el pasillo de mi izquierda. De repente me detengo justo delante de una puerta al oír voces provenientes del interior. Vaya, lo encontré pero está con alguien. No puedo evitar oírlos pues están hablando bastante alto.

—Alec, ¿hasta cuándo vas a seguir con esto? —es la voz de un hombre.

—Hasta que la encuentre —oigo cómo Alec responde tajante.

¿Buscarla? De qué está hablando, ¿a quién busca? Un intenso escalofrío me recorre de pies a cabeza como presagiándome que lo que pueda oír no va a gustarme nada. Debería dar media vuelta y marcharme, sin embargo mi mente no responde con coherencia y mi curiosidad es demasiado grande.

—Debes dejar de torturarte de esta forma y pasar página.

—Cómo te atreves a decirme eso Jake —le espeta Alec en un tono gélido.

¿Ha dicho Jake? ¿Será el novio de Charlotte? Ella dijo que era su mejor amigo. ¡Dios! Si alguien me pillara me moriría de la vergüenza. Sin embargo tengo que haberla perdido por el camino porque aquí sigo y encima tengo la oreja pegada a la puerta.

—¡Joder, tío! A lo que me refiero es que después de ella no dejas entrar a nadie, congelaste y acorazaste tu corazón —su tono es de enfado.

—Lo que me faltaba —Alec lo interrumpe—, no me hables como una vieja ñoña ¡por favor!

—Eres un cabrón Alec, sabes que lo que te digo es cierto pero no quieres verlo. Estás obsesionado. ¿Qué ocurrirá cuando la encuentres? ¿Acabarás con toda la mierda que tienes en la cabeza? Alec, sabes que te he apoyado en todo pero tienes que empezar a vivir de una puta vez como un ser humano normal —percibo preocupación en su voz.

—En el primer momento que me miró con sus preciosos ojos me enamoré de ella. La única que vio el tormento de mi alma destrozada. Ella era mi amor, el más puro, real y verdadero. Consiguió que mi corazón volviera a latir y devolvió a mi vida una luz de esperanza. Me

necesitaba igual que yo a ella, pese a todo lo que le ocurriera siempre ocultaba sus lágrimas para que yo me sintiera bien. ¿Y sabes por qué? Porque ella se preocupaba más de mí que de ella misma. Su sonrisa era lo primero que veía por la mañana y lo último por la noche. Bastaba una mirada suya para que el sol saliera para mí —sus palabras suenan desgarradoras—. Y yo lo jodí todo, ¡maldita sea! Soy el único culpable de lo que ocurrió. Ella está en algún lugar y tarde o temprano la encontraré. Jamás estaré completo sin ella. Así que no te atrevas a decirme nunca más en tu vida que me olvide y pase página.

Se me acaba de helar la sangre. No puedo seguir escuchando, me aparto de la puerta y regreso al salón. Está enamorado de una mujer y no se detendrá hasta que la recupere. Siento un dolor en mi pecho como si me hubiesen apaleado el corazón y las lágrimas me arden en los ojos pugnando por salir pero hago un esfuerzo por controlarlas, no pienso derrumbarme aquí y menos delante de él. De pronto me viene a la memoria la canción que escuchaba en Miami, la escuchaba por ella, por ese motivo tenía esa expresión de dolor. Su corazón pertenece a otra mujer. Ahora entiendo por qué al oírla me embargó esa tristeza, era como si ese sentimiento me estuviera alertando. Sólo soy un capricho más, una más con quien follar y pasar el rato. ¡Así que se acabó!

Oigo cómo Alec se despide de su amigo. Ni siquiera se ha molestado en presentármelo.

—Chloe, vámonos —me hace un gesto para que lo preceda, su voz suena tranquila pero su rostro se ha endurecido y veo perfectamente en sus ojos el reflejo de lo que lo atormenta.

Bajamos en silencio en su ascensor privado. Su chófer nos está esperando delante de un fastuoso Bentley Mulsanne de color negro, nada más vernos abre la puerta del coche y nos saluda con un gesto de cabeza. Me acomodo en el asiento de piel y empiezo a toquetear mi móvil en un intento por parecer ocupada. Un extraño silencio nos rodea. Alec mira fijamente por la ventanilla ensimismado en sus propios pensamientos y totalmente indiferente a mi presencia. Es como si se hubiera formado un muro de hielo entre nosotros. Llegamos a mi casa y antes de salir me giro hacia él. Respiro hondo y me armo de todo el valor que necesito para mirarle a los ojos sin derrumbarme.

—¡Adiós, señor Seytton! —Salgo del coche y camino con determinación.

—No, Chloe —responde a mi espalda—. Aún no... —repite en un tono adusto que no deja la más mínima duda de que para él esto no ha terminado. Eso ya lo veremos...

¡Hasta pronto!

EN LA MENTE DE SEYTTON

HE captado tu mensaje, Chloe, pero se acabará cuando yo lo decida.

Entro en mi despacho y encuentro a mi eficiente secretaria Alisson esperándome con mi taza de café, creo que en vez de darle las gracias lo único que sale de mi garganta es una especie de gruñido, mi humor esta mañana está tan negro como mi alma. Me hace un breve recordatorio de todo lo que tengo para hoy y se marcha. Ella y Grace son mis secretarias. Estoy muy orgulloso de haber sabido escoger muy bien a todas las personas que forman mi equipo, estoy rodeado de los mejores y también es lógico que sus honorarios estén a la altura; si quieres algo bueno tienes que pagarlo y el dinero no es un problema para mí. Pero también soy muy exigente, no doy segundas oportunidades y no perdono los errores. Si alguien los comete no tengo ningún tipo de miramiento a la hora de librarme de ellos. Sé que soy una persona difícil de llevar, mi fuerte carácter junto con mis cambios de humor, puedo pasar de la euforia a la apatía en milésimas de segundos, de hecho una de las cosas que más me ha costado controlar es la ira. Y todo se lo debo a mi puñetero pasado. Como siempre dice mi amigo Jake poseo dos de los siete pecados capitales: la ira y la lujuria. Tomo un sorbo de café y me vienen a la mente las palabras de Chloe. No puedo evitar sonreír, me hizo mucha gracia: "Tendré que descubrirlo, señor Seytton". ¡Oh nena! Eso no va a suceder nunca, jamás lo voy a permitir.

Aún no entiendo cómo me he saltado con ella mis propias reglas. En fin, ya lo he hecho aunque no tardaré en dejarle las cosas claras. No es la típica mujer con la que yo acostumbro a ir. Tiene algo diferente y quiero descubrirlo. Sí querida, yo sí que voy a descubrirte a ti, me suscitas mucha curiosidad. Me dejó perplejo cuando nos duchamos, sé perfectamente que no es muy normal ducharse con esa temperatura, yo sé el motivo de por qué lo necesito pero... ¿Chloe? Después... su marca en el cuello, juraría que es exactamente idéntica a la de ella. Nunca he dado el primer paso con una mujer, siempre han sido ellas, jamás me he molestado en seducirlas, sin embargo con Chloe todo fue diferente. Para mí lo único que cuenta es el deseo y mientras la desee la mantendré a mi lado, lo mismo que he hecho con todas.

Cuando anoche la encontré en ese estado de embriaguez, con todos esos buitres acechando a su alrededor, y sobre todo con el que estaba hablando, tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no tirarme encima de ese gilipollas, y romperle los brazos cuando vi cómo le tocó el pelo. ¿Qué haría ese capullo tenista con los brazos rotos? Le jodería toda la temporada. No puedo evitar que en mi cara aparezca una sonrisita maligna. En ese instante, me di cuenta de lo sumamente posesivo que soy con ella, no voy a permitir que nadie le ponga un dedo encima.

Conozco a ese tío y sé perfectamente de la calaña que es, al igual que él sabe quién soy yo y no creo que sea tan estúpido, como para querer tener problemas conmigo. Me sorprende a mí mismo, ya que si hubiera sucedido con cualquier otra de las que he estado, me importaría una mierda. Así que por ese motivo me la llevé. Su inocencia junto con la poca experiencia que le veo me fascina. Me vuelve loco sentir cómo tiembla con un simple roce de mis manos, cómo se estremece entre mis brazos. Suena la línea interna de mi despacho y me saca de mis cavilaciones.

—Señor Seytton, su videoconferencia con Tokio está preparada —me comunica Allison.

La llamada ha durado más de lo que tenía previsto, casi dos horas de negociaciones pero estoy satisfecho de los resultados, he conseguido lo que quería y eso es algo que me complace pero ¡qué demonios! Siempre consigo lo que quiero.

Miro la hora y le comunico a mi secretaria, que me ponga en contacto con Edward Crowell, uno de mis abogados.

—Edward, ¿todo bien?

—No tan bien como tú —contesta sarcásticamente—. Por cierto, haciendo amigos como siempre ¿no? Tu lista de enemigos aumenta como la espuma Alec. Vas a cerrar la fábrica y ¿qué piensas hacer con toda la gente que se va a quedar en la puta calle?

—Ese no es asunto mío —sentencio.

—Quieren llegar a un acuerdo contigo.

—Ya es tarde.

—¿Tarde? —repite alarmado—. ¡No les dejaste ninguna oportunidad! ¡Joder! Piedad Alec, ¿tienes algo de eso?

—En absoluto —respondo tranquilamente—. Dentro de unas horas tengo una reunión con una de sus ejecutivas y me va a dar en bandeja esa puñetera fábrica. ¿Me hablas de piedad? Esa persona trabaja codo con codo con esa gente y los va a vender por un puñado de dólares, la ambición no conoce piedad.

—Ahí estoy de acuerdo contigo. Sin embargo...

—Has olvidado que soy un hombre sin escrúpulos —lo interrumpo—. Pues no lo olvides nunca —le advierto—. Por cierto, ¿cómo está tu bella esposa? ¿Sigue tan caprichosa como siempre? Mantenerla debe de salirte bastante caro, ¿no? —inquiero con malicia.

—Eso es algo innato en Claire. No he visto una mujer a la que le guste gastar más dinero que a ella —admite nervioso—. Lo acabas de dejar muy claro, tienes razón, tú eres el jefe y no tendrás que volver a recordarme cuál es mi lugar.

—Así me gusta Edward, que lo entiendas a la primera. Y déjate de sermones de predicador mediocre, es algo que me aburre enormemente —le suelto fríamente—. No quiero que olvides que la conciencia y los buenos negocios son incompatibles —concluyo y me despido.

Sé lo que piensa de mí, al igual que muchos que soy un maldito cabrón, pero me da igual porque yo sé el verdadero motivo por el cual quiero hundir esta empresa y dejar a ese maldito hijo de puta en la más asquerosa miseria. Lo demás es irrelevante, muchos inocentes caen en guerras, y para su desgracia ellos están en la mía.

Me acomodo en el sillón, cierro los ojos y respiro profundamente. Necesito relajarme, mi día no está mejorando nada y para colmo otra vez la tengo en mi puñetera cabeza. ¡Esto es desconcertante! ¿Qué coño tiene esta tía, joder? Por supuesto, eso sí que tiene y además precioso, me pongo a reír como un idiota, de pronto mi risa se convierte en carcajada al recordar la escenita

en mi baño. ¡Oh dios! No podía dar crédito cuando me dijo que se había quedado encerrada. Eso es, Alec, ella es divertida e irresistiblemente sexy. El numerito del teléfono también fue divertidísimo. Voy a mandarle un último modelo a ver si este también se queda sin cobertura. Las mujeres adoran los regalos y sobre todo si son caros; ella no va a ser diferente. Llamo a mi secretaria y le doy indicaciones de lo que quiero.

Al cabo de un rato aparece mi secretaria de nuevo.

—Señor, aquí lo tiene —dice mostrándome el móvil—. Es el último modelo, toda una joya de colección.

Escribo una nota y la pongo dentro de la caja.

—Envíalo a la agencia Larson&Miller a nombre de la señorita Chloe Breyll.

De pronto me viene a la mente el día que se confundió al teléfono pensando que yo era su amiga, me divertí a lo grande y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no empezar a reírme a carcajadas, fue una grata sorpresa ya que en nuestra cita estuvo de lo más sosa y llena de preguntas impertinentes, pero me divertía ver cómo se ruborizaba y lo nerviosa que se mostraba conmigo. Al final descubrí cómo se sintió. Por supuesto no le iba a decir lo que pensé de ella, ya bastante mal se estaba sintiendo. Chloe es una auténtica belleza. Siempre me han gustado las mujeres con el cabello largo y ella lo tiene perfecto, con un tacto suave como la seda, unas piernas largas y estilizadas, un culo magnífico, unas tetas increíbles y una irresistible boca de labios suaves y carnosos. Tengo sus ojos clavados en mi cerebro. Ese color tan fascinante que siempre me ha cautivado, sus enormes ojos verdes esmeralda —cierro los míos y vienen a mi mente estos recuerdos que me torturan y siento cómo la angustia me corroe el alma—. El mismo color de ella, ¿dónde demonios estará? ¡Maldita sea! No puedo olvidar sus lágrimas, cómo resbalaban por su preciosa cara, las tengo cada una de ellas incrustadas como dagas en mi maldito corazón. ¡Joder! Freno en seco mis pensamientos e inspiro profundamente, será mejor que me ponga a trabajar y mantener mi cabeza ocupada.

Llaman a la puerta.

—Señor Seytton, ¿va a salir a comer? —pregunta Allison.

—No, comeré aquí —le contesto sin apartar la mirada de mis documentos, sé perfectamente la imagen que doy. Una persona fría y arisca, y así es como debe ser. Me importa una mierda lo que opinen de mí; para mí, sólo son voces. Mantengo mucho las distancias, sobre todo con las personas que trabajan para mí, salvo en escasas excepciones.

—¿Quiere que le pida un exquisito solomillo a la brasa con guarnición de patatas gratinadas del restaurante Luxon como a usted le gusta? ¿O prefiere una succulenta hamburguesa de Terry's? —pregunta con una sonrisa. Me decido por la hamburguesa, recojo el informe que ha dejado sobre mi mesa y me marcho a una reunión con mis ejecutivos.

Salgo de la sala de reuniones y mi malhumor ha empeorado, no me gusta en absoluto cuando algo sale fuera de mis expectativas. Por el bien de ellos espero que lo solucionen si quieren seguir manteniendo sus empleos. Sé que hay veces que me comporto como un verdadero déspota pero me importa una mierda, es lo que hay, si no están de acuerdo que se larguen, nadie es irremplazable.

Recojo mis cosas y salgo de mi despacho. Necesito ir a nadar un rato, es algo que me apasiona y a la vez me relaja. Llevo practicándolo nueve años y desde hace cinco comencé con los saltos de trampolín y palanca, otro descubrimiento que me entusiasma. Estoy entrenándome para hacer clavados desde acantilados; sentir la adrenalina correr por mis venas es una liberación. No puedo

evitarlo, me encanta el riesgo. Varios de los deportivos de mi colección privada están preparados para participar en carreras exclusivas, y recuerdo los viejos tiempos, cuando participaba en carreras ilegales con sólo catorce años; las cosas han cambiado mucho y sin embargo parece que los malos hábitos no se pierden. La diferencia es que ya nadie me obliga a hacerlo, nadie gana dinero con mi vida. Ahora decido yo. Aquel maldito hijo de puta sabía perfectamente lo poco que me importaba si la perdía, otro que me encontraré en el infierno. Aunque es curioso, ahí mismo es donde vivía con él. Cojo mi móvil y llamo a mi entrenador personal para quedar con él.

Mi intento por relajarme en la piscina ha sido inútil, la llamada de mi secretaria comunicándome que el regalo que he mandado a Chloe ha sido devuelto me ha cabreado muchísimo. ¿Qué coño le pasa a esta tía? Tendré que hablar con ella. Aunque tendrá que ser más tarde, tengo una cita para cenar con esa dichosa ejecutiva.

Llego al restaurante y enseguida me conducen hasta la persona que me está esperando. Está sentada en la barra del bar tomando una copa de vino. Puntual, eso me gusta, aunque creo que lo que le motiva es más que nada la cantidad tan generosa de dinero que va a ganar con todo esto. Es una mujer ambiciosa, muy ambiciosa, no dudó ni un minuto en follarse desde su director general a casi todo el plantel ejecutivo de su empresa para alcanzar lo que quería.

—¿Señorita Curtis? —pregunto con mi mejor sonrisa.

—Señor Seytton —me tiende su mano—. Amanda, por favor.

Se la estrecho y lanzo un breve vistazo a su cuerpo, que no está nada mal. Es una rubia bastante atractiva, tiene el pelo largo y ondulado y lleva un vestido que deja poco para la imaginación; sin embargo no me excita en absoluto. Es todo lo opuesto a Chloe pero... ¿por qué coño estoy pensando en ella de nuevo? La conduzco hacia nuestra mesa y nos sentamos.

Está embobada mirándome. Sí nena, sé que te gusta lo que ves. Soy plenamente consciente del efecto que causo en las mujeres y que... mierda, eso me encanta, unas se ruborizan, otras se ponen tan nerviosas que tartamudean cosa que me divierte mucho. Si unimos mi físico a todo el dinero que tengo el pastelito aún se hace más apetitoso y codiciado, sin embargo ninguna va a conseguir lo que quiere de mí.

—Señor Seytton, creo que usted y yo podemos llegar a entendernos bastante bien —dice mientras se pasa la lengua por los labios. Ese truquito ya lo sé nena, sólo falta que me pongas las bragas en la manos, bueno... si es que llevas.

—Yo también lo espero —contesto en un tono apático, advierto el doble sentido de sus palabras, vamos, que quiere follar conmigo—. Simplemente se trata de que nuestro acuerdo sea satisfactorio para los dos —concluyo.

Tú dame lo que yo quiero, que es tu empresa para hundirla en la mierda, y ya veré qué hago contigo después, pienso mientras ojeo la carta de vinos. De pronto recuerdo la noche que cené con Chloe, me sorprendió muchísimo que eligiera el vino y todo lo que me contó sobre él, y más aún cuando tuvo el hermoso detalle de ponerse a cantar para mí dedicándome esa bonita canción. Jamás me habían hecho algo así.

¡Mierda! Me revuelvo en la silla inquieto. Tengo delante de mí a la típica devora-hombres, seguro que podría pasar un buen rato con ella y sólo pienso en la tontorróna que acaba de rechazar mi regalo. Sin poder evitarlo me disculpo un momento con la excusa de ir al aseo y llamo a Chloe. ¡Joder! Ya estamos como siempre, no me coge el puto teléfono. Voy a tener una seria conversación con ella en lo que se refiere a este tema.

He agilizado la cena todo lo que he podido. Sin embargo se me ha hecho jodidamente larga. Por supuesto, todo ha salido como yo quería, así es como tiene que ser, cuando yo lo quiera y yo lo decida. Hemos cerrado el trato y... Querida, no sabes lo que has hecho, me acabas de vender tu alma, un poco sucia eso sí, reprimo una sonrisa al pensarlo pero me importa una mierda, va a facilitarme toda la información que necesito para que la empresa pase a mis manos y eso es todo lo que necesito de ella. No me apetece estar aquí, este tipo de mujeres ya me aburren.

Quiero ir a buscar a Chloe. Ha llegado como un soplo de aire puro a mi contaminada vida. Me tiene hechizado, no consigo apartarla de mi cabeza, además me debe un polvo que pienso cobrarme con intereses; su cuerpo me vuelve loco de deseo y después tendrá que explicarme por qué ha rechazado mi regalo. Aunque antes voy a recordarle que conmigo no se juega, quién es el que manda. ¡Dios, sabe que lo haré! Y... pienso disfrutar de cada momento mientras lo haga.